

ECTOPLASMA

Apuntes y acordes para fugarse

Daniel Hidalgo

(Edición de Alejandro Jofré)

CUMSHOT.CL

Ectoplasma es una recopilación de crónicas, reseñas, columnas, ensayos y entrevistas en donde Daniel Hidalgo se aproxima a la cultura pop desde la narrativa, discute sobre las posibilidades en el mundo de la educación, así como difumina el brillo de los íconos y se pasea libre por el cine, el rock y la literatura.

Ectoplasma es, también, el autorretrato de una generación.

PRÓLOGO: EL MARGEN INVISIBLE

*“Chile es un país donde ser escritor y ser cursi es casi lo mismo.
La verdad es que los escritores chilenos actuales, los narradores y
me imagino que también los poetas que están en el hit parade,
son muy malos, y todo el mundo sabe que son muy malos,
y además de malos, trepas, plagiarios, tipos capaces de todo
por conseguir un trozo de respetabilidad,
cuando la verdadera literatura debe alejarse de ella”*

Roberto Bolaño

Hay varias formas de diseccionar a Daniel Hidalgo (1983), profesor de Castellano, fabricado en Playa Ancha, heterosexual. Hidalgo odia el Valparaíso de cartón postal que le venden a los turistas y hasta a los santiaguinos. Alejado del *downtown*, Hidalgo cree en el puerto abandonado. Ese con olor a meados, del vino aún más barato y que se vende en sobres de jugo en polvo, de los personajes desorientados y llenos de excesos. El Valparaíso profundo, como diría una guía para viajeros Lonely planet, o el *hic sunt dracones* de los mapas medievales.

Quizá es por eso que Hidalgo escribe. Quizá es por eso que las historias de Hidalgo tienen la dureza de los bordes o del abandono de un sitio ya abandonado a su suerte dentro de la provincia misma —que es otro territorio de la desidia.

Sus personajes son tipos sin respeto, marginales despojados de cualquier ambición, o no, pero a Hidalgo, ese punto de partida, le sopla a favor. Como buen extranjero, dentro de su propia ciudad es capaz de ver cosas que el resto no ve. Un efecto que con el tiempo fotocopió, cuando se instaló temporalmente en Santiago, moviéndose entre Maipú y Ñuñoa.

A veces comprensivo e inquisidor, pero también socarrón y desdeñoso, su observación con un astigmatismo que empeora cada año y un oído castigado por una década de conciertos —sobre y bajo el escenario (Hidalgo escribe cumbias, que también canta)—, le entrega un extraño ángulo al momento de enfrentar sus historias.

De cierta forma, Hidalgo funciona como una cámara y sus personajes actúan y se mueven bajo su dirección, con un teclado como claqueta, que puede ser el de su habitación, con vista a una quebrada que termina en el Estadio Playa Ancha, o el de algún cibercafé sacado de alguna novela de detectives, donde se le puede encontrar muy a menudo, casi siempre con un cigarro cosido a la comisura.

Fue en mayo del 2009 que llegó el primer texto de Hidalgo para el sitio donde nos topamos: paniko.cl, donde hoy está la mayor parte de su producción periodística.

Lo conocí unas noches antes, cruzando correos entre Valparaíso y Ciudad de Guatemala, presentados brevemente por el periodista y escritor Antonio Díaz Oliva («oye, tengo un conocido que quiere escribir: Daniel Hidalgo, ¿lo cachai? ¿es de Valpo?»).

Lo primero que me respondió Hidalgo fue: «mándame a entrevistar mujeres, yo ningún problema».

El resto fue un largo ascenso de montaña rusa, lleno de aburrimiento, fiestas vacías, largas conversaciones en micros, chats, caminatas por el centro de Santiago y filas interminables de conciertos, patadas no tan amistosas entre la asfixia de estadios llenos y mucho bullying; materiales de una literatura que se abre camino fácil como una especie de voz generacional, de punta de lanza de algún movimiento que está ahí, pero que sigue mutando hasta encontrar una etiqueta en tesis de grado y en el adjetivo de pequeños reportajes de prensa de días de semana.

No por nada, Daniel Hidalgo, que también es autor de la novela *Barrio miseria 221* (Animita Cartonera, 2007) y el libro de relatos *Canciones punk para señoritas autodestructivas* (Das Kapital, 2011, premiada como Mejor Obra Literaria categoría Cuento 2012 por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile), es frecuentemente relacionado a una nueva camada de narradores menores de 30 años —todos para tomar en cuenta—, como Pablo Toro y Diego Zúñiga.

Ectoplasma reúne una parte de la obra de Hidalgo: pequeñas cumbres de una geografía constantemente accidentada y disímil: músicos, narradores, educadores, poetas, artistas visuales, devastados, outsiders, genios incomprensidos; todos abordados en crónicas, columnas, ensayos, entrevistas, críticas y también posteos; en un periodo de tiempo que se extiende desde 2008 hasta el 2012 y que sirve como introducción al ideario de un personaje que, alguna vez, fue el único hombre entre las estudiantes de un magíster de género, y el único en todo un bar al que, en pleno invierno, le salpicaba una gotera justo sobre la cabeza.

Alejandro Jofré

HISTORIA PRIVADA DE PLAYA ANCHA

Este se parece demasiado al día de mi muerte. O por lo menos a cómo intuía que sería el día de mi muerte. Estoy de rodillas, en posición canina, con los codos apretados contra el suelo formando un triángulo equilátero sobre mi cabeza. Mi rostro está contra el piso y mi corazón está a punto de estallar como una bomba nuclear sobre el atolón de Mururoa. Tiemblo y el estómago se me revuelve soltando esa saliva espesa y agria que se acumula bajo mi lengua. Pestañeo y cada vez que lo hago pienso que ya no volveré a abrir los ojos jamás. Mis dientes mastican la baldosa fría que se cubre de mi baba, mojándome el cachete izquierdo de la cara, los músculos de mi boca comienzan a adormecerse. Lo que parece ser una Colt 1911 apunta directo a mi nuca, anunciando amenazante que cualquier movimiento que realice para salvarme el culo terminará haciéndome uno nuevo en mitad del cráneo. Veo unos pies que se acercan a mí desde el frente. Luego se arrepienten y vuelven al cuarto del que salieron. Ya no hay más gritos, ni insultos, ni amenazas. Ya no hay dudas. Este es mi epílogo. Siento el sonido repiqueteante del cargador de la pistola, un solo movimiento, un solo crac, definitivamente una Colt 1911.

-¿No querías jugar, huevón? ¡Ahora vamos a jugar, hijo de puta!

DISNEYLAND EN VICODÍN

Rodrigo Salinas (1975) parece venir de un planeta distinto. Estudió Licenciatura en Artes en la Universidad de Chile y fue el creador de los míticos cómics *Rata Galdames land*, *Arturo Prat is not dead*, *Los viajes de Massachusset* y *La isla del NO*, además de ser cerebro de instalaciones y expos con su colectivo *La nueva gráfica chilena*, pero terminó aterrizando en el mundo de la televisión como guionista y creativo de numerosos programas: *31 minutos*, *Experimento Wayápolis* y *El club de la comedia*, entre ellos, transformándolo en un personaje anómalo de la pantalla chica. Uno que en su nuevo libro, *Una novela ecuestre*, cruza ambos mundos: es protagonizado por Ratoncito, su personaje en la tele.

Es el último día de la FILSA y Salinas se ha puesto la meta de firmar —y vender— la mayor cantidad posible de ejemplares de su más reciente publicación: *Una novela ecuestre -la verdadera historia de Ratoncito-*, (Ferores Editores, 2009). Son las 14:00 horas, el dibujante viene llegando tras su receso para almorzar, y no alcanza a sentarse en el espacio que el stand de cómics le ha dispuesto cuando un papá, con dos niños, se le acerca.

-Eres Ratoncito, ¿no?

-Sí, lo soy. -Responde entusiasmado Salinas.

-¿Y por qué estás acá en la Feria?

-Porque también dibujo —dice, y al terminar estas palabras, enseña su libro a la familia. Los niños lo hojean más preocupados de su autor que de los dibujos, mientras el padre hace un gesto de no poder comprarlo esta vez.

Es fácil reconocer a quien encarna el personaje de Ratoncito, básicamente porque es idéntico pero sin el traje de mayordomo y sin las orejitas, pero por sobre todo, claro, porque ambos comparten esa abultada barba que el dibujante y rostro se ha empeñado en mantener por años, así que durante los próximos minutos, esta entrevista se verá interrumpida constantemente. Cosas de la fama.

¿Cómo nace la idea de hacer esta novela?

—Es la historia de Ratoncito, este personaje del *Club de la Comedia*, que yo sentía que tenía muchas más cosas que contar. Pero como el sketch es circular, como cualquiera del programa (el encuestador, el hombre ardiente, el gay encubierto), es lo mismo que se va repitiendo a cada rato pero con algún ingrediente distinto. Y pensé que sacar este cómic podría dejarme contar una cosa más grande.

Pareciera que el concepto de novela ecuestre es una respuesta al de novela gráfica ¿qué piensas de las novelas gráficas?

—O sea sí, hay algo de eso. Pero en realidad es porque, como dice Carlos Reyes en el prólogo, esta ya no es la primera novela gráfica chilena, vendría siendo como la tercera porque están las de Gonzalo Martínez (*Road story* y *Quique Hache*), que se transformó como en el padre de la novela gráfica chilena, pero esta sí vendría siendo la primera novela ecuestre chilena. En realidad, pa' mí, las novelas gráficas son lo mismo que los cómics pero con más páginas.

Igual el próximo año se vienen varias novelas gráficas hechas en nuestro país, una especie de boom...

—Claro, si la industria del cómic está mejor que nunca en Chile. Ahora este formato de la novela gráfica ha permitido que la cosa pueda ser así por...

Salinas no alcanza a terminar y otro papá, desde la mesa de al lado le pregunta: «¿Eres el Ratoncito, cierto?» El dibujante se ríe y reconoce su alter ego. Segundos más tarde una pequeña de la misma mesa vecina comenzará a cantar la canción del personaje: «perdón, perdón, yo sé que la cagué, más no era mi intención causar desilusión...» Salinas ríe.

-Esto tienes que ponerlo también en la entrevista –sugiere.

-No sé, tal vez lo haga.

Tras unos minutos hablando con el papá de la mesa de al lado, y de la niña que repite la estrofa una y otra vez, proseguimos.

A pesar de que has tenido que ser el rostro que encarna a otros personajes, con Ratoncito parece que ha sido como lo máximo en cuanto a exposición, ¿no?

—Sí, de todas maneras. Igual en la calle me gritan 'dostor' también ahora.

Y hasta con aplicaciones en Facebook y todo...

—Sí, jeje, si las he visto. Claro, si esto ha sido una locura. Pero pasa eso, como antes yo venía manejando títeres, con Juanín en *31 minutos*, la gente no me asociaba ni me reconocía. Pero es lo que pasa con la televisión, que terminas llegando a mucha gente que no conoces. Cuando hacía sólo cómics yo sabía quiénes eran las 30 personas a las que estaba llegando, ahora no tengo idea, se ha distorsionado todo.

-¿Puedo tomarte una foto? –interrumpe una chica. Salinas posa, haciendo el gesto de boy scout con el que finaliza el sketch de Ratoncito. «¡Lo juro!» dice. ¡Click!

EL ASESINO DE LADY SHERMAN

Ratoncito es un psycho killer que descubre que su ternura es capaz de conseguirle el perdón de todos y quedar impune de sus más nefastos crímenes. En *Una novela ecuestre*, Ratoncito junto al ratón Pericles, quieren dinamitar la tumba de Lady Sherman, famosa socialité y especialista en pinturas ecuestres. El pequeño Pericles le consulta el porqué de su aversión por Lady Sherman y sus amigos, y así se da inicio a la historia de odio de clase más tierna de la literatura chilena.

En el fondo, Salinas se vale de los personajes del sketch de *El club de la comedia* (Sir Luis Felipe de Camiroagas, Lady Sherman y Mister Piper, entre otros) para profundizar en todas sus obsesiones: el montaje, la parodia de personajes de cómics infantiles, las canciones del repertorio popular AM, la iconografía tanto under como mainstream, la variedad de técnicas gráficas, pero por sobretodo la idea de elaborar una cruz mutante entre el cómic y las artes visuales “mayores”.

Más allá de lo multidisciplinario que eres, también siempre has estado entre dos mundos: uno que es más adulto, irreverente, político y otro que es el infantil. ¿Cómo compatibilizas esas dos facetas?

—Es raro, porque cuando hicimos *31 minutos*, fue pensado como un programa infantil que lo terminó viendo mucha gente adulta y que les gustaba y todo, y ahora Ratoncito está pensado para un programa para adultos y ha tenido una llegada tremenda con los niños. Yo creo que eso tiene que ver con que uno nunca sabe cómo va a ser recibido lo que uno hace.

En este cómic de Ratoncito dejas de lado esa cara política, aunque la tiene de todas maneras, pero al mismo tiempo anda dando vueltas por Internet el cómic Marco MEOPRÉN, que es bastante más ácido y directo.

—Lo de MEOPRÉN tiene que ver más con una continuación de *La isla del NO*. Es que Marco representa toda esa alta cultura que detesto.

Como Ratoncito...

—Claro, es que a mí me gusta la baja cultura, la televisión, los cómics, las películas, si eso de ir a la danza, al ballet, a la ópera, ¡no! Eso no es cultura, son tonteras de la clase alta y de los intelectuales. Y por eso está el juego de que Ratoncito cree que los puede matar y después ser perdonado si pide disculpas, es una estupidez.

Salinas mira a un costado y levanta una ceja. Adivinen. Sí. Es momento de otra fotografía, ahora junto a unos niños. Y otra más.

SALINASLAND

El bestiario personal de Salinas, repartido entre viñetas, cortometrajes, instalaciones, y programas de tv, incluye a Rata Galdames, Yim Yim, Perro con Chaleco, Juanín Juan Harry, Mario Hugo, Ténison Salinas, Carlitos Lechuga, Winnis, Melvin el Mapache, el Guatón Yutub, y por supuesto, Ratoncito. Una Disneyland en Vicodín, capaz de mezclar la inocencia con la perversión, lo tierno con lo macabro.

Así, el autor, más que un dibujante, guionista, artista, o lo que sea, nos da la idea de ser un hacedor de monstruos y de historias, sin importar el formato con el que les de vida. Una paranoica, descabellada y local versión del creador de Mickey Mouse.

Lo que no tiene nada de descabellada, es la barba de Salinas. Esa barba que se acaricia mientras un nuevo papá le comenta haberlo visto en una entrevista en un canal de cable. Salinas vuelve y retomamos la entrevista por última vez.

Tienes a Ratoncito, a la Rata Galdames, e incluso tu personaje Winnis tiene orejitas de ratón ¿Cuál es el rollo con los roedores?

—El otro día me recordó un amigo que cuando yo era muy chico me disfracé una vez de ratón, puede venir de ahí. Pero en realidad, todo esto viene porque desde chico me gustó Disney y siempre he querido jugar con eso, pervertirlo. De hecho fui a Disney World, ya viejo, como un perdedor, en vez de ir cuando correspondía ir, que es cuando eres niño, pero yo no podía porque mis viejos son de una cultura súper de izquierda y Disney representaba al imperio, al capitalismo y todas esas cosas que eran el enemigo. Pero yo veía esos dibujos animados como un acto de rebeldía, entonces tengo esos dos mundos: el político por una parte, pero también me gusta todo lo que hizo Walt Disney. ¿Cómo no va a ser un capo si el huevón se hizo millonario dibujando un puro ratón?

Y de los personajes que has creado ¿Tienes alguno regalón?

—Eso va siempre cambiando. Cuando hacíamos *31 minutos* quería mucho a Juanín, pero cuando todos lo empezaron a querer, me empezó a gustar más Carlitos Lechuga. Y ahora, haciendo este cómic, empecé queriendo a Ratoncito, pero ahora me quedo con Pericles, yo cacho.

Al terminar, la gente ve que Ratoncito ha quedado desocupado. Es momento para que las familias más temerosas e incluso algunas pokémonas se aproximen y pidan tomarse fotografías. Para todas ellas, se da su tiempo. Sonríe. Posa. Un día en la vida de Rodrigo Salinas.

MATAR A LA CHICA IDEAL

Creo que la primera vez que me gustó una chica fue en kínder, en un colegio de curas en Valparaíso del que mi madre me sacó apenas supo que iba a pasar a ser de monjas, a quienes detestaba por un trauma particular de su infancia. La chica, una niñita de mi mismo curso, llamaba la atención de todos, no solo la mía, no por ser una belleza sino porque era extremadamente turnia. Caí rendido por sus ojos bizcos un día en que la profesora me obligó a sentarme a su lado, comenzamos a hablar y a jugar con unos envases de yogurt vacíos, cuando me tocó las manos y me dijo: «qué suaves las tienes» y estuvimos tocándonos las manos el resto del día.

Con esta historia de “La Turnia” —como le llamaban todos los compañeros, obviamente— saco dos conclusiones: 1) pertenezco a una raza de tipos demasiado enamoradizos. 2) que, además, tendemos a fijarnos en chicas raras, o por lo menos distintas al resto.

Hace poco, y por esas cosas raras que pasan en la vida, me junté con una ex novia para ver *(500) days of summer*, ópera prima del director de videoclips Marc Webb; una película sobre chicas perfectas que no son para ti, por mucho que no quieras darte cuenta. En la película hay una escena que da para clásico instantáneo: Tom (Joseph Gordon-Lewitt, el marciano friki de *3rd rock from the sun*) se enamora de una chica, Summer (Zooey Deschanel), cuando en un ascensor ella reconoce que el sonido que sale por los audífonos que Tom lleva puestos es “There is a light that never goes” y le suelta como si nada un «amo a The Smiths». Luego de este encuentro en que Tom queda baboso, empiezan a salir, se gustan, pero desde el principio de la cinta ya sabemos que él la terminará perdiendo.

Tras la película, con mi ex no comentamos nada, hablamos de cualquier cosa por unos minutos y luego me fui a casa con la sensación de que vimos una película que no fue hecha para ver con tu ex.

Debo reconocer que sintonicé con Tom, que lo sentí parte de este club de perdedores enamorados, que tendemos a creer en que hay chicas tan particularmente distintas al resto del planeta que son capaces de desarmarte todas las estructuras como un mega meteorito estrellándose contra el planeta diminuto que has creado a punta de rutina y aburrimiento, pero paradójicamente salvándote de tu monótona vida y estampándote esa sonrisa idiota en mitad de la cara.

Tom, bienvenido al club.

LOVE WILL TEAR US APART

Desde “La Turnia” hasta el día de hoy, mi búsqueda de esa chica ideal ha sido tan frenética como infructuosa: una rastafari que terminó dedicándose al microtráfico, una metalera bipolar a la que le faltaba un párpado, una punk vegetariana que me enamoró tomándome las manos —otra más— en el metro y que terminó haciendo pogo con mi corazón, una egresada de historia de la Arcis que me hizo ver unos veinte documentales sobre violación de derechos humanos, mientras yo solo pensaba en que hiciera eso mismo conmigo, un par de estudiantes de teatro que hicieron su mejor papel de la Quintrala y la Femme Nikita respectivamente, y una lista enormes de chicas lindas y perfectas que siempre preferían ser solo amigas, o cambiarme por alguien más, y que siempre —y no falla— es un pelmazo de aquellos. Sin rencores, es la verdad.

Las chicas ideales son malas, me decía un amigo, según él, porque saben que son perfectas y eso les da el derecho de hacer lo que quieren contigo que eres de una imperfección total.

¿Por qué siempre buscamos chicas ideales? A ratos creo que mucha culpa tiene, más allá de nuestra insoportabilidad, cierta afición por la cultura pop. Las canciones, las películas, los cómics, las teleseries, siempre nos terminan moldeando una idea de mujer más perteneciente a la ficción que a la realidad. Sobre todo para uno que creció viendo *Melrose Place* y cuanta serie existiera mostrando a chicas tan lindas y tiernas como locas y pérfidas.

El cine de los últimos años tampoco nos ayuda mucho: antes de *(500) days of Summer* y esa Zooey Deschanel, ya estaban los personajes interpretados por Kate Winslet, Kirsten Dunst, Scarlet Johansen o Katie Holmes: ángeles esquizofrénicos capaces de salvarte mientras te roban el aliento.

TODAY YOUR LOVE, TOMORROW THE WORLD

«El amor es un espejismo» escribió alguna vez Bukowski, y hay algo de eso, básicamente, porque desde niños imaginamos a esa chica ideal como una mujer perfecta, sin defectos, una chica con la que jamás tendremos discusiones ni malos ratos. Y es que ideal se parece tanto a irreal.

A ti te gustan las minas raras y locas, me dice un amigo cada vez que hablamos de relaciones de pareja. No es que lo busque, es lo que llega, le respondo. Porque yo, como cada tipo inmaduro, suelo caer rendido frente a chicas que parezcan alejarse de lo común, de lo adecuado o qué se yo. Con el tiempo te das cuenta de que ese ideal en realidad es una pérdida de tiempo, que al final mejor que una chica ideal es tener apuntes. Porque finalmente es eso: hay que asesinar a la chica ideal y empezar a vivir. Madurar. Enamorarse de mujeres de carne y hueso. Y de esas se

encuentra en todos lados. Aunque esto nunca es del todo así: cuando dejamos de buscar a esa persona con la que nos une el gusto musical, o porque tenemos un sentido del humor compatible o qué sé yo, imaginamos a una mujer que tenga nuestras mismas metas, que sea compatible con nuestras vidas. Lo bueno sería conocerla primero antes de enamorarse. Matar al ideal.

Tom pierde a Summer, eso ya lo sabemos. Y cuando pierde a su mujer perfecta, el tipo ya está listo para empezar a vivir.

CRÍTICA DE PIERNAS

Mi novia me mira y yo creo que pasé piola. Mi amigo, que anda solo con nosotros y su novia está en casa se pone a reír. «No, si este va a terminar como especialista en piernas» dice ella, apuntándome con el dedo. Mi amigo dice: «me imagino, hay una variedad interesante». Como ya sé que mis miradas no pasaron tan piola, me sumo con gracia: «podría escribir una reseña de piernas de Lollapalooza 2012». Y sigo: «es más, ya identifico cada tipología: las hay delgadas pero torneadas a la altura del peroné. Están también el inverso: los muslos generosos pero planos al terminar en el pie. Las largas. Las cortas. Están las piernas perfectas. Están las menciones honrosas. Están las con mejor proyección. Lo bueno es que ninguna escatimó en gasto y sacaron sus mejores shorts y camisetas, incluso las botas taco aguja, para este evento social, importando un pepino la comodidad que se requiere para ver rock en vivo». Mi amigo suma: «me he enamorado como como cuatro veces hoy». Yo le respondo: «no seas humilde, deben haber sido como cien, huevón». «Sí, es cierto, no quería parecer exagerado» dice y se ríe. «Y eso que el año pasado, este ni siquiera sabía reconocer la celulitis» dice mi novia a mi amigo, insistiendo en fingir como si yo no estuviera en el medio. «¿Es como mucho no? No sé si dejaría a una hija salir de casa mostrando tanto» dice mi amigo, llevándose las manos a la cabeza, siguiendo con los ojos a una niña de nariz hermosa y respingada que pasa por su lado. «Igual vi un par de piernas con celulitis por allá» adhiero a la conversación, demostrando mi espíritu crítico. «Es que esas minas deben ser buenas para el copete» dice mi sabia novia. «Igual he visto mucha peloláis como demasiado flaca, unos palos, como de pasarela pero no creo que sean modelos ¿es porque se cuidan y no comen nada? ¿O por la genética?» planteo. «No, po, es porque se cuidan: gimnasio, dieta. Se preparan para ser parte de espectáculos como este» dice mi novia. «Pero, en cambio, ¿has visto que las gringas igual son muy ricas, pero medias rellenitas? Creo que eso es más cercano a la perfección estética» digo, y me sorprendo de que mi novia no se enoje. Mi amigo suma: «vi unas gringas en bikini, ni siquiera con short o falda, así en bikini caminando como si nada». «También las vi» digo. «Yo también», se une mi novia. «Creo que he visto más mujeres lindas hoy que en una década viendo cine desde mi pieza» suma mi amigo. «Creo que he visto mejores piernas hoy que en una maratón en la que participé una vez» digo. «Huevón, nunca has ido a una maratón, mentiroso» me dicen mi amigo y mi novia al mismo tiempo. «Bueno, era una broma» les respondo. «Pero es eso, es parte del show: Lollapalooza te ofrece conciertos de primer nivel mundial, simular que estás en otro país en donde existe la cultura ecológica, participar con tus hijos chicos, y ver unos cueros impresionantes, ¿no?» pregunto. «Sí, la cosa es que no les pagan por ser parte del show, es como si fueran celebridades toda la vida» dice mi amigo. «Igual yo creo que entran gratis, ¿no?» les pregunto a ambos. «Demás, como que buscan gente, modelos, teams, universidades cuiconas, los locos de la tele igual entran gratis» dice mi novia. «Es como parte de la experiencia Lollapalooza, entonces. Como que abren un portal al primer mundo, en donde puedes carretear, sin copete claro, pero al lado de la gente de la tele, hermosa como

ella sola, sin Carabineros ni flaites, hacen una fantasía que cuesta hartas lucas» reflexiono. «Es eso, rock y chicas lindas acaloradas» dice mi amigo. «Y una variedad impresionante de piernas, y de shorts, claro. Que también hay una tipología particular, los pequeñitos, los que muestran un cuarto de cachete, los que llegan a los muslos, los que levantan, los que bajan. Al final es una exhibición internacional de belleza física: argentinas, gringas, chilenas, colombianas...». «Igual he visto unos minos bien ricos» dice mi novia. «Ya, no, qué lata, cambiemos de tema mejor. Vamos a ver a MGMT» acordamos con mi amigo.

IRSE PARA VOLVER

Desde que Mariel sacó su disco *No me despierten* el año 2007, ha estado haciendo presentaciones tanto en México como en nuestro país. Le tocó aparecer en la escena local junto a una camada de chicas cantautoras con las que a ratos siente cercanía y otros no. Sobre su aventura en el país azteca, su infancia, la música y más, conversamos con ella, con Mariel.

Es pasado el mediodía y estoy en la puerta de la casa de Mariel Villagra ubicada en Ñuñoa. En realidad no es su casa, es la de su madre. Ella está ahí momentáneamente, por un imprevisto. Para estas fechas pensaba estar en México pero un retraso en la llegada de sus pasajes y el estallido de la gripe porcina o lo que sea, dejó su travesía como cantante en las tierras de Televisa «en stand by», como ella misma dirá más adelante.

«Hola, ¿cómo estai?» me dice Mariel con una ternura explosiva, mientras abre la puerta y me hace pasar al patio de la casa, lugar en donde conversaremos durante los próximos cuarenta y cinco minutos. En el sitio hay una mesa, unas sillas, un cuadro de The Beatles del periodo *Sgt. Pepper* colgando de un muro, y dos perros, uno marrón y uno blanco, que me saludan efusivos. «No hacen nada» me tranquiliza Mariel y se dirige a preparar dos tazas de café.

Mariel grabó su disco *No me despierten* bajo la producción de Luis “Tata” Bigorra (Los Tetas, Frijoles, Funkattack) el 2006 y apareció bajo el Sello Azul al año siguiente. Con ellos dio el primer gran paso de su carrera como solista y fue posible ver sus fotos en los medios, sus videos en MTV y escuchar su música en la radio y el metro. Pero antes de esto, Mariel ya tenía cierta cancha en los escenarios, integró La Pedroband, junto a su padre, Pedro Villagra (Santiago del Nuevo Extremo, Inti Illimani) y el proyecto de drum n’ bass Ultrafat Soundsystem junto a los djs Fat Pablo y Ultramal, el baterista de jazz Andy Baeza y el MC Chico Claudio, «la banda ideal pa’ una que le gusta la variedad, con una identidad súper clara, con todo pa’ grabar, pero que finalmente no concretó, se jipearon mis socios» se lamenta entre risas.

Háblame de tu último video, de la canción “Sé”.

—Ese video lo hicimos el año pasado, y después me dieron ganas de corregirlo. Lo que pasa es que es súper casero porque la gracia era el lugar donde se grabó, que es la casa donde vivían mis abuelos maternos cuando yo era chica. Venía un día del mercado con mi familia, de comer, y vimos que la habían botado ya, y quedaban escombros, parte de la cocina, pedazos de la casa. Yo lo encontré increíble y supe de inmediato que quería hacer un video ahí, como fuera. Quería grabar el lugar y dije ya, filo, de ahí elijo la canción pero voy a grabar un video ahí. Elegí la canción “Sé”, que tiene que ver con el desapego.

¿Y las ganas de corregirlo? ¿Siguen?

—No. Ya se terminó el video. Sentía que había un tema con la edición, pero más que nada detalles, problemas con los ángulos, que estaba como movido o que se yo, y lo probé. Por ejemplo, la versión que pasan en el Metro, es una versión antigua del video. Mejor. Como no tengo mánager, a veces mis caprichos terminan transformándose en cosas oficiales. Pero está bien que hayan dos versiones, que la de Youtube sea distinta a la que pasan en el Metro me parece bien.

¿Cómo fue retornar a la casa de tus abuelos?

—Mil historias ahí, con mi familia, con mis primos, jugando, actuando. Yo hacía mil juegos ahí, nos metíamos a una piscinita y, ahora, por un ensanchamiento de la calle, derribaron las casas antiguas. Es la calle Lira, están construyendo departamentos y unos edificios enormes. No sé qué habrán hecho ahora, pero sé que está todo destruido.

Oye y, ya que estamos en tu infancia, me imagino que en ese periodo ya estabas rodeada de música, por tu viejo. ¿Cómo fuiste asimilando todo lo que significaría la música en tu vida?

—Hablaba de la casa de mis abuelos maternos, la cercanía de la música podría haber sido más por el lado de mi papá. En la casa de mis abuelos maternos yo era absolutamente libre, nadie me presionaba, nadie se preocupaba mucho de esto de la música, veían que me desarrollaba como niña absolutamente normal. Pero me tocó pasar por las típicas enfermedades de cabra chica, muy largas, y como a los nueve años me pasé muchos meses en cama con un tecladito Casio de estos chiquititos y ahí empecé a aprender sola, súper sola, súper estimulada, cantaba despacito y este teclado no puede hacer dos notas al mismo tiempo, no puede hacer acordes, solo melodía y ritmo. Era muy estimulante tocar. En esa etapa también empecé a inventar coreografías, a hacer bailes, me enganché con cosas de danza, de teatro y un montón de otras más.

¿Pero tu papá te influyó de alguna forma en esto?

—Mi viejo me influyó de una manera importante, pero no tan directa. Creo que él esperó que yo tomara la iniciativa con respecto a la música. Desde chica, cada vez que tenía una duda se lo preguntaba. Después él se fue de viaje y nos comunicábamos por carta, y cuando volvió fue súper intenso, empecé a sacarle información, me enseñó algunas cosas, me enseñó flauta travesera que es el instrumento al que él se dedica, después empecé a estudiar música en la universidad, en el conservatorio, estudié como dos o tres carreras al mismo tiempo, probando. En ese sentido sí, es claramente una influencia. Después yo pasé a formar parte de su grupo y ahí empezamos a asociarnos por lo que él es, la música folclórica y la música latina.

¿Te acuerdas de algo de la discoteca de tu viejo que te haya marcado?

—Claro, el máximo referente que me llegó de ahí, en la infancia, fue Charly García. Yo creo que por él me dediqué a la música. Fue impactante conocer su música y

su historia, y que fuera latinoamericano y estuviera tan cerca, que pudiera llegar a conocerlo. Me marcó.

POP ART

Al terminar la adolescencia, Mariel Villagra estudió Licenciatura en Música, «en el segundo año de universidad ya había cachado que la música que aprendía ahí era la que no quería hacer. Era una contradicción pero me sirvió mucho el proceso de aprender toda la teoría. Sin embargo, me interesaba mucho más el trayecto de Ñuñoa al Centro que las cosas que enseñaban en las clases de cada día. Ver la locura de la ciudad para después llegar a hacer las tareas era como triste», reflexiona.

Luego de eso, empezó a subirse a escenarios, preparando el camino a lo que sería su carrera solista. Con un disco ya editado, una variada galería de rhythm and blues, funk, rock, bossa nova, boleros y baladas, con letras que oscilan entre lo dulce, lo amargo, la desesperanza y las relaciones de pareja, todo de su autoría, y siempre bajo una premisa muy pop, Mariel ya se había abierto paso en una nueva escena de solistas nacionales.

Si bien los sonidos por los que te paseas con tus canciones son bien variados, siempre trabajas con el formato de la canción pop, sin embargo, tus letras son más bien tristes, a ratos obsesivas e incluso perversas y coquetas de cierta forma. ¿Cómo calza eso en el mundo pop?

—El otro día me decía un periodista amigo que pertenezco a un grupo de artistas que estamos desenmascarando un poco al pop, quitándole el plástico, el envoltorio, y haciendo cosas distintas. Contando verdades con letras no tan optimistas. El disco está escrito en base a vivencias mías, todo lo que se cuenta ahí son mis grandes éxitos. El primer disco me demoré veinticinco años en hacerlo, claramente me representa y están las cosas que marcaron de alguna forma mi vida.

Con respecto a lo mismo, el pop funciona en base a fórmulas que están súper probadas y repetidas hasta el cansancio. ¿Cómo se puede ser original en el pop?

—Creo que la creatividad es algo innato, y ahí está la gracia de todo artista, y creo que la sensatez también, hay que ser consecuente. Creo en mi gracia y es lo que ha hecho este proyecto tan mío. Cuando yo logro encontrarme con una canción simple y transparente, eso es lo que funciona. Mis letras son lo que más me gusta, creo que es lo más importante, me gusta jugar con la oscuridad, es simple, tienes que decir algo simple y honesto pa' que la música popular funcione, traducir la vida a tus canciones.

¿Podrías darme un ranking de divas de la música popular latinoamericana?

—Me carga que me pregunten por mis referencias. Esta parte me cuesta mucho, es una pesadilla. Cada vez que doy una entrevista me digo: «ay, me van a preguntar por mis referencias». Mira, prefiero darte nombres de chicas más alternativas. La Martina Lecaros, que es una chica que está muy bien, trabaja la música popular, le gusta mucho el soul y va a sacar un disco. ¿Quién más? La Daniela Conejeros, la Valentina Fel, esta chica que provoca polémica y no sé, el resto, las más conocidas, las nombrai tú.

¿Pero y para atrás? De los años 60's, 70's...

—Ah, la Cecilia. Me gusta mucho su estilo. No me tocó vivir en su época y ahora es muy distinto pero escucho un disco de ella y me lo transmite todo. Ella tenía una voz muy hermosa y distinta y acompañada por gente que era seca en la música. A mí me encanta.

Para Cecilia la noche implicaba mucha vida pero también un desgarró que te terminaba destruyendo ¿Qué hay con eso?

—Sí, mira, yo trabajé hartó tiempo de noche y, claro, me cansaba el ambiente. Hay gente que se dedica a la noche y tiene esa cosa de tristeza y alegría. En el caso de Cecilia está eso, cosa que me identifica hartó.

Tú apareciste en un momento en que estaba naciendo toda una movida femenina. ¿Te sientes cercana a eso?

—A ratos sí. Me di cuenta de que cuando yo era más chica no habían referentes pa' una. Estaba Madonna o qué se yo, pero de nuestro país, no habían. Que ahora haya y que estas chicas hayan aparecido todas juntas me parece súper bien. Por ejemplo, un referente que yo tengo, a pesar de que todos me molestan con ella, es la Myriam Hernández, me encanta, no puedo con ella, siento que es una estrella, pero no había nadie que te dijera qué camino tomar, y ahora está lleno y atrás de nostras vienen muchas más.

¡HÍJOLE, TÚ ERES MARIEL, MANA!

Por esas cosas de la vida, y a raíz de un amigo mexicano que alojó en la misma casa en donde Mariel y yo conversamos en estos momentos, la cantautora tuvo la posibilidad de probar suerte en Ciudad de México. Primero fue a conocer y a estudiar el terreno, ver la posibilidad de contactos y de sacar su disco por esos lados, ella intuye que el disco y su proyecto funcionarían muy bien en el país de Paulina Rubio. Luego viajó ya a presentarse, conoció a una banda que se transformó en su banda de apoyo. Tocó junto a Ratonés Paranoicos. Tocó en el Metro, hecho que la expuso frente a cientos de ojos y oídos mexicanos e, incluso, se armó su

club de fans para el que realizó una presentación especial y hasta descubrió que la gente empezaba a reconocerla en la calle, hecho al que aún no se acostumbra, «en México pasaron un montón de cosas importantes, que por cosas ajenas, pestes que atacaron al mundo, está en *stand by*, pero pretendo irme luego».

No alcanzaste a ver nada de lo que pasaba con la gripe porcina.

—No, nada. Por suerte.

Y ya que estuviste en el D.F., en otro sistema cultural ¿Cómo se ve Santiago a tu regreso?

—Se ve maravilloso. Caminar por Santiago es un privilegio. Todo esto en el plano físico, en el cultural se ve como un lugar encerrado, con referentes locales, no solo en lo musical, en las probabilidades de vida es lo mismo. Creo que a toda la gente le vendría bien salir. Al final, en la práctica, uno siempre se cuestiona lo mismo: ¿por qué el arte no funciona en este país? Puedes tocar en todos los lugares, que son como ocho acá en Santiago, y ese es el tope.

¿Pretendes radicarte en México en algún momento?

—No sé, es que el mundo está tan virulento que no sé. Con una amiga conversábamos que lo loco de la peste es que en México nadie conoce a alguien que la tenga, ¡pero nadie! Yo tenía pensado irme todo este año, me quería ir en marzo o abril, y ahora no sé que va a pasar, y esa es la gracia de ser artista, que uno vive al día, esta semana me sentí la raja porque toqué el lunes, ahora toco el sábado y así se va armando. Me fui al D.F. porque me aburrí de Santiago y ahora cuando estaba con toda la energía para irme de nuevo, por estas cosas de que no pude viajar, me he reencantado con esta ciudad. Pero voy a irme y a lo que venga. Allá tienen tantas ganas de que llegue que voy a quedarme un buen rato, pero radicarme así, no sé lo que es eso. Para mí todo es una cosa natural.

FAMA

Con mi viejo nos gustaba ver un programa en el cable, en un canal de noticias. Era un *late show*, aunque lo repetían durante el día también. En él, el escenario de un absoluto color negro sólo era interrumpido por una mesa en el centro, dos sillas, algunos vasos con agua y el conductor del programa. Era un tipo peruano, gracioso, demasiado amable quizá y con una chasquilla casi Beatles que en mi niñez encontraba muy chistosa, sobretodo porque me había pasado la primera mitad de mi infancia suplicándole a mi vieja que dejara de hacérmela a mí. Unos metros más allá, de presencia casi espectral a ratos y protagónica otros –sobretodo cuando no había invitados– se encontraba un teclado y su respectivo músico tras él. Mi viejo, con orgullo me decía que era chileno. El tipo comentaba, intentaba tirar algunas tallas, pero siempre el maestro de la ironía y del sentido del humor más tierno y mordaz era el conductor.

Cuando ya me había convertido en lector de cualquier cosa que llegara a mis manos, di con su libro *La noche es virgen*, y encontré que era de esas novelas que ya no quería perder en la vida. Sin embargo, la presté a una chica y no regresó más. Ni la chica, ni la novela. Fue allí cuando descubrí, recién, que Jaime Bayly no solo era un conductor de televisión perdido en las noches del cable, sino que además un escritor de renombre, amigo de Easton Ellis y que incluso Bolaño tenía una buena impresión de él. Más tarde, tomé un optativo de literatura latinoamericana contemporánea en la universidad y Los amigos que perdí, sería la lectura de cierre del curso. Fue publicidad engañosa. Los paros y tomas obligaron a cerrar el semestre de manera presurosa, y no pude ver a Bayly desde la academia, pero la novela la leí de igual forma y, nuevamente, la impresión que tenía del autor peruano era la mejor.

Las novelas de Bayly encierran un método particular de escritura. Un modelo que está ahí, en cada una de ellas, y se trata de proponer una supuesta referencialidad, una cercanía entre el narrador protagonista, y el autor, como si se tratara de diarios de vida en lugar de ficción. Es un camino que implica las novelas *No se lo digas a nadie*, *Los amigos que perdí*, *La mujer de mi hermano* y *Los últimos días de la prensa*. Una escuela en la que el autor podría sentirse un discípulo latinoamericano de Capote, sin pretensión de exagerar. *El canalla sentimental* (2008, Planeta) se trata de la total exageración de este proyecto, a modo de culminación, tal vez. En ella Jaime Bayly es Jaime Baylys –sí, con s final– un tipo que nos confiesa: «quise ser un escritor, pero como soy un pusilánime me he resignado a ser un personaje menor de la television». Tanto es así, que la novela carece de trama y más que nada se centra en miles de anécdotas, ojo que Bayly es un hacedor de chistes perfectos, cada breve capítulo se cierra en un absurdo imbatible.

Ironía, ternura, dudas existenciales propias de la medianía de edad, la vida de un bisexual declarado tras su separación y ruptura familiar, su relación con su ex, su conflictiva relación con su actual pareja homosexual, sus programas de televisión

en Buenos Aires, Lima y Miami, el derroche de dinero, los viajes y las manías, el amor por sus hijas, el odio por la raza humana y la completa falta de interés por sus entrevistados. Todo eso sumado a la idea de un personaje público en constante pugna con la manga de locos que lo saludan en la calle. Por ahí van los relatos de esta novela, siendo central el hecho de que el protagonista es un famoso que goza de ese reconocimiento, más que cualquier otra cosa. Este libro funciona bien en el sentido de que somos una sociedad a la que le gusta la farándula, que vemos programas tipo *SQP* y *Primer plano*, de la llamada prensa del corazón. Es el gancho de Bayly. Presentarnos un relato en primera persona sobre las súper fiestas de los personajes más excéntricos del jet set de Televisa o Telemundo o qué se yo. Modelos, periodistas, empresarios de la industria del entertainment, baladistas pop y fans desquiciados.

Todo bien con la novela salvo un solo detalle. Supera las cuatrocientas páginas, lo cual se vuelve tedioso. Bayly tiene una mano perfecta y logra cautivar desde la primera página, pero al carecer de una trama, la novela se vuelve un tanto abrumadora y se pierde el entusiasmo inicial tras las primeras doscientas páginas. Porque es así, se agradece la superficialidad, pero tampoco hay que exagerar. Los chistes largos siempre son fomes, y ningún *gossip show* puede superar la hora y media de duración. Además, está claro, cuando leemos un libro de Bayly, no queremos leer a Proust.

«ME CHOCA EL ESCRITOR QUE QUIERE ESCRIBIR COMO GRINGO»

Cristóbal dice que espera desde hace algún rato, que se desocupó antes y que hacía la hora para esta entrevista. Es un esfuerzo adicional, sin duda alguna, pues el verano parece haber hecho el mejor tráiler desde su existencia, instalando anticipadamente unos 27 grados en Plaza Aníbal Pinto esta tarde.

Cristóbal es Cristóbal Gaete, periodista según su título de la Universidad de Playa Ancha: «estudié periodismo por un equívoco, con el tiempo me fui dando cuenta que no podía hacer lo que todos aspiraban a hacer, el periodismo para empresas que está muy de moda» confiesa. Sin embargo, las convicciones y la constancia lo han vuelto escritor, y a sus 28 años acumula un buen número de publicaciones: los relatos *Cicatrices*, el libro-objeto *Lírico plan*, la novela breve *Valpore* y las crónicas *Mercado El Cardonal: relatos de la rutina*. Toda una cartografía retórica sobre Valparaíso y sus propias obsesiones.

Obsesiones que, mucho antes de comenzar formalmente la entrevista, se hacen notar. Habla efusivamente de Carlos Pezoa Véliz y Alfonso Alcalde, lo cual no es solo postura, y acá nos referimos a otra más de sus facetas. Desde hace casi tres años está a la cabeza de su propio proyecto editorial, Perro de Puerto Ediciones, «microeditorial que trabaja a partir del territorio» —como ellos mismos se definen—, y que ha rescatado textos de los autores antes mencionados, entre varios autores porteños contemporáneos: «probamos con un canon inicial, sacamos a autores que estaban medios solos, funcionando entre sus círculos en Valparaíso, y seguimos con el rescate de Pezoa Véliz y Alcalde, tenemos pensado seguir con la línea de rescate, más adelante».

En Valparaíso han habido varios intentos de armar editoriales que finalmente se han evaporado. ¿Hay alguna estrategia en Perro de puerto para romper esa maldición?

—En realidad, cuando partimos junto a Daniel Jorquera (artista gráfico), nunca nos propusimos perdurar en el tiempo. Existe la inquietud ahora de cómo vamos a generar, aprovechando la experiencia anterior, porque comprendimos que no necesariamente sacando buenos libros el proyecto va a llegar a sustentarse a sí mismo. Por ejemplo, lo de Pezoa Véliz, más allá de las loas retóricas, no es un libro que se venda mucho.

¿Cómo definen qué publicar?

—Me interesa lo que no tiene cabida en otros lugares, lo que tenga un campo de referencialidad distinto. Por ejemplo, con Daniel Tapia (*Ki*, 2009), que fue el primer libro que hicimos, una pequeña publicación, estaba la inquietud de que

él había salido del taller de La Sebastiana, pero dentro de las poéticas que se desarrollan ahí, él no tenía mucha cabida. Su poética era más lúdica, más libre. Luego vino lo de Cristián Geisse (*¿Has visto un dios morir?*, 2009), pasa todo en un subterráneo de Valparaíso. Siempre vamos buscando textos con identidad, con una conciencia del entorno en que se mueve, ya que no somos de llevar libros al mall, ni a Santiago.

Acá, no solo hay una carencia de producción, sino que también de consumidores de libros locales, por no decir lectores, ¿cómo ves eso, que la edición sea más una hazaña que un proyecto exitoso?

—Es que el éxito es un concepto muy capitalista, no aspirábamos a eso. En el caso inicial aspirábamos a establecer un micro-canon. En lo personal buscaba tener la posibilidad de trabajar con un texto de otro, editar, desplazar el ego y volverme más conciente de mis limitaciones y capacidades.

¿Cómo ves las otras editoriales porteñas?

—El 2009 hubo hartito movimiento editorial, con *Nihil Obstat* de Raimundo Nenén, o los *Inubicalistas* de Arroyo y Moncada, pero habría que hacerse la pregunta de si realmente circulan esos libros. Hay libros de esas editoriales que ni siquiera están en librerías. Puede ser que cada día haya más editoriales, pero al mismo tiempo más libros que no están a la vista.

LA LITERATURA PORTEÑA ¿DÓNDE ESTÁ?

Capeando el calor, y buscando algún lugar donde el ruido no impida que la grabadora registre la entrevista, llegamos al restaurant El Dominó, recientemente inmortalizado por los decretos antojadizos del patrimonio oficialista. Desde allí el autor se cuestiona sobre el ejercicio de dedicarse a la escritura en una provincia como esta: «como lector, entiendo la falta de un público consumidor de autores locales, si te gastas la misma plata en un libro publicado acá que en un libro de Nabokov, es como complejo» y agrega «además, esta es una ciudad muy precaria, la gente no tiene mucho dinero, los libros son caros. No quiero ser moralista, menos en este contexto, pero la gente prefiere tomarse dos cervezas antes de comprar libros».

Para Gaete, hijo de locatarios del mercado, los caminos de la literatura han sido extremos de siempre. Cuando cursaba la enseñanza media descubrió a Jack Kerouac, *En la carretera*, y se dio cuenta que no dejaría más de leer, algo que él describe como una paradoja, dado a que más tarde preferiría leer literatura de esta otra parte: «especialmente lo que activó (Witold) Gombrowicz en Argentina con su presencia, me gusta (Roberto) Arlt, (Osvaldo) Lamborghini, Copi, la literatura marginal chilena como (Alfredo) Gómez Morel, Paco Rivano, lo que es un poco más vanguardista como Juan Emar. Siempre voy buscando literatura en mi idioma

que me pueda acompañar» define.

«Me gusta el sabor idiomático, como la literatura cubana que tiene mucho ritmo, mucho modismo. Me choca el escritor que quiere escribir como gringo, con mucho punto seguido y ordenadito, carveriano. No soy tan idiota como para creer que (Raymond) Carver es malo, pero tengo un problema con las reversiones».

Hablando de extremos, hace algunos meses, en medios locales fue posible ver el titular «Escritor porteño baleado por compañero de casa». Por escritor porteño se referían a él, a Gaete, por compañero de casa y autor del disparo, al poeta Mateo Saavedra, por baleado, al impacto que recibió su mano. Todo era engorroso, pero Gaete llegaba al hospital de urgencia, y nuevamente el mundillo cultural porteño se remecía.

«Fue sumamente traumático, fue como ser parte de la Grub Street (en *Edición y subversión*) de Robert Darnton, esa calle de París en donde todos sus habitantes eran escritores y editores apócrifos, pero a la vez, mercenarios, espías de la policía del rey y cualquier cosa ilegal que les permitiera vivir. A mí se me hace que el Valparaíso de los escritores es así» denuncia. «Todo quedó como una anécdota cómica de la literatura porteña, el problema es que la literatura porteña no puede seguir existiendo solo por anécdotas cómicas como esa».

Por supuesto, con los días, y mientras Gaete seguía terapia para recuperar el movimiento de su mano, la anécdota quedó atrás y todos en Valparaíso volvieron a ser tan amigos como siempre.

Más allá de la performance, ¿existe la literatura porteña?

—Sí y no. Sí, porque hay libros como *El incendio de Valparaíso* (Eduardo Correa), que tiene algo absolutamente vinculante con el territorio. Hay otros libros que valen la pena como *El cementerio de los disidentes* de Claudio Gaete, en donde te coloca un sujeto porteño, que vive de la calle y es como un loco, y problematiza el espacio público, o *Silabario/mancha* de Marcela Parra que tiene un rollo con el cine porno como espacio. Pero a la vez, esta es una ciudad en donde hay mucha gente en tránsito, gente que viene a estudiar, deja un libro, y se va.

Entonces, entiendo que existe...

—Existe una idea, como una escritura de bar, o un cúmulo de poetas que viven al tres y al cuatro, o de académicos sin academia. Pero mira, hay editoriales que funcionan como imprenta, o autores que hacen libros a empresas, como editores trabajando con clientes. Si de verdad existiera la literatura porteña, permitiría que existieran las editoriales, existieran los libros y existieran los lectores. Acá no existe la producción, entonces la literatura porteña me parece una idea súper artística que no tengo idea cómo se sostiene.

¿Y por qué?

—Porque hay una precariedad de lectores que se basa en una precariedad de escritores. Dime cinco libros buenos que se hayan escrito en Valparaíso y no hay. Tienes que ponerte a pensar. Tal vez algunas cosas de *La Cáfila* en su momento, como *El incendio de Valparaíso* de Correa, o *Cumbia* de Yuri Pérez. Pero no veo muchos libros que puedan sobrevivir en el tiempo. La literatura porteña sobrevive, más bien, por la idea de lectura de poesía en bares, lo cual es una imagen romántica, errática y alcohólica, en donde corre tanto copete, que los poetas son incapaces de escucharse uno al otro.

NO MÁS LIBROS

Soy profesor y hoy tomé un control de lectura a un primero medio. Antes de la prueba, los muchachos estaban contentos y ansiosos por contarme lo mucho que les había gustado el libro que tuvieron que leer, se trataba de una especie de best seller juvenil en tono de tecno-thriller que le llevaba viajes en el tiempo y conspiraciones light. La verdad, desconocía completamente el título y al autor —del cual ni siquiera detallan su reseña biográfica en el mismo libro— pero, como cuando llegué a ese trabajo los planes de lectura ya estaban hechos, no me quedó otra que tomar la prueba y ahora a duras penas lo estoy leyendo, consolándome bajo la idea de que, al menos, servirá para entender los gustos de estos chicos.

«A duras penas» es casi literal: mientras intento avanzar las páginas, tengo la televisión encendida del mismo modo que el computador, en donde aparte de esta, escribo dos columnas más y cada cierto tiempo, me doy mis pausas para fumar y revisar Facebook y Twitter —todo lo que le digo a mis alumnos que no se debe hacer cuando se lee, salvo fumar, que les digo que no lo hagan nunca—. Así es como di con un enlace que han compartido casi todos mis contactos virtuales: un video que exige la anulación del impuesto del valor agregado (IVA) a los libros. Una especie de “We are the world” en donde rostros de televisión y del mundo de las letras se reúnen por una aparente buena causa.

Los argumentos los conocemos todos desde hace muchos años, desde que se empezó a aplicar este impuesto en diciembre de 1976, que responde tal como casi todas las cosas de hoy, a los designios de una dictadura que instaló la lógica neoliberal en todos los ámbitos de la vida. Que con el 19% de iva es uno de los más altos del mundo, que sube el valor de los libros, que en Europa y en la mayoría de los países que envidiamos en cuanto a desarrollo no existe.

Por supuesto, se trata de una noble campaña. Al igual que cualquiera que busque disminuir la brecha de acceso al libro para las familias de salarios más bajos, pero es aquí en donde me gustaría detenerme.

En efecto, anterior al año 1976, el libro estaba exento de impuestos, considerado un bien básico en el mismo peldaño del pan, la leche, las carnes, las frutas y verduras, y así como los cuadernos, diarios y revistas. Todo aquello bajo el concepto de «consumo vital humano» que era bastante distinto a la idea de «consumo» que tienen hoy las instituciones, el mercado y, por rebote, nosotros mismos.

Sin embargo, no por quitarle el iva a los libros aumentarán los lectores, ni comprarán novelas las clases más golpeadas de nuestro país, ni existirán mejores autores, ni mejores libros, ni más editoriales, ni seremos un país más culto, ni crítico, ni libre. ¿Por qué se le aplica el iva al libro? Básicamente, por este cambio de apreciación sobre él, que ya no es un vehículo difusor de ideas, forjador de pensamiento crítico,

sino directamente un objeto de mercado, un lujo, un gustito.

Las grandes editoriales, así como los autores de best seller hartos saben de ello. Porque hoy los libros apuntan justamente a lo contrario, algo así como una pesadilla de Gutenberg: figurar en vitrinas de librerías de mall, entrar al ranking de los más vendidos, obtener altas cifras de dinero, divertir, hacer pasar un buen rato. En resumidas cuentas: la sociedad comenzó a entender el libro de una forma distinta, como el resto de los productos culturales, ad hoc al sistema económico que los contextualiza.

Más explícito: hoy por hoy, un libro que en caja tiene un valor de 12.000 pesos, sin el iva quedaría en 9.720 pesos. Es una cifra aún demasiado alta como para sacrificar el pan para una familia de estrato social bajo durante una semana.

Como profesor, me extraña que el gremio al que pertenezco no se haya hecho parte de este conflicto, así como los académicos de las universidades, las imprentas, los autores consagrados y las grandes editoriales —que bien podrían hacer los esfuerzos éticos por disminuir los costos—. Porque, insisto, el restarle iva al libro es un paso en las políticas de acceso, sin embargo, en donde más escandalizante es el asunto es en el fomento a la lectura.

De nada nos sirven bibliotecas vacías en donde te registran como si fueras un criminal cuando quieres pedir una publicación, ni poblaciones en donde los libros de frentón no existen, en donde los chicos leen sin entender y en donde, si lo hacen mientras estudian obligados, no lo volverán a hacer después de salir del liceo. El libro se ha convertido en un objeto demasiado lejano como para coquetearle en librerías de viejos, ferias, supermercados (el acceso, caro o no, está) y, más allá del iva, el costo y la calidad, se prefiere pasar de largo por encontrarlo un objeto raro e innecesario.

Exijamos libros sin iva, discutamos sobre ello, teniendo en cuenta que el tema fue tabú para todos los gobiernos de la Concertación y, cómo no, para este también, pero entiéndanme que mientras me preparo para leer un best seller infanto-juvenil de dudosa calidad para corregir una prueba, me surjan estas dudas sobre las defectuosas políticas de fomento. Leer siempre fue más importante que comprar libros.

MALETÍN LITERARIO

En octubre de 2007 quedó la tendalada en la escena escritural/intelectual de nuestro país a raíz de la conformación del llamado Maletín Literario. Aquel proyecto que pretendía regalar mini bibliotecas a 133 mil familias de escasos recursos y que reunió para la selección de los libros que la conformarían a un jurado compuesto, entre otros, por Alberto Fuguet, Omar Lara y Elicura Chihuailaf, en una fase I, y a una guerra editorial por la concesión en su fase II. Las polémicas estallaron de inmediato y recuerdo a mucha gente preocupada del tema a través de blogs, medios, pelambres de bar, pero poco diálogo entre los especialistas en educación. El 2008 se volvió a conformar un jurado con el mismo fin, pasó mucho más piola. Ese año, además, se entregaron los maletines y como profe de lenguaje me tocó hacerme parte de la pelotera.

La historia me recuerda a *The dawn of man*, la escena de los monos que abre *2001 A space odyssey*. Estamos en la cocina/comedor en donde los profesores tomamos nuestro desayuno y hablamos mal de nuestros alumnos y supervisores. Al terminar, nos dirigimos a la sala de profesores para recoger nuestros bolsos y resignarnos a realizar algo parecido a una clase. En el camino, sobre un mesón fuera de la oficina del director, observamos tres cajitas de cartón casi como las de McDonald's salvo que más grandes y en su interior, en lugar de juguetes corporativos, hay libros. Los profesores quedamos sorprendidos y nos aglutinamos a su alrededor, solo observamos y murmuramos sorprendidos. Uno con menos prejuicios que el resto, o mayor descaro, se anima a tomar un ejemplar y comienza a (h)ojearlo, el resto lo imita tímidamente. Se nos acerca la secretaria del establecimiento y nos dice: «¡ah! Llegaron esas cosas».

Al terminar el periodo decidí partir donde el jefe de Unidad Técnica Pedagógica para preguntarle qué haríamos con los maletines literarios que habían llegado. «Ah, bueno, tú eres el jefe de departamento de lenguaje, hazte cargo tú de ellos» me dice. Partí feliz a buscarlos a las afueras de la oficina del director. En realidad, ni siquiera estaba informado de que se podían repartir a través de los liceos, pero pensaba que era una idea genial, de hecho ya tenía los tres candidatos para obsequiarles la posibilidad de montar una biblioteca familiar. Al llegar al lugar los maletines ya no figuraban por parte alguna. Pregunté a la secretaria y no tenía idea. Fui a la sala de profesores y ahí sí que estaban los tres maletines sobre una mesa. Los colegas se encontraban repartidos a lo largo de la habitación revisando, en su mayoría, *La cocina popular chilena*, otros las enciclopedias, los cómics de Mampato y, los menos, los libros. Esperé paciente que se aburrieran pero nada. Seguían revisando una y otra vez, doblando sus páginas como si se tratara de suplementos de diario.

Al siguiente recreo, me apresuré para llegar a la sala de profesores antes que el resto. Ni siquiera habían diez libros en cada maletín. Los tomé rápidamente y los

guardé en mi estante bajo llaves. Luego, la profesora de matemáticas se despidió y noté que se llevaba el libro de cocina, el profesor de historia hizo lo mismo con la enciclopedia y así, cada profesor se llevó su libro favorito. Estaba indignado. De hecho, al otro día, hablé con cada curso acerca de lo que había sucedido. ¡Era su derecho de estudiantes luchar por recuperar esos libros que les pertenecían! Ningún alumno pareció preocuparse. El centro de alumnos fingió malestar para tranquilizarme pero tampoco les pareció importante llevar a cabo acción alguna. Durante el día, se me acercó la bibliotecaria, una anciana prehistórica, gordita, pero muy cuerda y decente a la hora de entablar una conversación. «Los maletines me pertenecen, profesor, sé que Ud. los tiene» me dijo. «Son para los niños» le respondí. «No, profesor Daniel, los trajo la Dibam, la biblioteca del liceo se encargará de ellos». Le expliqué que había sido yo quien los rescató de las garras de mis colegas y que al menos me dejara a mí la decisión de a quién regalarlos. Ella me miró como si estuviera loco. Jamás se le había cruzado por la cabeza regalarlos, era como tirarlos a la basura. Los libros debían quedarse como material de la biblioteca. Me salvó la campana —literalmente— y partí a hacer mi clase.

Al receso partí a la sala de profesores solo para percatarme de que mi estante había sido saqueado. Ya no quedaban maletines por ninguna parte. Nunca más volví a ver uno, ni nunca se volvió a mencionar palabra alguna al respecto.

El Maletín Literario no es un objeto de fomento a la lectura, sino de acceso al libro. Ambas aristas son interdependientes. No por tener libros en casa se va a leer, así como tampoco se leerá si no se tienen libros realmente cerca. Las bibliotecas públicas como las de los liceos y escuelas en su gran mayoría apestan. No tienen buen material, ni en buen estado, tramitan, impiden, reglamentan y sancionan, alejando a las personas del libro. El primer paso deberá ser que los niños en las escuelas y liceos les pierdan el terror, que se acostumbren a verlos, y que el libro deje de ser un monolito rectangular perfecto en medio de una tierra de homínidos.

LA FAUNITA INSOPORTABLE

Una mediocre escena literaria, que bordea lo patético y lo ridículo en su afán de figuración; aspirantes a escritores; escritores que se van a España a mendigar alguna posibilidad; escritoras jóvenes que encamándose con autores logran instalarse en este triste panorama. Todo esto funciona como mapa de *Siempre te creíste la Virginia Woolf*, el último trabajo de la narradora Claudia Apablaza. Un volumen de relatos en donde la ficción está cimentada en las fallidas andanzas de escritores por un particular mundillo editorial.

La temática es apreciable, básicamente, a lo largo de todo el libro. Todos los textos que componen esta publicación, los breves, los menos breves, están centrados en el escritor como figura, como superficie, como marca registrada. Exponiendo lo peor de su raza, volviéndolos monstruosos y despreciables, pero al mismo tiempo ingenuos y lastimosos. Escritores que se pasean por ferias de libros, que buscan desesperadamente algún agente literario y que sufren ante la posibilidad de no alcanzar reconocimiento, cosa bastante particular, dado a que estos personajes, a pesar de autoproclamarse escritores, jamás se observan escribiendo ni leyendo. Viviendo más pendientes de la performance y la instalación, y el anhelo ingenuo de ser mirados como artistas.

Así sucede, por ejemplo, en el cuento *Poseída*, en donde una estudiante asume que al tener su primera clase de literatura, sufre una epifanía y se convierte oficialmente en una escritora. O en *El mejor* —uno de los relatos más divertidos del libro—, en el que dos autores catalogados por la prensa como «el mejor escritor latinoamericano» se reúnen preocupados ante la posible aparición de un tercer postulante al título.

Otro caso es el de *Consejos para una joven cuentista*, de rasgos profundamente bolañescos (¿bolañianos?), en donde un grupo de jóvenes narradores pretende robar los contactos de un más experimentado y reconocido par.

Hablando de Bolaño, cabe destacar la posición que su fantasma ocupa en estos textos. Más allá de las intensiones de insertarse en una tradición de ficciones sobre escritores en donde cuesta trabajo decir algo nuevo, todo pareciera ser una resaca de *Los detectives salvajes*: como si los poetas realvisceralistas no hubieran muerto o se hubieran convertido en zombies del mercado editorial. Remixes de una sola postal que pareciera repetirse hasta el hastío, una y otra vez, en el campo letrado.

Es aventurada la opción paródica que toma Apablaza, arriesgando que muchas veces esa brutal caricatura de una escena que pareciera conocer muy bien, se confunda con aspiraciones y admiraciones, y el chiste deje de ser gracioso. Sin embargo, es también interesante el tono que ha logrado en este proyecto, siendo un extraño recorrido por esa línea recta que separa la ironía de la verdad más dolorosa.

LOVE MAIL

Es extraño conocer a alguien. Qué extraño, es extrañísimo. Y no sólo esa idea de chico-conoce-chica (en una bar, en una fiesta, en el estadio, en el centro comercial o la sanguchería de la esquina). Es extraño ese «conocerse» como proceso, saber del otro, dejar de sólo imaginarlo. Desde que te enamoras perdidamente de una desconocida, hasta que te das cuenta de que, en realidad, ella es muchos mundos apartes condensados en una persona, y te embarcas en esa aventura que puede llegar a buen puerto o al más nefasto cementerio de las expectativas.

De eso trata la novela del austriaco Daniel Glattauer, *Contra el viento del norte* (2006), best seller megamundial editado recientemente en nuestro país por editorial Alfaguara (y que ya cuenta con una secuela). Un día, Emmi Rothner escribe un correo para anular su suscripción a una revista, pero un error de tipeo hace que termine en el inbox del académico Leo Leike. El tipo le responde para hacerle notar su equivocación y así se inician una serie de mails arrebatados, románticos, tiernos, irónicos. Sin conocerse, Emmi y Leo terminan siendo los mejores amigos, amantes y confidentes.

Sin embargo, los involucrados, a pesar de lograr un grado de intimidad mayor, correo tras correo, tienen un miedo feroz a conocerse en persona, siendo este el gran dilema moral tras el libro.

Glattauer es capaz de estructurar un relato y mantener un ritmo impecable de principio a fin, potenciando elementos pertenecientes a la cultura conectada. Las fechas, los asuntos, los «RE:» y los «FW:» servirán como motor estructural. Pero también la anulación del contexto. Emmi y Leo se enamoran sin conocerse físicamente, sin saber cómo lucen, sin saber su tono de voz, ni qué hacen en su día a día: puro lenguaje, lenguaje puro.

Pero más allá de la forma, *Contra el viento del norte* sobresale por haber tomado un buen camino, porque a pesar de los elementos propios de internet, evitó ser un thriller ciberpolicial y es abiertamente una historia de amor pasional, e indaga en los límites del amor, del lenguaje erótico, de la moral, de las estructuras sociales como el matrimonio, la familia, la infidelidad.

El manejo de la ternura es tan perfecto como el de la ironía. Glattauer maneja el chiste de manera magistral, creando dos personajes entrañables que, a su modo, han fracasado en la vida amorosa aunque se nieguen a aceptarlo.

Es curiosa la sensación de «esta novela pude haberla escrito yo» que queda al terminar su lectura, y es básicamente porque *Contra el viento del norte*, a pesar de tener todos los dispositivos claves de un best seller amoroso, es consecuente con sus tiempos, logrando adoptar no sólo la ética cotidiana de cada uno de nosotros, sino también la forma de relacionarnos.

PASÁNDOSE PELÍCULAS

Parece ya tema añejo, como de tesis de hermano mayor, pero claramente el lenguaje del cine ha influido en la literatura, y al revés. Porque una de las gracias del lenguaje es esa: se deja ensuciar, adaptar, manosear, ya saben. En este sentido, un libro como en el que el periodista y crítico de películas Daniel Olave las oficia de editor, seleccionador y participante, no debiera ser mayor sorpresa.

Cuentometrajes es un compilado de relatos que nos centra en la idea de cuánto ha influido el cine en nuestros narradores. Y digo nuestros, porque precisamente junta una serie de autores nacionales que en sus relatos citan momentos del cine o títulos de películas, como diciéndonos: escribimos porque nos gustan las historias, y las mejores historias están en la pantalla grande.

Así es cómo Olave traza un canon más bien fracturado, a veces como de dueña de casa, con ejemplos como Antonio Skármeta o Hernán Rivera Letelier, o reviviendo a la llamada Nueva narrativa chilena con Marco Antonio de la Parra o Ariel Dorfman, y en otros instantes pasa lista a la generación de la Zona de Contacto con presencia del mismo Daniel Olave, Pablo Illanes, Francisco Ortega o Alberto Fuguet —quien hiciera un ejercicio similar en su libro *Cortos*—. Esto básicamente, se intuye, porque el criterio de selección debe haber sido el incluir a escritores que hayan tenido paralelamente participación en cine, ya sea dirigiendo, escribiendo guiones o cuyas obras hayan sido adaptadas al formato audiovisual.

Se pasean por estos cuentos muchas citas, como decíamos, menciones a Humphrey Bogart, al betamax, a *Star Wars*, a Alfred Hitchcock, al género del western, a Austin Powers, a *Boogie nights*, como si el cine —la cita pop— lograra ensamblar cada una de las historias —todas publicadas anteriormente, en distintos momentos—, que por los motivos anteriormente mencionados dan como resultado un objeto irregular: con algunas excepciones como las de Illanes (“*Betamax*”) u Ortega (“*La Guerra de las Galaxias*”), quienes logran conseguir, más allá del universo de citas, buenas historias y bien escritas, el resto más bien son cuentos que debieron haberse perdido en el olvido —“*Pajarraco*” de Skármeta es tan inentendible como insoportable—, textos menores en la carrera de autores reconocidos.

El ejercicio es válido, por supuesto, *Cuentometrajes* es un buen inventario de escritores/cineastas, que habría sido un mucho mejor libro de haberle acompañado una curatoría en cuanto a calidad de los cuentos, en donde nos sintiéramos conectados mediante la pasión por el cine y no lateados por lo escrito, aunque muy probablemente esto pudiera ser una tarea hartó difícil sin trastocar la premisa original del libro.

EL CÓMIC COMO VIDA

Cuando hace algunos años aparecieron las crónicas de Maliki 4 Ojos en el *The Clinic*, su autora, Marcela Trujillo, llamó la atención por tres cosas: 1) su dibujo ultradetallado que incluso le llevó a autoretratar su propia vagina. 2) la saturación de texto que acompañaba las a veces escasas ilustraciones. 3) la opción por llamarlas “crónicas”, torciendo el formato tradicional de éstas. Tres puntos que se consolidan, de una u otra forma, en este *Diario íntimo de Maliki 4 Ojos*.

Tal como en las crónicas del periódico, en su diario, Trujillo nos inserta en las profundidades de su alter ego, Maliki: «cuarentona, soltera, rellenita, morena, madre de dos niñas, pintora, dibujante y santiaguina que no logra bajar de peso». Salvo que Maliki ha dejado de ser la joven artista chilena que prueba suerte en Nueva York, para regresar a Chile, en donde lleva, más bien, una vida normal: repasando sus traumas con el sexo y sus frustraciones amorosas, su trabajo, la dedicación a sus hijas y las salidas con sus amigos cuando la maternidad se lo permite.

Así, en sus páginas podemos repasar diversos capítulos —tan divertidos, tan tiernos y tan delirantes— como su constante lucha con las dietas, la batalla con los piojos que contraen sus hijas, las marchas estudiantiles del año que se nos va, cómo se prepara para verse bien en una expo. Todo en el contexto que abre el arco temático del libro: Maliki se da cuenta de pronto que tiene depresión, aparentemente gatillada por la nueva relación de su ex marido, de quien reniega rotundamente estar aún enamorada. Esto la obliga a buscar alguna respuesta, asistiendo a una bruja, a una nutricionista/psicóloga, e incluso conversar con la Virgen en una parroquia (sí, la Virgen María).

Si bien, Marcela Trujillo evidencia su obsesión por el cómic independiente de factura norteamericana (*Crumb* y *Clowes* pasean libres por ahí), ha logrado insertarle cierto ADN femenino que además es chileno, logrando de estas aventuras un objeto comparable con un *Sex and the City* local, en donde a través de una inteligente mirada femenina, la autora logra convertirse en una aguda cronista de la clase media santiaguina.

Asimismo, el juego principal del libro consta en romper los límites de la ficción, quizá de ahí que su categorización de «diario» no sea solamente una ilusión del «querido diario», sino que efectivamente se trate de la bitácora afiebrada de Trujillo —destacando que constantemente ella, Maliki, se refiere a sus proyectos visuales, al proyecto que escribe para Ril Editores, a sus expo y a sus antiguas crónicas en *The Clinic*—, en su misión intermitente de llevar todo el espectro (auto) biográfico al dibujo, cuidando cada detalle, desde la misma tipografía, pasando por las personas que la rodean —en su mayoría artistas y dibujantes— y la reconstrucción de cierto Santiago, con sus bares, sus fobias y las vidas que en él habitan.

LA DESAPARICIÓN DE UNA FAMILIA

Aunque no siempre se aplique, hay una serie muy simple de elementos básicos que hacen funcionar el género del horror contemporáneo como reloj suizo. Imposible fallar. Adolescentes con graves traumas y extraña relación con su entorno, una tensión constante en el ambiente, ex losers de colegio convertidos en psicópatas despiadados, monstruos que nunca llegan a ser del todo comprensibles, la amenaza de morir en cualquier momento. Importantísimo es que los personajes sean niños o adolescentes, porque es en ese periodo de nuestras vidas en donde palpamos los miedos, las crisis existenciales, las dudas. Esa edad en donde el mundo es una vitrina de amenazas desconocidas y la familia, una burbuja llena de secretos. Claves que el cómic publicado en los Estados Unidos por IDW Publishing, *Locke & Key: bienvenidos a Lovecraft*, de Joe Hill en guiones y Gabriel Rodríguez en los lápices, entiende demasiado bien. Enfrentándonos desde su mismo comienzo al peor de los horrores: el asesinato de un padre.

Tras el homicidio del señor Locke a manos de Sam, uno de los alumnos del instituto en el que trabajaba, el resto de la familia —devastada, traumada, en constante shock— debe reunir fuerzas para seguir adelante. Así es como se mudan a una antigua casona, herencia familiar, ubicada en el pueblo de Lovecraft. Pero por supuesto, nada sale como se esperaba: la familia está destruida y más que escapar del pasado solo termina rindiéndose a él una y otra vez.

Tyler, el mayor de los tres hermanos, a pesar de haber salvado al resto de su familia de la matanza, se siente culpable por la muerte de su progenitor; su hermana Kinsey no logra adaptarse a su nueva vida; el menor de ellos, Bode, descubre una serie de puertas, llaves, misterios y fantasmas que esconde la casona, secretos que solo son apreciables por los niños; y como si fuera poco, una amenaza latente bordea todo lo que hacen.

Locke & Key: bienvenidos a Lovecraft es una historia de fantasmas, de muertos, de gente que se vuelve fantasma en vida, de familias que ya han dejado de serlo. Un relato sobre puertas que no se cierran del todo y que se abren en el peor momento. Porque quizá uno de los mayores méritos de la obra, es que logra mostrarnos lo que existe detrás de los monstruos, aquel espacio en que se esconde el verdadero horror: hijos que odian a sus padres, adolescentes que no logran expresar sus emociones, abandono y varias trancas más pertenecientes al campo doméstico.

De cierto modo, el trabajo de Hill y Rodríguez —brillante, por cierto—, nos evoca los mejores tiempos de la editorial *Vertigo* pero en un lenguaje más acorde a nuestros días. En donde Hill demuestra toda su herencia genética en el manejo narrativo: suspenso, un esquema no lineal, dejando hartos a la deducción, y Rodríguez resalta en cuanto a la minuciosidad a la hora de construir escenarios y situaciones de tensión, silencios y violencia.

Estamos, sin lugar a dudas, frente a un clásico prematuro, una joyita pop de nuestros tiempos, así lo demostraron las ventas apenas apareció la serie en inglés y sus seguidas nominaciones a los llamados «Oscar de los cómics», los premios Eisner, llevándose este año la categoría a mejor guión.

Cabe destacar la cuidada calidad de este primer tomo de la saga, una pieza que debiera estar en la biblioteca de cualquier fan de los cómics y del género de horror en general, un verdadero lujo contar con un producto así en nuestras librerías.

LOS TR3S Y SU GALERÍA IMAGINARIA

Una de las más llamativas novedades de FILSA fue el libro de fotos que Titae Lindl dedicó a su banda, Los Tres. «Fue muy natural andar siempre con mi cámara» dice el propio Roberto Lindl en la presentación del libro de imágenes que se titula tal como la banda en la que interpreta el bajo desde hace más de veinticinco años: *Los Tr3s*.

Y es claro, en *Los Tr3s*, el libro que acaba de lanzar Ril Editores, el lente que condujo Titae durante décadas se concreta en una antología visual que recopila una enorme cantidad del archivo visual íntimo de la banda, desde sus iniciáticos y anónimos años en Concepción, su propia transición a Santiago, el paso de una banda colegial a una de las más importantes de la música popular chilena, la consagración, MTV, la Yein Fonda, los viajes, México, las separaciones y los retornos.

Estructurado en apartados («85 / 87: Concepción, inicios», «91 / 97: Los Tres, Se remata el siglo», «95 / 96: La espada & la pared, MTV Unplugged», «95 / 96: Cuecas Peineta, La Yein fonda», «Polaroids» —la sección de postales a color—, «97 / 99: Fome, La sangre en el cuerpo», «06 / 08: Hágalo usted mismo, 30 y tres horas bar» y «10: Coliumo»), y acompañado, además de los pie de fotos de Lindl, por los asertivos textos biográficos de David Ponce y un cierre con la discografía oficial y sus respectivos tracklists, el libro es, sin duda, una elegante y cuidada pieza, capaz de hacer justo homenaje a la talla de una banda como Los Tres. A un pedazo de historia reciente de nuestra geografía cultural.

Resulta clave la diferencia entre esta publicación y otros registros que han abordado las dimensiones míticas de la banda oriunda de Concepción, resaltando la polémica biografía no autorizada de Enrique Symns, *La última canción*. Esta vez se trata de la perspectiva de uno de los fundadores de la agrupación, la voz oficial sin alteraciones ni filtros más que las opciones personales, pero además porque en *Los Tr3s*, el libro, y quizá sin quererlo, se pone en escena una radiografía de un Chile particular, el de la Transición, aquel que respiraba liberación, en donde se entrecruzó bohemia histórica con industria discográfica, frente a la ilusión de otro país posible de mano de su propios artistas.

Allí están las fotos, en aeropuertos, en escenarios y tras bambalinas, de Henríquez, Parra, Molina y Lindl junto a figuras como los tíos Roberto y Lalo Parra, junto a Buddy Richard, junto a Roberto Márquez de Illapu, junto a Jorge González de Los Prisioneros y junto a “El Macha” de Chico Trujillo. Junto a Rubén Albarrán de Café Tacvba y una emotiva foto en que Henríquez besa a su ex mujer, Julieta Venegas. Los Tres, tal como la década que les dio la gloria, se nos presenta como una banda de cruces, de intersecciones, como continuadores de una cultura que fue silenciada sin éxito, pero a la vez como un legado novedoso.

Se trata de una selección claramente emotiva, en donde Lindl es el retratista de una banda en ascenso, de una carrera exitosa hacia dinosaurios, cuyo making of, a pesar de no ser tan desconocido para nosotros, resulta encantador.

Es curioso cómo la tecnología nos ha hecho olvidar esa antigua tradición de sentarnos a abrir un álbum de fotos, a despertar los recuerdos, descubrir los misterios del pasado, abrir los portales de la memoria, y cerrar todo elemento distractor. Este libro, en otro más de sus ejercicios históricos, se parece mucho a eso. Convirtiéndonos en pasajeros privilegiados de la intimidad de unos emblemas de nuestra propia memoria.

FALSOS ÁRBOLES PLÁSTICOS

Cuando cabro chico, una tía me invitaba a pasar con ella las vacaciones en Olmué, junto al resto de su familia, o sea mi tío y mis primos, pero también junto a otras familias. Entre todos arrendaban una casa con una piscina enorme, rodeada de plantas y árboles, que no sé por qué la gente de Santiago les dice «cabañas», quizá porque las construcciones son de madera y quedan lejos de su ciudad, cosa rara para alguien que siempre ha vivido en provincia, en una casa de ese material. En particular, recuerdo siempre el último día, tras la semana de vacaciones, en donde todas las cosas estaban reunidas en algún rincón, los bolsos, las bolsas, los sacos de dormir, listos para llevarlos al auto y ponerle el The End al paseo, y volver a donde siempre pertenecemos.

Esa misma sensación tuve casi veinte años después, el 3 de abril del año pasado. La escena era similar: estaban las mochilas cargadas, amontonadas bajo mis pies, los notebooks cerrados, y el resto del equipo amarraba unos cables y unos cargadores. Habíamos cubierto dos días de la versión chilena de Lollapalooza y cerrábamos la cortina con un gusto agridulce, habíamos dado harto, pero pudo haber sido mejor. Es parte del rito cuando te enfrentas a algo importante y lo superas, supongo. A lo lejos, o ni tanto porque era en teoría detrás de la carpa de prensa que abandonábamos, empezaban a sonar los primeros acordes de Jane's Addiction. Perry Farrel había hecho vida social ambos días, paseando por el lugar, conversando con los periodistas y tomándose fotos, acompañado por algo así como un ejército de chicas que parecían actrices porno —con tatuajes eternos, altísimas, exuberantes, rubias platinadas en minifaldas y generosos escotes— pero ahora estaba en el escenario, adoptando el personaje del rockstar, dejando de lado el del empresario new age.

Avanzamos por un trayecto que desconocía, un atajo me decía el resto, y nos posicionamos a un costado del escenario. Y ahí estaba, Jane's Addiction en pleno, rockeando, en vivo y no en un video de MTV, incluso el torso desnudo y lampiño de Dave Navarro, haciendo monstruosidades con la guitarra. Los muchachos acumularon sus bolsos a mis pies y me dijeron que debía cuidarlos mientras veían el show. Pensé que bromeaban y sonreí, pero en seguida los vi dispuestos a avanzar entre el público para agarrar mejor posición. Esperen, les dije, tengo que llamar a mi novia. Efectivamente Paula, la chica —mi chica— que me había acompañado intermitentemente entre los shows y mis idas y venidas a la carpa de prensa para redactar reseñas y noticias, había dicho que cuando me desocupara la llamara para encontrarnos en algún punto. Saqué el celular de mi bolsillo y noté que tenía tres llamadas perdidas. Me retiré un poco del escenario, para poder escucharla cuando ella me contestara y procedí a marcar. El celular hizo un sonido extraño y al verlo noté que se había descargado. Estaba muerto. Pensé en pedirle su celular a alguno del equipo así que volví a donde creí que estábamos, y digo creí, porque en realidad no vi a ninguno de mi grupo de trabajo, ni los bolsos en el suelo. Traté de hacer un

plan, ubicar el ángulo exacto desde donde vi por última vez la tetilla con piercing de Dave Navarro, para así después mirar alrededor y dar con los muchachos.

No hubo caso. Estaba solo y perdido en un planeta extraño o en un programa MTV Live de los 90's. Cuando se me ocurrió ir a la carpa de prensa, para encontrar algún enchufe para cargar el celu, ya había pasado media hora. Imaginaba a Paula triste y decepcionada, imaginando que la había olvidado y la imagen era terrible. Pensaba en alguna posibilidad remota de que se haya encontrado con algún conocido, pero no, era difícil, Lollapalooza era como otro país. Debía rescatarla cuanto antes. Me metí por ese atajo que descubrieron los muchachos, y sabía bien dónde empezar pero no por dónde seguir. Fue raro que, pasando por el Movistar Arena, viera mucha gente —rubia y alta, como de fiesta electrónica—, pero en un estado que parecía de intemperancia. Parecían borrachos, no sé cómo, y chocaba con ellos o ellos chocaban conmigo. Una rubia apareció por mi espalda y se me colgó del cuello y gritaba algo en un idioma que parecía ruso mientras me guiaba a no sé dónde. Le sonreí para que me soltara, pero no había caso. Tuve que forcejear hasta que se enojó y me dio un empujón.

Llegué frente a unas rejas, había unos guardias y les dije: soy prensa. Así con prepotencia, como me han enseñado mis amigos periodistas. Y uno de los guardias abrió un espacio por donde pasé y sentí pasto en mis pies. Estaba oscuro. Árboles. Pasto. Parecía un bosque, o incluso esa casa veraniega de Olmué cuando jugábamos a la escondida antes de dormirnos. Y ahí vi la bendita carpa de prensa.

Avancé y corrí las cortinas cuando estuve en la entrada. Era rarísimo. No solo la carpa parecía más grande, sino que por dentro ya no había mesas, ni sillas ni periodistas de la tele ni nada de eso. No me demoré mucho en entender todo, aunque no me solucionaba el conflicto real de encontrar a Paula y después a mis amigos. Dentro de esa carpa habían uvas, bebidas energéticas, plantas exóticas en maceteros, televisores gigantes y videojuegos. Pero más: nuevamente el ejército de actrices porno gringas estaba frente a mis ojos, era un batallón completo de sexualidad hiperdesarrollada. Y junto a ellas, en unos sillones, unos gordos con camisetas de equipos de béisbol que se reían a carcajadas.

Abrí un poco más los ojos, debo hacerlo para enfocar, por mi astigmatismo, y logré reconocer a uno de los gordos: era Eric Wilson, el bajista de Sublime, ahora reformados en Sublime with Rome, y a su costado, unas seis tetas más allá, estaba precisamente ese nuevo vocalista: Rome Ramírez. No sé si en sus vasos había energética o whisky pero bebían y se cagaban de la risa, mientras las minas les celebraban todo. El resto no distaba mucho: chica con tetas gigantes, un gordo medio chicano, chica con tetas gigantes, un gordo medio chicano, hasta el infinito. Era como esos programas de giras que miraba en MTV cuando chico, cuando hacían notas del Lollapalooza gringo o del Ozzfest. Había roto los límites de la pantalla.

Un tipo con una polera de no sé qué equipo, moreno, gordo y bajo, con bigotes y dos trenzas bajo su jockey, se me acercó y me dijo algo así como «¿oye, broder, qué

tú haces aquí?». No supe qué contestarle, y le mostré mi celular descargado. Él lo entendió y medio indiferente miró a los costados y luego me levantó los hombros como desmarcándose de mi problema. «¿No hay algún enchufe dónde pueda cargarlo?», le pregunté. Volvió a levantar los hombros.

Salí de la carpa, una vez más, en dirección al escenario para ver si podía intentar nuevamente la ruta hacia la carpa de prensa real. Escuchaba a Perry Farrel despidiéndose, dando el cierre a su show. Pero después recapacité y vi otra imagen de Paula y esta vez la vi viendo el concierto de Jane's Addiction, no podía ser de otra forma. Calculé que, si bien había harta gente, no era tanto y que si recorría los bordes de la masa podría encontrarla.

A veces pasan cosas medias raras, medias milagrosas, porque apenas tomé distancia del escenario, hacia atrás, escuché que alguien me gritaba ¡Daniel! Entre las sombras de la noche y de mi astigmatismo, logré ver la silueta de Paula. Corrí a abrazarla y ella hizo lo mismo. Y nos besamos. Y sin separar los labios, ella me dice algo: «se me descargó el celular, te estaba buscando por todas partes».

Al resto del equipo pánico, los encontré como media hora más tarde en el show de Kanye West cuando, con Paula de la mano, buscábamos un baño relativamente decente como para que una chica pudiera usarlo. Estaban molestos, no nos cuidaste las mochilas, po, me recriminaban. Oye, les dije, primero pregunten qué me pasó. Ya, a ver qué chamullo vas inventar, me respondieron ellos.

PROMETO NUNCA SER PADRE

El año pasado, el Kidzapalooza fue algo así como una guardería o un refugio para descansar echado en el pasto, juntando fuerzas para el próximo concierto. Seguramente esto piensa tanto yo como el resto de la masa mientras transitamos tranquilamente, pero en cuantiosa procesión, desde el show de Los Tetas hacia el de *31 Minutos*, pero es grande la sorpresa y la decepción cuando lo que en realidad encontramos es un sector lleno, en donde los padres están sentados sobre el pasto, tan apretados entre sí como sus hijos sobre las rodillas, al parecer desde hace rato, calando el puesto, haciendo la hora.

Se me asignó la tarea de reseñar este concierto, sí, el mismo *31 Minutos* de la tele, el de Aplaplac, el del noticiero de Tulio Triviño y el ranking top top top top, el que fue un fenómeno cultural hace casi una década, el que tuvo una película y el que fue increíblemente bien recibido en México y otros países. Ahora volvía como un show en vivo, con banda, con participaciones estelares y las famosas canciones tatuadas en la memoria reciente de nuestro cancionero pop. Es por eso que cuando vi que alcanzar ubicación decente, para poder escribir de eso después, sería imposible, no me quedó otra que quedarme a este costado del escenario, viendo más a los pequeños y sentados espectadores, que a los músicos en escena.

Me dispongo a escribir una idea en mi libreta («hace calor» o algo así) pero no lo hago, y fijo la atención en quienes pasan frente a mí, son los hermanos Ilabaca de los Chancho en Piedra (a Pablo le debemos mucho del éxito de la serie, es el autor de los temas más recordados), a Pedropiedra que tocará batería, a Camilo Salinas que tocará teclados. Pero mucho más, porque como *31 Minutos* nunca ha sido un producto penca ni hecho a la rápida solo por dinero, contará con la participación de sus voces originales: Jani Dueñas (Patana), Álvaro Díaz (Juan Carlos Bodoque) y Pedro Peirano (Tulio Triviño), que además son los creadores de todo. Se pasean, se saludan, conversan con sus familias y amigos, a la espera de subir a escena.

De pronto, por un costado empiezan a circular más jóvenes de lo que corresponde, descubrieron el espacio que estaba unos centímetros más allá de mi ubicación, pasando la reja que divide todo. Son muchos los que pasan, incluso veo a un par fumando y pisando cuantas manos de niño se crucen por sus caminos. Lo obvio comienza luego: «¡siéntense!» -grita un padre furioso, notando que los recién llegados no respetaban nada. «¡Oye, ya po, siéntense!» -gritó otro y no pasa más de un minuto cuando todos los padres están gritando, incluso improprios a lo que ya era casi la mitad de la audiencia: los jóvenes sin hijos. Anoto en libreta: «esto puede ser un desastre como el de La Cúpula del Lollapalooza del año pasado». Luego anoto otra cosa: «prometo nunca ser padre».

Los padres furiosos ganan y todos comienzan a sentarse o a pegarse a los rincones donde no molesten la visión de los niños, ya están los músicos en escena y se les ve algo abochornados por lo que acaba de pasar: Pedropiedra solo mira su batería.

El show comienza y tengo entendido que tiene unas visuales y que los títeres interactúan con los músicos en escena. Esto me lo cuentan porque en realidad solo logro ver al bajista y al tecladista. Sigue llegando gente. Una chica canta a todo grito y salta y empuja al resto, la miro bien y parece tener más de 18 años. Los niños la miran asustados.

El show es redondo: es un concierto de rock para niños: escucho gritos guturales, distorsiones, al parecer los músicos bailan. La banda suena increíble y la voz de Pedropiedra, así como los nuevos arreglos, le da nuevos alcances a las canciones. El show es todo parodia: se ríe de Lollapalooza, de ser padre y endeudarse, se ríe de la figura del músico (Tulio olvida los nombres al presentarlos, nunca se presenta la banda), de los festivales, de Gorillaz, de los mismos *31 Minutos*: es un episodio más, pero mejorado, en vivo, una experiencia nueva que podría romperla, una vez más, en México. Es un espectáculo que supera lo local. Creo que los Ilabaca suenan incluso mejor que con su propia banda.

Rubén Albarrán, el de Café Tacvba, que tocó hace un rato con su otro proyecto HopPo!, sube a escena, lo veo entrando al escenario cuando lo presentan como «un gran artista, con ustedes... el mexicano». Momento alucinante, por cierto.

Siguen llegando chicas saltarinas, los padres se siguen enojando y ya comienzan a empujar para recuperar su espacio.

Pero bueno, ya está: el show es impecable, tanto así que poco importa tener una visibilidad del 10%. Se despiden con “Lala” y fue imposible mantener a la gente sentada, si no puedes vencerlos, úneteles. Por eso ya todos saltan, con los niños sobre los hombros.

Por supuesto que dispara al nicho de los padres más jóvenes, pero que esta vez, el escenario del Kidzapalooza le quedó chico. O, pensándolo mejor, es la profesionalización del Kidzapalooza, su llegada al siguiente nivel ¿Qué nos traerá el próximo año?

Alguien me empuja, es una chica con un bebé que parece tener semanas de vida. Está llorando y aunque me retiro contento —demasiado contento— del sector, anoto una vez más en mi libreta: «cuídate de ser padre».

LA REVOLUCIÓN FUE GRABADA

«Te pago por ensayar delante del público, ¡no en tu habitación!», fueron las palabras que Miles Davis le disparó a George Coleman, cuando el primero sorprendió al saxofonista ensayando por su propia cuenta en la habitación de un hotel. El músico, al igual que el resto de la banda, se encontraba profundamente confundido por la obstinación que Miles tenía por romper los esquemas, al punto de evitar cualquier tipo de pauta para las presentaciones en vivo, haciendo de estas una absoluta improvisación. El resto de la banda era por sí una constelación temprana de astros del jazz (entre los años 1960 y 1964, se turnaron por su formación John Coltrane y Herbie Hancock, por nombrar algunos).

De forma evidente, esa formación, así como las nuevas lecturas que el trompetista Miles Davis proponía para una agotada forma de hacer jazz/bebop, más cercana al rock psicodélico y al r&b en boga por esas fechas, darían luz a una obra de esas que marcan pautas y revolucionan todo. Se llamó *Bitches Brew*.

El libro *Bitches Brew*, génesis de la obra maestra de Miles Davis, de los italianos Enrico Merlin y Veniero Rizzardi, es una aguda revisión arqueológica de aquellas sesiones de estudio que se extendieron por tres mañanas, entre el 19 y 21 de agosto de 1969, y que dieron como resultado un disco doble, el clímax de una nueva etapa del músico, que más parecía el hallazgo de un nuevo universo, en donde se cruzarían los instrumentos tradicionales del jazz con los eléctricos, sometiéndolo a innovadoras formas de componer y ejecutar, inaugurando lo que posteriormente se conocería como el jazz fusión.

En poco más de 300 páginas, e intercalando fotografías, documentos, partituras, datos técnicos, entrevistas y transcripciones de audio de los días de grabación, los autores son capaces de recrear el backstage que marcó la grabación de esta verdadera joya de la música contemporánea, evidenciando la salvaje búsqueda que Miles llevaba a cabo con el fin de establecer nuevos caminos artísticos, cosa no rara en el músico que se reinventó una y otra vez.

Es claro que el libro tiene una filosofía: evidenciar al disco —ese redondo producto final— como algo ajeno a la etapa de registro. Una cosa serían las jam sessions en donde los músicos sostenían verdaderas catarsis creativas, y otra bien distinta la mezcla del álbum, terreno en donde el productor Teo Macero —quien se encargaría de editar y conjugar todas las piezas grabadas— es equiparado a Miles en cuanto genialidad.

Los italianos tienen una importante escuela sobre publicaciones de rock norteamericano, pero algo hay que tener en claro con *Bitches Brew*, génesis de la obra maestra de Miles Davis: escapa del relato biográfico e incluso ensayístico. Para sus autores el foco es la grabación del disco y no la figura de Miles Davis ni

el contexto de las luchas afroamericanas en que se concibió la placa, del mismo modo, el lenguaje toma distancia de la narrativa, prefiriendo el tono, más bien, periodístico y documental, preocupado de detalles técnicos y quizá entendible — en gran parte— por aquellos más aventajados en conocimientos de música.

EL MARGEN EXACTO DE UN INCENDIO

Aún faltan unos minutos para que sean las 13:00 horas y Álvaro Bisama ha terminado sus clases de literatura en la Universidad Alberto Hurtado, se pasea por Plaza Brasil haciendo hora no solo para lo que será su almuerzo sino que también lo que terminará siendo esta entrevista. Revisa noticias en su iPhone, ve su Twitter, ofrece un tema para la revista en la que trabaja como columnista, tararea una canción imposible de identificar, todo al mismo tiempo. Y es que al parecer el ex comelibros funciona así: frenético y multifuncional.

Bisama dejó su rol de crítico de libros cuando decidió ponerse a escribir ficciones, a sacar novelas, a ser escritor. *Caja Negra* el 2006, *Música Marciana* el 2008 y esta, *Estrellas Muertas*, es la más reciente producción en ese catálogo monstruoso que junto a publicaciones de ensayo y crónica como *Zona cero*, *Postales urbanas* y *Cien libros chilenos*, han venido creando esa cartografía anómala y particular que el autor ha lanzado como un virus en el panorama escritural chileno, alimentada por sus lecturas desde aquella pieza adolescente de la Villa Alemana de los noventas en la que creció leyendo cómics y escuchando bandas de rock, hasta transformarse en el insigne académico y teórico de la cultura pop.

No es el único abandono que ha hecho, hace tres años dejó Valparaíso para instalarse en Santiago y, de cierta forma, esta novela también lo es.

¿Cómo nace Estrellas muertas?

—Uno nunca sabe de dónde vienen las historias. El título siempre estuvo. Y la idea de que se iba a tratar de una pareja. Y el hotel en ruinas del final. También tenía una idea de contención: en este libro no iba a explotar nada. Era una promesa que no cumplí a cabalidad. Hay cosas que explotan en el libro. O implosionan. Pero todas estas intenciones no cuajaron hasta que conseguí tener claro lo de los incendios. Fue ahí cuando supe que podía seguir adelante, llegar al final de la historia. La novela se trataba de eso, de contar la vida de quienes viven el margen exacto de un incendio. De contar la historia de quienes respiran ceniza. El resto fue desgranándose sin que me diera cuenta. Eran fotogramas sueltos que fui pegando como si detrás de ellos estuviera una historia.

LOS FANTASMAS

«Estábamos en el café Hesperia, a las ocho y media de la mañana, en el puerto», dice la voz que narra *Estrellas Muertas*, en su primera página, en su primera línea. A partir de ahí, dos jóvenes, en pleno cierre de su relación de pareja, empiezan a recordar los fantasmas que los acechan desde su época universitaria, principalmente

centrados en la figura de otra pareja: La Javiera y El Donoso. Son los noventas, en una universidad de Valparaíso, están las bandas punk, incendios, las Juventudes Comunistas, los retornados, las peñas, los escombros de la utopía transformada en un apocalipsis del sinsentido. Porque la novela es eso: la desesperanza de jóvenes, cargar con una culpa ajena, ser hijos de una herida generacional heredada.

«Esta es una novela de jóvenes viejos, de sujetos acabados tempranamente, desgastados. Es una novela sobre el daño, sobre lo que pasa cuando la juventud se va».

Da la idea de que hay un trabajo de memoria, de tomar material de experiencias juveniles ¿Qué hay con esa distancia?

—Hay harta distancia. Descreo de lo biográfico, me aburre. Nunca me ha interesado, salvo como una barrera que cruzar, algo con lo que ironizar. Ahora sí, en la novela hay trazos de espacios reales pero son más bien un decorado o signos en los que me interesaba investigar. Además, las novelas juveniles me apestan. *Estrellas muertas* es una especie de antinovela juvenil. No hay mensajes trascendentes sobre el hecho de ser adulto. La confusión es total, se carece de consuelo. Nadie aprende nada acá.

En cierta medida retratas una Neverland que se quedó perdida en algún lugar, donde no hay vuelta ¿no?

—Neverland siempre estuvo ahí. El pasado siempre es un museo. A veces es Michael Jackson el que ordena los objetos. A veces es Neruda. Yo espero, por mi lado, que sea Lihn o *Asterios Polyp*, el héroe de Dave Mazzuchelli. Lo que importa es que ahí los objetos no están vivos, brillan congelados en los salones de la memoria. Sus movimientos son artificiales. La novela es quizás la novela del recorrido por un parque temático que no tiene conciencia de tal.

A pesar de estar localizada en los 90s, igual es raro el tiempo en la novela, es una especie de sombra de los 80's y 70's ¿Qué hay con eso?

—Los 90 tienen ese aire de indefinición que me interesa como lugar para escribir. Tienen por un lado momentos de alta intensidad, tienen momentos muertos sin fondo, está ahí la ironía como gesto que da vueltas, está ahí la levedad.

LAS MUTACIONES

Hace algunos días, *Estrellas muertas* fue lanzada en el Bar The Clinic. Más allá de los actos propios de un evento de este tipo, llama la atención la variedad de asistentes que repletaron la salita: escritores, académicos, periodistas, dibujantes, figuras de televisión, músicos, artistas plásticos, y es que todo esto da cuenta de la transversalidad del trabajo de Álvaro Bisama, su capacidad de hacer del todo un

nodo personal, un mundo en el que confluyen sus ensayos sobre el arte culto, con su obsesión por la cultura trash que grafican sus novelas y hasta un podcast sobre televisión llamado *Somos millones* que lleva a cabo con el poeta Felipe Cussen.

«Pensé mucho en Violeta Parra cuando corregía el libro. Me parecía que hablaba de lo que les pasaba a los personajes. Supersordo también está ahí. Ciertas lecturas de Lihn y ciertas lecturas de Méndez Carrasco y Gómez Morel. Me parece que podría sonar por ahí Nick Cave. Me parece que también Villalemana Rock! Cuando cantaba el Chagi».

En Estrellas Muertas dejaste un poco el pop para reconstruir una época. Háblame de eso.

—Dejé el pop porque la novela exigía que lo dejara. La historia no admitía esa entrada. Además, estaba un poco cansado del asunto. No del pop, pero sí de sus lugares comunes. Por lo mismo, quizás la novela está escrita en fragmentos, que permiten escapar la idea de un retrato más global, que es algo que me parece autoritario, demasiado cerca de la idea de la novela como un arte de certezas antes que de preguntas, que es lo que me interesa. También, la idea de escribir para testimoniar una época siempre me pareció lejana. Por el contrario, la novela registra las señales mínimas del entorno, en espacios desolados que los amplifican hasta volverlos irreconocibles.

¿Y qué hay de las novelas que sí se escribieron y publicaron en los 90's? Ninguna se hace mucho cargo de esa juventud destrozada.

—No sé. No me interesan. Me dan lo mismo, salvo un par de cuentos de Ernesto Ayala y Alfredo Sepúlveda y el candor de *60 kilómetros* de Francisco Ortega. Y ese viejo *Santiago zombie* de Pablo Illanes. Cada vez me parece más lejana y fallida esa narrativa, ese realismo culto, esa elegancia. Por supuesto, ni siquiera pensé en eso cuando escribía el libro. No me interesó pensar con quien iba a dialogar. Estaba la voz y eso era todo: la voz, los incendios, las parejas destruidas, el punk y el abandono. No me puse a pensar en nada más. Los personajes están desnudos de esa pretensión, no la desean, no quieren simbolizar nada más allá de ellos mismos. Esta no es una novela sobre ritos de paso sino sobre otra cosa: lo que sucede cuando esos ritos se acaban y nada puede metaforizar nada. Así que eso: esta novela es quizás el reverso de esas novelas de juventud. Esta es una novela de jóvenes viejos, de sujetos acabados tempranamente, desgastados. Es una novela sobre el daño, sobre lo que pasa cuando la juventud se va.

¿Le das alguna explicación a por qué los protagonistas de tu novela están tan destruidos?

—No. Siempre hablo de eso en el podcast que hago con (Felipe) Cussen: «gente hecha bolsa». Quizás me interesan esos momentos muertos que siguen al clímax de cualquier tragedia, la épica como un recuerdo imposible, como una señal que

no volverá sobre los cuerpos. Son los personajes, lo que hay en el relato. No me cuestiono eso. En otra novela mía aparece un cantante de glam rock japonés. Y en otra un fotógrafo que se pierde en Saigón. Ellos están ahí, más allá de mis deseos. Escribo historias. A veces, los personajes están destruidos. A veces, tienen insomnio. A veces, llegan los extraterrestres que comen arroz a raptárselos.

PERDIDO ENTRE LOS PUERTOS

Es probable que a la mitad de los artistas porteños se les haya entrevistado en la Plaza Aníbal Pinto, ese corazón luminoso y frenético de Valparaíso. Es probable que decir «la mitad» nos quede corto y que en realidad todo porteño debería ser entrevistado algún día en esa zona. Es probable que muchos de ellos, los artistas, los músicos, los grafiteros, los escritores, vean en esa placita pequeña, rodeada de estatuas, librerías, edificios, negocios y paraderos de micro, la posibilidad de vivir, aunque sea a medias, de su producción artística, en medio de las borracheras, los vendedores de artesanías y hamburguesas de soya, y la tropa de Fuerzas Especiales que se instalan en las noches.

Es por eso que cuando Demian Rodríguez dice que caminemos, que nos sentemos en uno de los ventanales —cerrados— del mítico Restaurant Cinzano, no parece raro. Como tampoco parece raro que un tipo le ponga una grabadora en frente y le haga preguntas, en medio de los curiosos que pasan, dan una mirada y siguen caminando.

Demian Rodríguez es Demian por el libro de Herman Hesse y Rodríguez por Manuel, el guerrillero. Según su carnet es Pedro Silva González, un sanantonino perdido en otro puerto. Hay más con los libros: «últimamente he estado bien flojo para leer pero, aparte de de Hesse, me gustan mucho Vicente Huidobro y Rimbaud» confiesa. Y hay más con San Antonio: «me fui de allá con mi familia, porque había muy poca pega en San Antonio. Nos fuimos a Rancagua, y armé una banda de rock fusión que se llamaba Samsara y con la que llegamos a tocar en Santiago con bandas como Teleradio Donoso y Sol y Lluvia» declara, evidenciando que eso fue un comienzo de algo, de su historia con la música y con el tránsito. «Nos fue bien, pero fue piola. La banda se diluyó y yo me vine a Valparaíso».

De eso, ya han pasado tres años. Al llegar, Demian siguió la ruta que lo emparenta con otros sanantoninos que llegaron un poco antes: tocar en bares y en las calles del puerto.

¿Qué tal el paso de los escenarios, con una banda, a enfrentarse a la gente en las calles?

—Fue difícil, pero venía con ganas de tocar, no me importaba si me escuchaban o no. De ahí de a poco empiezan a sumarse ciertas aspiraciones. En esa época tampoco me interesaba si lo estaba haciendo bien o mal, quería tocar. Estaba cagado de hambre, de un hambre artístico. Aparte me enamoré de Valparaíso, de la arquitectura y de los amigos.

Conviviste con el auge del folk, ¿no? Con Chinoy, con Kaskivano...

—Sí, pero yo no tocaba con los chiquillos al principio, nos juntábamos a hacer cualquier cosa menos a tocar.

¿Pero los conocías de San Antonio?

—Sí, po. Nos conocemos de hace rato, al menos con Marcelo, el Kaskivano. Con Chinoy nos conocimos más acá. Pero fue bonito porque hicimos amistad más allá del escenario y de a poco me fueron invitando a tocatas y se fueron entrelazando cosas.

SANTOS INÉDITOS

«Yo no quería tocar a guitarra pelá» confiesa. «Empecé a hacerlo porque no tenía otra alternativa, no conocía a gente y no tenía banda». Dice esto porque ahora hablamos de Santos Inéditos, su primer disco, en el cual Rodríguez se hace acompañar con una banda tradicional: bajo, guitarras, teclados, baterías, disco que grabó gracias a un fondart y editó bajo el porteño sello Música del Sur, compartiendo catálogo con músicos como Chinoy y Pascuala Ilabaca.

Producido por Lautaro Rodríguez (otro seudónimo, nada de parentescos), la placa es una revisión del melodrama de la música popular, devenido a crónica sobre ciudadanos mínimos, en donde su sentida y privilegiada voz se funde con auras tipo Ángeles Negros o Álvaro Henríquez. Que no le molestan las comparaciones dirá al terminar la entrevista.

Te conocimos tocando con guitarra de palo, sobre las rodillas, ¿por qué optaste por grabar el disco con una banda?

—Porque las canciones se habían pensado así, desde que estaba trabajándolas en el papel. Así las escuchaba y no podía ser de otra manera. Todas las canciones son como tenían que ser. Quizá pude ser un poco más prolijo en el disco, pero respeté la idea original. Lautaro Rodríguez, además fue un buen traductor de mi música, fue un muy buen productor. Se dio muy buena onda en la grabación. A veces, habían músicos que no conocía mucho y el disco salió así, con algunas canciones que fueron ensayadas tres o cuatro veces, no más. Me gusta que haya sido así.

Hablabas de escribir canciones en papel. ¿Qué pensabas frente a ese papel, cuando armabas este disco?

—Me inspiré en una película de El Greco, el pintor (El Greco de Yannis Smaragdis), vi que buscaba gente mundana y como que la santificaba, ¿no?. De ahí viene Santos Inéditos, de bendecir a la gente normal en una canción, gente del campo, gente de la ciudad.

Escuchando las letras, además, uno se mete en cierta tragedia cotidiana, en personajes medios tristes a los que tu llamas a rebelarse y revelarse.

—Claro, es como estar en el patio de los leprosos pero con todos bailando, así no estáis triste. Ese es el santo inédito, es algo que les sucede a todos, que en cada minuto estamos mirando pal lado y te sentís reflejado.

En el disco hay baladas, algo de música cabaret, folk, rock... en el fondo es música popular ¿Cómo ha sido tu relación con la música?

—En mi casa siempre hubo música, acordeón, por ejemplo, o guitarra de 12 cuerdas. En casa se hacía canto a lo humano y lo divino. Mi mamá viajó con su grupo folkórico. Todo fue tan natural y tan hermoso porque los primeros cantantes que escuché fue a mis abuelos y a mis tíos. Después, uno que me gustó mucho fue Vicente Fernández, por ejemplo, en ese sentido, siempre fue súper popular mi relación con la música, después escuché a los Beatles y rayé la papa con Los Ángeles Negros, pero no sé qué quiere conmigo esta energía. No sé pa dónde va la micro de un disco a otro. Las canciones me salen y no sé cómo las hice. No soy mucho de pensar ya, vamos pa allá, porque allá está la música popular.

Tocas hartito en bares, como amenizando el ambiente, ¿qué tal esa experiencia?

—Es incómodo porque cuando estáis cantando en un bar, la gente no te escucha mucho, sobretodo cuando no paga una entrada. No hay una cultura de respeto hacia el hombre que está cantando. Lo cómodo es que estáis como bailando con la muerte. Porque cuando uno se siente podrido, muerto, uno se aferra a algo y salís como volando. En un bar es lo mismo, no te escuchan, pero estáis cantando con tu guitarra y pasándolo bien.

¿Y, después del disco, tocarás con banda o seguirás tocando solo?

—Me gusta tocar solo ahora, pero también me gusta cambiarme de guitarra acústica a eléctrica. Incluso cantar a capella, como en un tema en el disco (“Ojos de miel”). Me gusta abrirme a todo lo que sea posible.

LUCA MUERE

Porque hay bandas que están condenadas al fracaso, pero hay otras que hacen del fracaso un modelo de producción. Si Luca Prodan estuviera vivo y no se hubiera suicidado sutilmente a punta de ginebra barata, una, dos e incluso tres botellas diarias, Sumo no sería lo mismo. La historia no sería la misma. El pelado del rock, nos enseñó a ser perdedores alegres en un mundo en que la derrota es lo único posible. El fantasma de Luca se le aparece a su madre antes de morir y ella debió pensar estar frente al fantasma de la redención. Y decidir, tal como su hijo, a morir con una sonrisa deformándole los labios.

«LOS RUIDOS DE LA TIERRA SUENAN COMO PEOS»

Son días de pánico, de histeria colectiva y de terror. Chile ha dado un remezón a su monotonía acostumbrada y se ha transformado en esos mega Blockbuster del cine en donde todo se cae a pedazos mientras se espera a que un héroe nos salve la vida.

Quizá es lo más lejano a un héroe pero será quien protagonice esta historia. Eduardo Henríquez —históricamente conocido como Edi Pistolas o Eddie Pistolas para el público anglo-lector— entra a un café, luego de tomarse unas fotografías por el barrio. Ha sido un largo día dedicado a la prensa, se ha paseado por radios y ha dado un buen puñado de entrevistas. Curiosamente, este flaco vestido de negro, es el vocalista de la banda franco-chilena Pánico desde hace más de 15 años, banda que, por lo demás, decidió volver a radicarse en París hace casi una década ya, luego de haber dado clases magistrales de cómo hacer un rock en Chile: irreverencia, puesta en escena, autonomía creativa y productiva, diversión.

En Europa, en poco tiempo se consolidaron duro en la movida indie europea y llamaron la atención de los Franz Ferdinand, quienes les facilitaron su propio estudio en Glasgow (Escocia) para registrar desde noviembre del año pasado lo que será su nuevo disco, el sucesor de *Subliminal kill*, el cual ya fue adelantado en el EP *Guadalupe* y que verá la luz entre junio y septiembre de este año. Disco que, por lo demás, contará con la producción de Paul Savage, ex integrante de The Delgados y la mezcla de Gareth Jones, quien ha trabajado con Depeche Mode y Erasure entre otros, «un disco que tiene una estructura más rock, no tan dance como lo anterior, pero a la vez con la intención de hacer algo muy simple, en el que ocupamos muy pocas cosas para hacer un tema, es minimalista, nos olvidamos un poco de los arreglos. Quisimos hacer un disco en donde el centro sea su ejecución y muy pocas cosas. Se acerca al lado industrial pero sin sobrecargarlo de cosas gratuitas», nos dirá Eduardo durante la entrevista.

Eduardo, han pasado más de quince años desde que Pánico empezó a desordenar los escenarios ¿Cómo ves ahora a ese Edi Pistolas, del pelo largo y sucio y la guitarra acústica colgando?

—Partimos el 94. El tiempo ha pasado rápido, hemos pasado por distintas preocupaciones. Los intereses de Pánico de a fines de los noventas son distintos a los de fines del dos mil y a los que empezamos a tener hoy. Hay una historia de Pánico que es chilena, hay otra que es europea. Lo de Edi Pistolas quedó desde un momento chileno de Pánico en donde estábamos jugando con personajes determinados. Sabemos que *Pornostar* siempre va a ser el disco más importante de la banda en Chile, y está bien. En Europa el disco más importante hasta el momento es *Subliminal kill*. Pero a pesar del tiempo y lo que ha pasado siempre hemos estado marcados por la experimentación. Tomar algo y llevarlo pa' otro lado, siempre hemos trabajado lo estético, eso es lo que nos interesa.

PACHAMAMICAL NOISE

El 27 de febrero pasado, mientras a la mitad de Chile nos impactaba un nefasto terremoto de 8,8° Richter, y una seguidilla de maremotos, tsunamis y réplicas varias, Pánico se encontraba en el norte del país, zona que, más allá de la incomunicación, no se vio afectada. La idea de esta visita, a pesar de las numerosas presentaciones que han hecho, unas masivas y otras espontáneas, no es la de hacer un tour, sino que la de filmar una película. Un documental sobre la banda y la grabación de ruidos de la tierra. Así es. Se han dedicado a meterle micrófonos a cuanto cerro han encontrado en San Pedro de Atacama, Chuquicamata, Inca de Oro, y han a registrado las efervescencias sónicas de la pachamama. El documental es una producción franco-chilena, dirigida por James Schneider y que comenzó a rodarse hace tres semanas, cuando repletaron Blondie Valparaíso y culminará en estos días, con una escena de los Pánico tocando en el techo de un edificio de Santiago: «la idea es hacer chocar los sonidos con los otros edificios, provocar un eco urbano». Beatles marcianos.

Cuando salieron de la EMI, tras Pornostar, y sacaron el disco independiente Canciones para aprender a cantar (1996), en las entrevistas hablaban de que la ventaja de ser independientes era que si querían grabar un disco con puros peos, lo podían hacer.

—Así es.

Finalmente están grabando peos, pero de la tierra.

—Suenan como peos, de hecho.

¿Y de dónde nace la idea de esto?

—Hacemos las cosas por interés artístico más que industrial, y también porque como músicos es importante, como idea de trabajo, llevar nuestra música más allá del formato de la banda de rock, que es algo como muy básico. Queremos hacer algo diferente y podemos hacer lo que queremos y este disco que acabamos de grabar en el norte tiene esas cosas que nos interesan: weás sicodélicas, industriales, mucho ruido, gente que habla, es un disco de ambientes.

Es raro igual que hayan estado grabando el ruido de la tierra y que al mismo tiempo se haya dado un terremoto, ¿no?

—Sí, el terremoto nos dejó muy marcados, como a toda la gente. Además, este terremoto vino a dejar todo en una incertidumbre, hay cosas que eran seguras antes y que ya no lo son. Quedaron demasiadas cosas expuestas, en el aire. Nos enteramos de la weá muy rápido, y fue fuerte porque el equipo de grabación con el que estamos en el norte es de 20 personas, y si bien allá no pasó nada, quedaron incomunicados con sus familias. Terminó pasando una weá muy irreal, era como

si estuviéramos metido en otro país, no podíamos creer las cosas que estábamos viendo por la televisión.

No es primera vez que demuestran su interés en el norte de Chile, ya en Telepathic sonora se habían metido con los sonidos nortinos, esa vez más ligados con la cumbia, la identidad y la cultura popular, ¿qué te despierta tanto interés por esa zona?

—Cuando hicimos *Telepathic sonora* tomamos el norte porque allá se escuchaban las rancheras, la psicodelia romántica de los 60 como Los Golpes, y otros grupos que vienen de allá y tomamos también el tema de la cumbia que era lo que nos interesaba en ese entonces. Ha sido una inspiración creativa para nosotros. La idea del disco de ahora es hacer material sonoro con el mismo norte, hacer ruido con los fierros que encontramos en el camino, con los materiales de los muros, vegetales, sacarle ruido a máquinas industriales que fueron hechas en Glasgow y, coincidentemente, allá grabamos el disco hace poco. Estamos haciendo música concreta, industrial, grabamos también a gente que te cuenta cosas, cosas únicas de esa vida y de su cultura. En general el norte de Chile nos atrae mucho. Por el aspecto desolado que tienen los paisajes, el minimalismo, la belleza del lugar y los espacios. Tiene una diferencia de colores y de texturas. Eso nos interesa reflejarlo en el trabajo que estamos haciendo ahora. Además tiene vibraciones históricas y políticas muy fuertes que terminan reflejándose en mi vida, en particular. Y tal como la tierra esa historia tiene diversas capas.

¿Cómo cuáles?

—En primer lugar, la historia reciente del socialismo en Chile y de la dictadura, también. Fue un lugar donde se mató y torturó y al mismo tiempo donde se gestó un pensamiento de izquierda bastante moderno en Latinoamérica para ese momento. En otra capa, la historia de la colonización de ingleses, norteamericanos y europeos que llegaron a ese lugar construyeron pueblos, sacaron sus minerales, y produjeron riqueza y después todos esos lugares fueron abandonados. De alguna manera refleja una cultura europea muy presente en quienes viven en este país, y como somos nosotros también, que si bien vivimos pocos años acá, somos de allá y trabajamos con estructuras europeas y occidentales como el rock, pero vinimos acá a entrarnos en esa identidad de pueblo fantasma.

Además, están las salitreras.

—Y claro, está la historia milenaria de los pueblos indígenas que están siempre presente en la cultura, en el modo de vida, de pensar, y en el paisaje de manera latente, que le dan una dimensión mística y una sensación al lugar muy poderosa.

MANTENTE PUNK

Eduardo repite constantemente frases como «hacemos lo que queremos», «no nos interesa guiarnos por el mercado» o «es lo que a nosotros nos gusta» en este solitario café en el que sólo reposan una grabadora, vasos vacíos y celulares sobre la mesa. Curiosamente, lo que más se le reconoce a Pánico es justamente esa actitud punk, aderezada siempre con relecturas de esa escuela iniciada por Sex Pistols y The Ramones y en la que se formó gran parte de nuestro rock occidental: desde Pixies hasta toda la escena dance punk. Es que Pánico se ha mantenido siempre del lado de la coherencia total: sobrevivió al Nuevo Rock Chileno de los noventas, han entrado y salido de las multinacionales, han surfado por sobre los fetiches hipster. Esto es punk inteligente.

En Chile sabemos de ustedes solo cuando hay alguna noticia importante o cuando vienen a vernos. ¿Cómo ha sido la vida de Pánico en Europa en estos años?

—En Francia tocamos hartito. Aunque desde el año pasado nos dedicamos mucho más a Inglaterra y a reclutar la gente que va a trabajar en este trabajo. Estuvimos viajando, conociendo, contactando y grabando.

¿Y en cuanto a la vida cotidiana?

—En lo cotidiano siempre estamos dedicados a la música, es lo que más nos interesa hacer, nos dedicamos a Pánico y a otros proyectos.

¿Proyectos musicales?

—Proyectos musicales que no tienen nada que ver con Pánico y que no tienen nada de interesante.

¿Cómo cuáles?

—Música para cine, para publicidad. Ese tipo de cosas.

Van a tocar en Blondie este sábado. ¿Qué podemos esperar del show?

—Pal show del sábado hay hartito de lo que grabamos en Glasgow, vamos a tocar también tomas del *Subliminal kill*, más algunas cositas de los discos que grabamos acá. Lo que nos interesa a nosotros es que será un trance fuerte, una weá pegá y sicodélica. Nos gusta la locura de la música y eso es lo que vamos a entregar siempre: un show bien intenso y salvaje.

LA CHICA DE LA QUINTA DIMENSIÓN

La noche recién empieza. O faltan —quizás— algunos minutos para que se instale. Pero el día ya ha acabado y fuera de Blondie Valparaíso se forma tímida una fila de chicos. Chicos con cabellos de colores. Chicos con poleras de Sonic Youth. Chicos con mochilas y parches de Nirvana, de los Pixies y de otras constelaciones de otra era. Parece una resaca de los noventas, pero son chicos que en su mayoría superan apenas los 20 años. Esperan. Están ansiosos. Sonríen y miran la hora en sus celulares multicolores.

Dentro, con cierto retraso, se monta un escenario, se instalan equipos, instrumentos, se prepara la prueba de sonido. Los músicos han llegado hace algunos minutos y se han repartido por distintos rincones de la disco, conversan con sus asistentes, con los tipos del sonido y con los encargados del recinto. En el centro, y mirando al escenario, está una chica de cabello rubio, abrigada como se abrigan los extranjeros cuando sienten frío en un país que no es el suyo, lleva una chaqueta y un gorro de lana rojo.

-Hola. María. ¿Qué tal? -se presenta, con un beso mediante, cuando le informan que será entrevistada.

La chica, cierto, es María Fernanda Aldana, bajista de la banda argentina El Otro Yo desde hace 22 años. Desde aquel día en que tenía tan solo 12 años cuando se subió a un escenario en la localidad bonaerense de Temperley, a acompañar a su hermano Cristian Aldana en un bosquejo infantil de lo que más tarde sería conocido como una de las mejores bandas alternativas latinoamericanas. Después, vendrían los casetes autoeditados, en su propio estudio casero y en su sello Besótico Records, las giras, la escena del nuevo rock argentino, las entrevistas y los videos en las versiones latinoamericanas de MTV y Muchmusic. También, las reinversiones y los cambios de integrantes que terminarían haciendo lo que es la banda hoy: los hermanos Aldana, Cristian en voz y guitarra, y María en voz y bajo, junto a Gabriel Guerrisi en guitarras y Ricky Rua (ex Los Brujos) en batería. Y es curioso, pero a pesar de seguir esa evolución lógica matemática de salir del under con los años y trabajo y talento, la banda mantiene el espíritu independentista y adolescente descarnado. Ese espíritu que los convirtió en esa encantadora banda de barrio, hasta el día de hoy.

«Creo que todavía nos falta mucho camino por recorrer. Crecí con la banda y todavía siento que estamos empezando de alguna manera. Quizá ha pasado mucho tiempo de que estamos tocando, pero todo ha sido ir aprendiendo y todavía nos falta mucho por recorrer» reflexiona, grabadora en frente.

Pero hay un camino recorrido, etapas ¿no?

—Yo creo que cada etapa del grupo está marcada por un disco y en cada uno volvemos a nacer y comenzar una etapa nueva y esta de ahora es una completamente diferente.

En marzo pasado fue lanzado *Ailabiu EOY*, el octavo álbum de estudio de la banda. El más reciente eslabón en una ruta que se inicia con *Los Hijos de Alien* allá en 1993. *Ailabiu EOY* es el disco que los ha mantenido en gira durante este año, editado paralelamente en Argentina y México, que fue grabado en los estudios de los charros Molotov, que cuenta con la producción de Paco Huidobro (Fobia), y que los trae ahora y que lo volverá a hacer para el generoso festival Maquinaria de octubre.

«Vamos a estar tocando con bandas que nos gustan mucho, como Incubus, Pixies y Yo La Tengo. Eso nos tiene re contentos, y en Argentina también vamos a estar tocando con Pixies» dice, entre risas, incapaz de ocultar la emoción.

Como llevan harto tiempo, han sido una banda que además ha pasado por distintos formatos: desde los casetes, pasando por los compactos y ahora, para Ailabiu, decidieron liberar un adelanto por Internet (el single “Siempre fui yo”) ¿qué hay con eso?

—Y, nosotros fuimos adaptándonos a la época que nos tocó vivir y a los avances de la tecnología. Sacamos nuestros casetes, los re editamos después en cedés. Y seguimos editando después en cd. Ahora hace poco hicimos en Internet una red, un poco parecido a Facebook pero en rock, para que los chicos que les gusta El Otro Yo se puedan conocer, conectarse con nosotros, subir la música que les gusta, sus propias bandas, fotos, cuadros, lo que quieran.

Una comunidad...

—Sí, como una comunidad, que está re bueno, porque es una forma de no estar solo también. Nosotros pensamos que la música puede unir a la gente.

Te preguntaba por los formatos, porque ustedes, aparte de ser fuertes defensores de la independencia, son defensores de la música como revolución... y ahora, la industria de la música parece estar en crisis, bajan las ventas de disco, suben las descargas «ilegales»...

—La internet es una herramienta revolucionaria y estamos todos expectantes de saber hasta dónde va a llegar. Para que las cosas cambien siempre algo se deja de lado. Pero también estoy esperando que cambien muchas cosas más, que se caigan los vuelos de la irrealidad que nos quieren hacer creer. Para mí, todo debería ser gratis. Desde los alimentos, la luz, hasta el gas. Todo hecho con materiales ecológicos. Usar el sol y el viento para eso. Nadie debería pasar hambre ni someterse a trabajos tortuosos para pagar cuentas. Vivir en gratuidad.

¿Y la música?

—La música también. Lo que pasa es que nosotros también estamos inmersos y tenemos que sacar discos para poder pagar las cuentas también. Pero de aquí a algunos años espero que cambien todas estas cosas.

Monstruos. Máquinas mutiladoras. Aliens. Sadomasoquismo. Pájaros de colores. La emotividad de un niño que crece encerrado en su pieza. Con sus temores y alegrías. Con sus odios y sueños. Con sus Cobain y sus Rimbaud. El Otro Yo siempre se caracterizó por crear un mundo propio, una realidad paralela en donde todo era posible, lejos de esta realidad aburrida. Sin embargo, en algún momento algo cambia. Los hermanos Aldana se dan cuenta de que no odian tanto la política y que el camino de la independencia —creativa, productiva, emocional— es también una opción política. Es por eso que no sólo se deciden a hacer algo para que las cosas cambien en este planeta del que buscaban escapar mediante el sonido. Y no sólo le empiezan a cantar a los chicos que duermen en las calles, sino que Cristián se une a la Unión de Músicos Independientes (UMI), con el fin de hacer respetar la cultura rock y de música popular en Argentina.

Curiosamente, caso similar al nuestro por estos días, impulsando una ley para que la música argentina no se vea tan desprovista frente al mercado monstruoso de la industria internacional. «Pedir un 20% de música chilena en radios es nada. A nadie le puede molestar eso. No están pidiendo un 70%, ni siquiera es un 50, es un 20, vamos. Es muy humilde el pedido y creo que corresponde».

¿Allá en Argentina se dio igual?

—Sí, estuvimos trabajando mucho para que eso se diera, sobre todo Cristian con la UMI. Estuvimos tocando para eso. Se hizo un trabajo admirable porque los chicos lograron cosas muy buenas. Se pidió un 30% de música argentina y que el 15% sea de bandas autogestionadas. Nadie puede decir que los están obligando, si vos no tenés el sentido común de apoyar tu cultura y la que hacen tus hermanos y de pasarles por lo menos un 20% de música nacional y que te tenga que obligar por ley y encima te enojás, ándate a vivir a Estados Unidos, entonces —se ríe—. Está todo bien pero no te podés enojar por eso. Es como si te enojara que le dieran asignación por hijo a la gente.

La crítica acá va porque se dice que coarta la libertad editorial de los medios.

—No es así. El mercado siempre va a tener más plata. Una multinacional siempre va a tener más para promocionar que una banda autogestionada y una banda regional. Siempre el mercado internacional ha puesto más plata para que los pasen en la radio. Y la única manera de que prime la cordura y la cultura de un país, es por ley, porque el dinero no lo puede hacer. Esa es la lógica. Una defensa cultural. Al final los que se enojan son los mismos que se callan cuando matan a un hermano mapuche en el sur o cuando un chico se muere de hambre.

Un recuerdo. O un déjà vu. En el ya antiguo video de “La ra la” a María se le ve trepando por unos árboles, saltando a una piscina, contemplando el espacio, armando figuras imaginarias. Han pasado años, pero María se ve similar. Muy similar. Algunos cambios propios de la edad pero poseedora de esa magia e inquietud creativa que la ha llevado a hacer discos solistas, a interpretar el piano, a hacer exposiciones de pintura y a publicar libros de poemas, a ser madre y a seguir viviendo esa, la otra vida. La chica de la quinta dimensión.

Esta noche no hay árboles pero María Fernanda Aldana ha trepado un escenario al rato de haber terminado la entrevista y de haber conversado un par de cosas. Toma el bajo. Lo afina. Las luces están encendidas y se apronta la prueba de sonido. Los chicos ya llevan una cuadra de fila esperando que el concierto comience.

CALAMARO INCOMPLETO

1. LA SOLEDAD EN AMÉRICA LATINA

20:00 hrs. Es raro decir que se está solo en medio de una multitud. Pero es así: vine solo y no tengo con quien hablar. El Movistar Arena más parece un cine, un anfiteatro al que llegas a sentarte y comer tus popcorn mientras observas una función. Lo evidencia aún más el delgado muchacho que se me acerca por tercera vez a pedirme que apague el cigarrillo, por favor señor, o que tendrá que llamar a algún guardia. Lo hago. Una pareja delante de mí celebra que hayan puesto al maldito fumador en su lugar, de una vez por todas. Minutos después dos chicas a mi costado encienden sus propios cigarrillos, nadie les dice nada.

Andrés Calamaro, el Salmón para sus amigos, es la soledad encarnada en rock y baladas nostálgicas, en tango, y en ese espíritu perdedor rollinga tan argentino pero tan latinoamericano a la vez. Las parejas a mi alrededor (entiéndase treintonas teñidas y rellenas más sus pololos aburridos a quienes obligaron a venir) no lo saben en su mayoría, para ellas, Calamaro es el tipo que se parece demasiado a un *one hit wonder*, que canta esa linda canción que terminaron hasta enseñando en los colegios y de algunos hitazos de su banda Los Rodríguez que sonaron por todos lados, hasta en las teleseries. Piensan en él como el generador de una instancia romántica que les permitirá abrazarse y cantar canciones de amor. Cuando en realidad él cantará las canciones de cuando ellos ya no estén juntos.

21:20 hrs. El show ya ha comenzado. Pienso en quienes quieren ver en Andrés al Bob Dylan o al Leonard Cohen latinoamericano, porque en realidad, no creo que sea así. En sus canciones, la intelectualidad y la poesía quedan aparte. O se dan por casualidad. Porque sus canciones son mucho más básicas, instintivas e intestinales. Calamaro canta porque le duele, porque en cada canción ha entregado parte de esa vida que alguna chica le ha hecho bolsa y lo ha dejado rebotando entre drogas y ese Buenos Aires que ha transformado en su escenario perfecto. Porque sé que tras él y los músicos que le acompañan y las no sé cuántas personas que hay acá, se esconde un tipo solitario, un tipo que ha aprendido que cada herida es una canción, que cada derrota es un acorde y que cada ruptura una historia que merece ser stencileada en la memoria de los hombres. Es por esta razón que pienso que es más un continuador de esos grandes perdedores desesperados latinoamericanos, situado a un costado de José José, de Sandro, de Carlos Gardel, de Los Ángeles Negros. No creo en el rock latino, creo en la música y en la emoción. Nada más.

2. TANGO

22:00 hrs. Es la hora de los tangos. Calamaro se hace acompañar por Dani Suárez y Cándor Sbarbati, los coristas de ese fantasma que conocimos como Bersuit y que actualmente reviven como frontman en ese zombie llamado De Bueyes, sin

el Pelado Cordera. La buena vida. Las pizzas, las drogas, el tango, las chicas que desaparecen. Pienso en algunas ex novias con las que escuchábamos los discos de Andrés. Creo que nunca los entendí tan bien como cuando dejé de verlas. De todos ellos, creo, me quedo con *Honestidad brutal*, del año 1999. Aquel disco a medias en que se hace pedazos, se desgarran, se desnuda. Esa maravilla sonora que huele a desesperanza y a licor. Yo no sé si mis ex novias seguirán escuchando a Calamaro, supongo que sí. Pero creo que esas canciones son tan mías y hablan tanto de mí que se me eriza la piel de pensar que lleguen a descubrir esto algún día.

22:40 hrs. Hay tantas parejas a mi alrededor. Algunas empiezan a aburrirse. La falta de éxitos comienza a abrumarles. ¿Qué querían: un concierto de Los Rodríguez? ¿Que tocara “Flaca” unas veintitrés veces? No lo sé. Y sigue siendo raro. El público de Calamaro se parece demasiado al de esos artistas que no tienen público, como Chayanne, como Luis Fonsi, como el más patético Alejandro Lerner. Una carrera cimentada en las cancioncitas que les tocan en las radios y nada más. Ese es el problema de no pertenecer a una tribu. Pero Andrés es honesto y no sé por qué pierdo el tiempo fijándome en su público, cuando en estos momentos estoy con los brazos en alto, coreando “Crímenes Perfectos”, esa canción que cantamos todos en este lugar con nuestro mejor acento de argentino pichanguero. Porque sí hay más o menos un perfil de tipos que sí conocen a Calamaro en nuestro país, es el de los gordos parrilleros que con un par de copas se vuelven bonaerenses sin ningún problema.

3. BUENA SUERTE Y HASTA LUEGO

24:00 hrs. Camino por la oscura noche en dirección a algún paradero de micro. El show ha estado notable. Ni aunque hubiera durado cuatro horas se podrían haber tocado todas las canciones que vine a escuchar. Es que mientras uno respira, Calamaro pareciera ya estar haciendo otra canción. Me llevo imágenes memorables del show, las tallas a James Brown pidiendo crack, el momento tanguero, grandes canciones que en vivo suenan a épica absoluta. Creo que debe ser al único músico extranjero que le perdono haber cantado “Gracias a la vida”. Y entro en duda. Si llamo a alguien para juntarnos a tomar algo, no sé. O si seguir en mi soledad hasta llegar a casa y dormirme o ver televisión hasta las 5 am. Creo que esta noche, la soledad es una excelente compañía.

¡Gracias Andrés!

NACIONALIDAD HIP HOP

Mediodía de sábado en el quinto sector de Playa Ancha (Valparaíso) y cierta rutina ya se hace presente entre los blocks, levantados entre la tierra y la maleza y los talleres mecánicos de su entrada, como una pequeña y lejana ciudad-refugio a medio construir. Pero esa rutina, la de gente caminando entre cableado de luz y ropa tendida colgando de las ventanas, ha sido de alguna forma interrumpida en los últimos días por una celebridad secreta que a pesar de sus logros, pasea por el barrio con una humildad poco común.

—¿Cómo taggeo Pániko aquí en el Twitter? —quien habla es Eugenio Patricio Silva, 26 años, alias Pato Silva, alias Pato Pooh—. Todos tienen Twitter aquí, allá no hay tanta gente que tiene. ¿Es @paniko?

Aquí es Chile, Playa Ancha, la totalidad de su familia por parte materna, y la mitad de la familia de su padre, la que no dejó Valparaíso por irse a probar suerte en otras latitudes. Allá es Suecia, Estocolmo. Allá es el abandono del anonimato, porque Pato Pooh, con un disco liberado el 2009, *The I work hard chronicles*, en el que se intercalan rimas en inglés y español, se convirtió en una verdadera celebridad no sólo del hip hop sino de la escena musical sueca:

«Ahora estoy en una posición en que me están escuchando en muchos países y se está poniendo difícil manejar todo solo, porque yo nunca traté de que un sello me contratara, nunca mandé un demo» confiesa, apoyado sobre la mesa en donde descansa su laptop, mientras busca videos en Youtube de sus hermanos de escena en el país europeo. «Nunca necesité la ayuda de sellos, pero cuando ya empecé a llegar a otros países comencé a necesitarla, no sé si de un sello, pero sí de gente que trabaje conmigo».

Alter ego. Pato Pooh, el personaje hijo de inmigrantes en Suecia, que respira y suspira rimas, tiene mucho de este Patricio Silva que conoció Chile hasta los cinco años, cuando partió junto a su madre a encontrarse con la otra mitad de su historia familiar: su padre. Pato Pooh y Patricio Silva se parecen porque ambos habitan una lengua que no es la suya: Pato Pooh rapea en un inglés adquirido por la escuela y por las películas que vio de niño, pero cotidianamente habla el sueco; Patricio Silva habla español —con un poco menos de soltura— solo con su madre, con su familia chilena y con quien ahora lo entrevista.

Pato, estás de paso por Chile, quiero saber cómo es estar en este país que es tuyo pero no tanto

—Como que echaba de menos, igual. Hace tiempo que no estaba aquí y extrañaba a mi familia. Tenía primos y primas que no conocía y fui a verlos. Tenía recuerdos

pero quería refrescarlos. Cuando voy a otros países estoy dos semanas y me quiero ir, soy una persona que siempre tiene algo que hacer, no aguanto estar en la playa tirado todo el día, pero aquí como que uno está en casa igual.

¿Cuándo fue la última vez que viniste?

—No venía hace 13 años, del 98 ó 97, más o menos. Antes venía seguido, como cada dos años. Pero después ya no. Porque cumplí 14 ó 15 y quería estar con los amigos, no quería dejarlos por mucho tiempo. También, había empezado con la música en serio.

¿Cómo es el día a día en Estocolmo?

—Es diferente al de acá. No voy a decir que es más fácil, pero por ejemplo allá no hay pobreza de la misma forma que hay aquí. No es un país clasista, tampoco todos tienen «hambre». Siempre vas a tener acceso a zapatos buenos, quizá no Gucci, pero sí Nike, una onda así. Esa es la diferencia. Mi vida allá es bien movida, siempre hay algo que hacer. Tengo partes donde ir a tocar, y estoy siempre mandando mails pa acá y pa allá, porque manejo toda mi carrera. Allá tengo mi departamento y vivo de la música.

¿Ah sí? ¿Vives de la música?

—Sí, igual no es fácil. No hay muchos que lo puedan hacer, hay algunos que lo hacen un tiempo y después ya no. Pero yo desde que solté mi disco lo he podido hacer.

LA SAGRADA FAMILIA

Apuntes. Pato por el diminutivo afectuoso de Patricio. Pooh por la semejanza física con el personaje de Disney Winnie the Pooh. Sobrenombre que desde la infancia le puso su círculo cercano, y que ya sólo quedó en eso, en un recuerdo, porque el Pato Pooh que ahora está sirviendo dos vasos más de bebida, aunque sigue siendo bajo, dista bastante de ser gordo como el oso amarillo.

Apuntes. Una semana y algo tardó en concretarse esta entrevista, porque el muchacho, más allá de conversar con medios y hacer un par de shows junto al rapero nacional Zaturno, vino con un plan fijo y un poco más importante: re-encontrarse con sus familiares chilenos, como si siguiera las líneas en un mapa familiar en busca de esos tesoros que aguardaban por su travesía. Y así, se la ha pasado haciendo visitas entre Viña y Valparaíso, asistiendo a cumpleaños y estando atento a las llamadas a su celular.

No es la única familia, y la gente que hace hip hop lo sabe muy bien. Pato Pooh tiene claro que en Suecia hay algo así como una red de chilenos en el mundo del

rap. No hablamos de Dj Méndez, claro que no, «a él lo respeto, hizo cosas que nadie más pudo hacer en Suecia, aunque hace mucho que ya no suena», sentencia Pooh, al mismo tiempo que asume que su camino es otro, distinto al de la otrora revelación de la industria sueca con genes chilenos. Un camino de una escena más cercana al hip hop como género y cultura y que ya tiene nombres destacados como los productores antes conocidos como Latin Kings, ahora los Salazar Brothers, Game Boiii (autor de la base de “Follow me”, el éxito de *The I work hard chronicles*), Pablo Paz (hermano de Pato Pooh), los raperos Advance Patrol, Stor, o el cantante r&b Ricky, y para la cual Pooh tiene una teoría: «lo que pasa es que en la primera generación de hip hop en Suecia estaban metidos los chilenos. Había negros, suecos y chilenos. Los mejores grafiteros y los mejores break dancers siempre fueron chilenos. Además lo llevamos en la sangre: la cultura, la música y la poesía».

Hablemos de hip hop, ¿cómo fueron tus inicios?

—Yo soy de Rinkeby y ahí había unos chilenos que rapeaban, que se llamaban Infinite Mass. Hacían gangsta rap, y fueron los primeros en hacerse famosos, por el año 91. Eran chilenos y rapeaban en inglés. A mí me gustaba toda esa onda así que empecé a escribir. Era el único de mi grupo que me vestía como rapero y que me gustaba el hip hop, a mis amigos les gustaba la cumbia. Tenía amigos chilenos, turcos y árabes que me molestaban al principio, pero seguí. Ahora no me molestan, quieren hablar y salir conmigo.

¿Y conociste a Infinite Mass?

—Al Rigo, sí. Es que a él le gusta ayudar a raperos más jóvenes y alguien le habló de mí y se dieron las cosas. Rigo después, con Infinite Mass, dejaron el gangsta rap para hacer rock, y después formó otro grupo que se llama Crossfire. Los creadores de (Lady) la canción de Méndez. Él es muy talentoso.

Pero ahora tú también eres un nombre importante dentro del hip hop escandinavo. ¿Te tomó por sorpresa el buen recibimiento de tu primer disco?

—No, lo esperaba totalmente. Incluso esperaba tener más éxito. Yo soy fan de mi música y cuando me han invitado a programas importantes de televisión de allá, o a alguna tocata fuera del país yo siempre pienso «bueno, esto debería haber pasado hace tiempo. ¿Qué es lo otro? ¿Qué viene ahora?». Siempre estoy pensando en el next step.

¿Cómo funciona la escena hip hop allá?

—El hip hop empezó el 91 con bandas como Infinite Mass, pero el 97 el hip hop se hizo comercial allá, y las cadenas de televisión le ponían atención. Ahí eran puros suecos. Había tres inmigrantes pero el resto era puros pelados suecos, blancos que rapeaban. Pero después ya no se escuchó más. El 2008, cuando salí yo, vino una

nueva ola de hip hop, y se hizo grande de nuevo y ahora todos andan rapeando en la calle.

ECOS DE HIP HOP AL FIN DEL MUNDO

Ya se empiezan a sentir los aromas de la hora de almuerzo y Pato Pooh, revisa algo en su celular. Porque coordina desde Chile, sus próximos pasos en el mundo del hip hop sueco. Más que nada, la aparición de un nuevo sencillo adelanto de lo que será el sucesor de su segundo disco. «Nadie hacía street album, yo salí con el nombre y después todos empezaron a llamar a sus discos street album», dice con una sonrisa, refiriéndose a una categoría de disco que no es editado por un sello, «pero tampoco es un mixtape».

Se viene tu nuevo disco, cuéntame de eso.

—Va bien. Voy a estrenar el 14 de febrero el nuevo single que se llama *Kill cupid*, en el cual rapeo y canto de distintas formas. Para el disco estoy trabajando con varios productores: siempre con los Salazar Brothers, con mi hermano Pablo Paz, con Game Boii, con K-One, con uno que está bien famoso en Europa que es Charlie, quien es mi amigo de chico. Todos trabajaron conmigo antes, soy fiel con la gente con la que empecé, porque hay un cierto sonido que es mío y es gracias a esos productores.

Pero hay diferencias con el primer disco, supongo.

—Claro, que ahora mis productores me dan mejores beats y que ya puedo regodearme un poco más y conseguir mejores featurings.

Lo vamos a estar esperando. ¿Cachaste que el éxito de tu primer disco tuvo ecos por acá?

—Eso lo encuentro raro. ¿Cómo se enteraron de mi disco?

La linda magia de Internet.

—Cierto. Porque harta gente me escribió de Chile, y bueno pensé que era porque era chileno, pero también harta gente me escribió desde Ecuador. Pero como soy chileno le pongo más atención a lo que pase acá, aunque lo encuentro raro, más que sonar en Finlandia o en otros países europeos.

¿Te gustaría sonar mucho más en nuestro país?

—Sí po, por eso estoy aquí. Para hacer contactos, a cantar con Shamanes, con Zaturno. Conocer a esa gente, trabajar con ellos y saber quiénes son. No solo por el Facebook.

¿Pero cambiarías a Estocolmo por Santiago?

—Por un tiempo, sí. Aunque todavía no he logrado lo que quiero allá: ser el mejor de la historia del rap. No es algo que quiera, ni mi sueño, es lo que voy a ser y para lo que voy a trabajar allá. Por eso me gustaría estar allá, pero venirme acá también es una posibilidad.

EL REGRESO DE LOS NINJAS AFROSUDACAS

Era el 28 de junio de 1996, no existían los streamings ni Twitter, aunque suene absurdo, las cosas eran distintas a como son ahora, y yo me disponía a asistir al que sería mi primer concierto. Tenía 14 años y mi tía que a pesar de su edad, mantenía un espíritu juvenil imbatible, me acompañaba al concierto de los intérpretes de esa canción rarísima que había sonado como un mantra eterno en las radios: Illya Kuryaki and the Valderramas visitaba nuestro país por primera vez.

La canción era “Abarájame”, que uno cantaba en realidad sin entender mucho, porque estaba escrita en un spanglish imaginario que el grupo argentino, los Illya Kuryaki, había perfeccionado con los años y consagrado en un video maravilloso, que hace algunos meses rotaba en MTV, en donde se mezclaban chicanos, artes marciales, películas de acción de los ochentas y mujeres delgadísimas en bikini. «Mi nombre es Cooler O Connor...».

Unas semanas antes, yo había anotado la letra de “Abarajame” en un cuaderno, rebobinando una y otra vez *Chaco*, el casete que recién me habían regalado para mi cumpleaños, inventando aquellas frases que no lograba descifrar del todo. Y al otro día, en el recreo, la canté frente a unos amigos, y como estábamos en el patio, otros niños y niñas comenzaron a reunirse en torno a mí, y seguían el ritmo con sus palmas. Fue una tarde maravillosa que me hizo subir el autoestima a las nubes por un rato.

Era extraño también, porque la dupla conformada por Dante Spinetta y Emmanuel Horvilleur, tenían ya tres discos, eran los últimos emisarios de una estirpe celestial dentro del rock argentino, sus genes estaban cargados de partituras, y venían de grabar su *Unplugged* para la famosa cadena de videos —que en esos tiempos intercalaba videos de los mejores grupos de rock latinoamericano con presentadoras hermosas que hablaban raro y especiales sobre la guerrilla zapatista, años en que el Sub Comandante Marcos parecía un vj más del canal de cable—, pero en nuestro país todo eso lo veníamos descubriendo recién. Acá todo lo que sabíamos de IKV era “Abarajame”, solo una canción los llevó esa noche a extender una importante fila a la espera de entrar al Teatro Monumental.

Los contextos ayudaban a entender un poco más: ese año la palabra «funky» marcaba un terreno bien definido entre los adolescentes. El grupo Los Tetas —un inevitable símil local de los IKV— habían hecho de las suyas, así como Chancho en Piedra y Los Morton, y se veía el nacimiento de un nuevo nicho musical que nunca dio para tribu urbana, en que sus seguidores dejaban de lavarse el cabello y se subían los tirantes de la mochila hasta casi quebrar sus hombros.

Días antes, Los Tetas habían declarado que no talonearían a los Kuryaki porque se consideraban a un mismo nivel, pero que sí subirían al escenario a cantar con ellos en algún momento del show, como si quisieran fundar una hermandad funk.

Sentado ya en las butacas del teatro, mi tía había ido a comprar Coca Cola, mientras mis nervios no daban más: como si fuera conciente de que esa noche debutaba en un campo de batalla que no abandonaría jamás, el asistir a conciertos sería algo así como un oficio por el resto de mi vida.

Chaco, como todo lo que hacía Illya Kuryaki, respondía más bien a obsesiones juveniles. Un disco que renovaba todo. Desde cómo componer estructuralmente una canción, pasando por los acordes y sonidos que la conforman, hasta sus letras. Porque muchas veces esas canciones hablaban desde un planeta que no existía, una anomalía que respondía a los vicios de una generación que consumió demasiada televisión, discos de rap y películas de bajo presupuesto.

Con el tiempo, descubrí que tenían buenos discos previos. *Fabrico cuero* y *Horno para calentar los mares* eran trabajos divertidos e inquietos, grabados por dos niños genios o demasiado concientes de su herencia. Con más tiempo, vi que también fueron buenos discos los que vendrían: las joyas sonoras que son *Versus* y *Leche*, trabajos maduros, hiperproducidos que repuntaron a IKV a un buen posicionamiento dentro de las bandas latinoamericanas consagradas.

Esa noche el concierto estuvo de lujo, los argentinos mostraron casi íntegro su disco *Chaco*, hubo un segmento adelante de lo que sería su unplugged y terminaron improvisando con Los Tetas y con lo que después se conocería como Tiro de Gracia. Hormonas adolescentes vueltas locas, músicos de torso desnudo, saltos, rap blanco y latino. Todo lo que un chico de mi edad pudo pedir. Mi tía me miraba orgullosa de haber comprado esa entrada, y me comentaba que algunas canciones le sonaban a Fito Páez, a Luís Alberto Spinetta y a Sui Generis, y yo le dije que tenía razón.

Ellos volvieron un par de veces más, casi siempre a presentar sus discos. Incluso en un festival de un helado que ya ni sé si sigue existiendo, se agarraron a escupos con los fans de Marilyn Manson y les suplicaron dejar de robarle el maquillaje a sus mamis.

Hace algunas semanas, en este mundo distinto en el que habito ahora, pude ver el regreso, vía stream y comentando por twitter, de Dante y Emmanuel, tras 10 años separados como banda. 10 años que no se han extrañado tanto, dado a que ambos mantienen exitosas e interesantes carreras solistas, y que esperamos no se congelen con este revival. Obviando la ausencia de sus melenas largas y cuidadas, los IKV parecían haberse mantenido congelados en el tiempo, eran los mismos flacos bailarines, y ahí estaban esas fantasías por escrito que nos hablaban de culos irresistibles, geishas latinas, kung fú, mafiosos, indios y música que te traslada a otros planetas. IKV había vuelto y por un segundo, parecían no haberse ido nunca.

MANTENIENDO EL RITMO

La escena siempre es clara. Mucha cerveza, gente frenética dándose empujones y codazos. Chicas de pelo teñido saltando, punkies con sus crestas empinadas, barbones enseñando sus abultadas panzas. Mucho sudor. Fiesta radical. La banda sobre el escenario no dista tanto. Están en medio de una orgía de ritmos y ruidos camuflados entre acordes, es La Floripondio, la banda de free-jazz-trash y afro-punk, de rock experimental y sonidos fiesteros que encarna, quizá, el último mito de Villa Alemana.

La escena, decíamos, siempre es clara. No importa si la foto es de a comienzo de los 90s, cuando tocaban en bares pequeños sin escenario o en la sede local del Partido Comunista; o de hace solo algunas semanas, cuando presentaron en Valparaíso, al igual que en Santiago un poco antes, lo que será su nuevo disco, *Hipertenso*: «la verdad es que hicimos el lanzamiento del disco, no como hacíamos antes, que era teniendo el disco físico, con carátula, hecho y a la venta. Ahora lo hicimos pensando en que lo que estamos tocando en vivo son temas de este disco». Nos explicará unos días después, Fritz Demuth, el batero —y uno de los fundadores de la banda junto al paradigmático Macha Asenjo y Tuto Vargas, el bajista— en medio de un café ubicado en Viña del Mar. «Ya está grabado y mezclado, falta solamente la masterización y reproducirlo físicamente, para los que quieran tener las copias, pero va a estar también en la web para que la gente que no tenga los recursos para comprarlo, lo pueda bajar de forma gratuita».

Se hablaba de la salida de este disco desde el 2008, ¿Por qué la demora?

—Es que gran porcentaje del disco se grabó hace mucho tiempo, en Buenos Aires, hace varios años atrás. Pero de ahí siguió un proceso natural y seguimos grabando después de eso, hasta ahora que ya tenemos el disco listo.

Sacando los discos en vivo y las re-ediciones en vinilo, en su último disco de estudio, Paria (2005), había un poco de relajó, sonidos más reggae, sin embargo, lo que han mostrado en vivo de Hipertenso parece más un vuelco a lo brutal. ¿Es tan así?

—Tiene de las dos cosas. Harto rock and roll básico, punk y acelerado. Tenso, como dice el título. Pero a su vez, tiene el contraste del dub más volado, que se vincula con nuestro amor a la cultura jamaicana, pero siempre crudo y rudo, como pensamos nosotros que deben las propuestas cercanas al reggae, en cuanto al sonido. Una rudeza lenta.

Además, este disco lo van a liberar por internet, ¿qué opinas de esta forma de distribuir la música?

—Me encanta lo que está pasando con la música ahora, la idea de “compartirla”. Antes, con los sellos, tenías que pelear (ganancias) entre el 5 y 7 % o el 10 %, con suerte, con los sellos más chicos, y para ser independiente tenías que hacer una inversión millonaria. Ahora todo es más simple, los estudios son más económicos, más chicos, grabas el disco y lo subes a internet y la gente que usualmente no tenía plata pa’ comprar el disco, puede bajarlo. Soy músico pero no compro discos, son muy caros, por eso lo ofrezco gratis. Me parece muy maricón eso de no querer que tus discos se pirateen, siendo que todos pirateamos. La música evolucionó al punto en que se gana dinero con los conciertos. Si quieres más plata, tienes que tocar más y hacer que a la gente le guste lo que haces.

Pero ustedes como Floripondio pertenecen a la SCD, ¿qué opinas de la política que ellos tienen con las descargas «ilegales»?

—A mí me importa una raja lo que ellos piensen en ese sentido. Tienen un discurso apegado a la ley, porque son una institución bastante conservadora en muchos aspectos. A mí lo que me interesa de ellos es que juntan remanentes económicos por los temas que se colocan en lugares gigantescos como las dicoteques, la tele o la radio, o sea, gente que lucra con tu música. Es su pega, cobran derechos de autor, los recolectan y me ponen el dinero en una cuenta sin que yo haga nada. En ese sentido estoy agradecido, esa pega de la SCD es la que vale, que se preocupen de recaudarle dinero a los músicos. Si ellos no están de acuerdo con la descarga de música a través de internet, es porque obviamente ellos ganan porcentaje por la venta de discos, pero ese ya es un tema de ellos con los sellos, porque al final ellos son empresarios también.

VIDA FÉRREA

Como verdaderos veteranos del rock criollo, La Floripondio cumple por estos días 20 años de hueveo, furia y experimentación: «en octubre o noviembre vamos a celebrar el cumpleaños a todo ritmo, con fiestas y tocatas» amenaza Fritz. Por supuesto, varias han sido las etapas que han quemado, desde esos iniciáticos años en que se codeaban con el under más revoltoso de la quinta región, con bandas como Villa Alemana Rok, Inkultos, Tryo, Belial u Ocho Bolas, en tocatas en las que no pocas veces los desórdenes y peleas terminaban con el ingreso de Carabineros. Pasando por los tiempos en que lograron imponer su primeros hits radiales universitarios, “Bailando como mono” y “Fumen Bueno”, odas a la fiesta y a la libertad, que sonaron una y otra vez en radios como Rock and Pop, y que les abrió las puertas definitivas de Santiago y a ese curioso momento que se denominó El Nuevo Rock Chileno, en donde se codearon con sus pares de Entrekllles, Pánico, Fiskales ad Hok o Supersordo. Hasta llegar a la actualidad, en donde la banda liderada por El Macha, a pesar de estar más alejada del foco de los medios, es definitivamente, un referente de los conciertos más salvajes de este lado del mundo.

¿Qué te pasa con eso? ¿Con darte cuenta de que ya cumplieron dos décadas tocando?

—Me satisface profundamente, porque es una prueba de la veracidad de las pretensiones y deseos que tenía hace 20 años. Me veía haciendo lo que me gustaba y en eso estamos, no podría no estar feliz por eso.

¿Y dista mucho la escena de los 90's con lo que pasa hoy?

—La energía sigue intacta, las tocatas del bar La Cantera (Valpo.) son iguales a las tocatas que hacíamos nosotros en los 90s. Tanto las bandas como el público.

Además, pasa que todos en La Flori están en una vida adulta ¿Cómo se enfrenta el rock cuando ya se tiene que trabajar, formar familia, compromisos y todas esas cosas?

—Somos las mismas personas que antes pero con más experiencia y diversidad de intereses, también. Eso provoca que transitemos por ambientes distintos, pero que, de igual forma, nos vinculemos con gente de distintos lados.

¿Por eso sus inquietudes han derivado en otras bandas? El Macha se consolidó como el rey de la fiesta en Chico Trujillo, en donde también están Juan Gronemeyer (percusionista) y Tuto (bajista); Pescao (guitarrista) tiene su banda punk rock Púa; tú formaste tus proyectos electrónicos, Dangan y Friztyle...

—Siempre hemos tenido proyectos paralelos en Floripondio, porque es una banda muy diversa, imagínate que somos 8 músicos, y ahora en vivo somos 10, agregamos a otro percusionista y a Fat Pablo, que nos está aportando en lo del dub, con efectos y rap. Son diez personalidades que tiran cada uno para un lado y desarrollan otros proyectos.

A todo esto, ¿cómo ha sido la coordinación con la activa rutina de Chico Trujillo?

—Como siempre, no más. Siempre tuvimos actividades diversas, siempre tuvimos que coordinar espacios. Igual como cuando partimos coordinando el colegio con los ensayos de la banda, o los estudios de la U con la banda (Demuth, aparte de músico, es ingeniero en sonido). No hay ningún problema con coordinar Floripondio con Chico Trujillo.

CON LA CABEZA LLENA DE MEMORIA

La floripondio, la hierba, se encuentra fácilmente en algunos rincones de la ciudad, se corta, se pica y se deja hervir por unos cinco minutos. Luego, se bebe. Así mismo como Fritz Demuth bebe un vaso más de su cerveza, instalado en el pequeño café viñamarino. Hemos repasado su historia personal del rock. De Villa Alemana a Valparaíso, de Valparaíso a Santiago, de Santiago a las giras europeas. *Hipertenso*

vendría siendo el sexto disco de La Floripondio, que los encuentra, como hemos dicho, en una etapa más tranquila, pero con mucha más experiencia: «dejamos de tocar en la Quinta Región porque nos fuimos a tocar mucho más a Santiago, por un tema de público. Allá se puede tocar más seguido, porque además invirtiendo lo mismo en Santiago que acá en la región, hay muchas más ganancias allá» reflexiona el batero. Además, la celebración de estas dos décadas, los emparenta una vez más con otra de las bandas íconos del coraje rockero, los Fiskales ad Hok: «nuestra relación con ellos es de hace muchos años, nos hemos hecho amigos, hemos compartido escenarios, instrumentos, organizaciones de cosas, hay una admiración mutua y una amistad».

Revisando el historial, uno se da cuenta de que La Floripondio, con los años, agudizó su discurso al mismo tiempo que se masificaba su música, empezaron a mezclar fiesta con letras de dura crítica social, por ejemplo. ¿Eso perdura en el disco nuevo?

—Se mantiene, sí. Por un lado reflejamos la alegría de tocar, de estar con los amigos, y la mezclamos con lo que por ahí llaman “el vacilón conciente”. Es el derecho a pasarlo bien pero sin dejar de observar lo que sucede a tu alrededor, no por estar vacilando vas a ser un huevón ciego que le importa una raja lo que pasa a su alrededor.

Aparte, ustedes fueron una banda bien crítica con la Concertación, a pesar de que los invitaban a sus fiestas culturales. ¿Cómo ven todo eso, ahora que la Concertación no está y hay un gobierno de derecha al mando?

—El tema de lo crítico en los escenarios de la Concertación, tiene que ver con los espacios que ellos mismos generaron para poder ser críticos dentro de su dinámica, tenía ese carisma la Concerta. Ahora eso no se da, y tampoco producen apetencia participativa. En este momento estamos desvinculados de la institucionalidad cultural y del gobierno, porque carecen del carisma. No tienen instancias participativas reales, no hay diálogo, son fomes. Ellos optaron por armar todo culturalmente, dejando de lado la participación de las organizaciones ciudadanas, por ejemplo.

¿Pero es muy distinto a la Concertación?

—Pero, claro. Nosotros nos sentíamos partícipes de las instancias culturales de la Concertación, a pesar de estar en desacuerdo con más del 50% de lo que hacían. Pero ahora, con Piñera, estamos más cercanos al 90% (de desacuerdo), si no al desacuerdo total. En general, no nos gustan los dobles discursos, los lobos con piel de oveja. Por eso hay que tener cuidado con quién trabajar, sobretodo en estos temas.

Para ir cerrando, cuéntame qué planes vienen para la banda.

—Mantener el ritmo, me acomoda. Ya nos dimos cuenta de muchas cosas en 20 años, que nos queremos dedicar a la música, tocando cuando estemos todos disponibles. Ya no nos vamos a separar, a no ser que alguno de nosotros se muera o explote o algo así.

CÓMO CONGELAR EL TIEMPO

Una vez intenté escribir un libro, no eran cuentos sino una serie de reflexiones sobre diversas cosas. Creo que uno siempre empieza con esas cosas: ¿qué son las historias si no son ideas sobre esas mismas historias? Al libro le había puesto “Cocktail Molotov”, tenía 19 años y uno de sus relatos se llamaba “La Seducción de Shirley”. Eran apenas dos párrafos y hablaba sobre Shirley Manson. Trataba sobre alguien que la observaba, enamorado, sucumbiendo frente a ella. «Porque solo en ella puede amalgamarse esa aguda imagen de niña inocente y de psicópata calculadora al mismo tiempo», decía en medio. Sí, ocupaba palabras como «amalgamarse». El narrador —el tipo que la observaba— era un asistente de cámara porque para mí la Manson era eso: una chica que solo tenía forma y razón en la televisión.

Lo que siempre me gustó de Garbage fue su honestidad. Y no ocupo la palabra honestidad con el desparpajo que la ocupan los críticos de rock/periodistas que la han vuelto un lugar común y sin sentido. Porque cuando el rock aún existía en las radios y en la televisión, la introducción de la banda siempre era la misma: que era un producto, que había sido ideado por productores que querían dedicarse a pasar al otro lado de las cosas, que habían visto a Shirley Manson en un video de Angelfish, su banda original, y que decidieron llamarla para crear una fantasía perfecta y meticulosa, calculada en cada detalle.

Es cierto, Garbage siempre fue la banda más sintética —en todos los sentidos posibles— del rock alternativo de los 90's: llegaron a la cola, de hecho, cuando el grunge ya sonaba demasiado aburrido, y en su pasada por Chile, del pasado lunes en el teatro Caupolicán, además me confirmó que estaban compuestos por una buena dosis de preservantes que, tras quince años, sonaban tan extraños y potentes como esas presentaciones en vivo que vi en los premios televisados cuando adolescente.

Antes, Saiko había realizado un preciso teloneo, con buen sonido y no solo por las máquinas y el trabajo de un buen técnico, sino por un fiato y un re-encuentro con el público que bañaba todo de emotividad, con la vuelta de Denisse Malebrán que se las sabe por libro. Una chica pequeña de anteojos le preguntaba a su amiga qué tenía que ver Saiko con Garbage, y me dieron ganas de entrometerme para decirles: «la Blondie», pero preferí apuntarlo, nada más, para esta reseña.

Sintético decía y acá lo raro: el show se centraba en ellos, en la banda, en las atmósferas punzantes y ruiditos varios de la guitarra de Duke Erikson, en la figura siempre sacrosanta y visible de Butch Vig y en ella, la escocesa que definió a su modo el concepto de (anti) “diva” para luego clausurarlo. No habían visuales ni elementos raros en el escenario, solo la misa de rock más íntima y efectista que todos queríamos.

Shirley era un show en sí misma, parecía desafiar a cada uno de los espectadores, a quienes se acercaba constantemente para casi susurrarles los versos tanto de los ya clásicos del nicho alternativo como de su nuevo disco *Not your kind of people* (2012), motivo de esta gira que los hizo pasar por Chile. Bella e inquietante igual que en el '96, ella y su banda parecían haber descubierto cual Walt Disney el baúl criogénico que no les había permitido envejecer ni un año. Una diosa furiosa que juega mucho con el público, ironiza, saca risas, aplausos y declaraciones de amor, agradece, coquetea, se deja admirar.

Momento clave 1: Shirley Manson declarando el nuevo manifiesto de la banda, son independientes porque se aburririeron de todo y ahora pueden hacer lo que quieran, incluso venir a países como este.

Momento clave 2: Shirley Manson —medio en broma, medio en serio— dándole la posibilidad de elegir al público qué tema, fuera del setlist, quieren escuchar. La elegida: “Milk”, ¿en serio no la iban a tocar?

Momento clave 3: “Im Only Happy When it Rains” siempre será la declaración de principios no solo de la vocalista, sino de tantas chicas que conocimos en la vida. “Stupid Girl”, también.

Así siguen los temas, esos híbridos entre ruido y danza. Es en ese momento en que uno recuerda que lleva una buena cantidad bailando los temas de Garbage en discotecas, llegando a estamparse en algún lugar del cerebro. Verdaderos himnos secretos y recuerdos de un MTV que ya no existe. Quizá también es eso lo que caracteriza a estos tipos que solo son felices cuando llueve y es complicado, su bipolaridad: lograr caminar por ese margen tan delgado que separa al pop del rock. No sé si estuve obsesionado con Shirley Manson o no. Le escribí un texto porque sé que fue lo más cercano a experimentar esos actos medio ingenuos y torpes de las quinceañeras de fan clubs: juntar entrevistas, recortes y grabar videos. Habían pasado quince años y ahora ella estaba ahí, sin una pantalla separándonos y probablemente yo viéndome mucho más viejo que ella y estaba feliz. Porque este, un show con un delay de más de una década, fue uno de los más explosivos y correctos que vi en el último tiempo.

VOLVER AL PASADO

El futuro ya no es lo que solía ser
Arthur C. Clarke

EL PASADO

1990. Todos éramos niños en ese entonces. Era la primera salida con mi primo Gonzalo y la aventura se trasladaba al cine Metro en Valparaíso, última salita de la nostalgia antes de que el Cine Hoyts lo hiciera desaparecer para ocupar su lugar. Yo era algunos años menor que él, lo que lo transformaba inmediatamente en mi tutor, y recuerdo que ya sentado en la micro me sentía parte de una aventura: andar por las calles sin mis padres. Cuando llegamos, la función ya había comenzado. Mi primo me había estado asustando todo el camino diciendo que la película era para mayores de 14 y que si nos pillaban nos echarían a patadas, así que mejor hablara como grande, como él, a pesar de que solo tenía 6 años más que yo. Además, me compartió uno de sus secretos: lo mejor era sentarse en la última fila, así tenías una experiencia total del cine, y hasta el público delante tuyo se hacía parte de eso.

La película era *Volver al futuro III*. Aquella en donde Marty McFly se ve perdido nuevamente en 1955, y decide ir a buscar al científico genio y demente que es el doc Emmett Brown de entonces, para que lo haga reencontrarse con el doc Emmett Brown del año 1985 que ahora estaba viviendo en 1955. No sé si habré entendido del todo la trama, pero sí recuerdo que quedé babeando tras ver esta cinta de vaqueros y viajes en el tiempo.

Tanto fue lo que nos gustó la peli, que cuando llegamos a casa de mis tíos, nos dedicamos a jugar un rato y terminamos viendo *Volver al futuro II*, que Gonzalo tenía pirateada en VHS, con la portada fotocopiada y pintada con lápiz scripto.

A las semanas TVN dio la primera parte. La grabé. Y debo haberla visto unas tres veces diarias, durante un mes o más.

Yo quería ser Marty McFly. Aprendí a andar en skate muy precariamente y me fascinaba que al cambiarme de colegio ese año, todos me llamaran “el nuevo”. Nunca tuve a un perro llamado Einstein, ni conocí a nadie remotamente parecido al Doc. Eran los años en que el merchadising casi no existía y había que ingeniárselas para rendir culto a cualquier insumo pop que te volviera loco.

EL PRESENTE

2010. Hoy mi primo se dedica al canto lírico en Alemania y si hay algo que quiero escribir sobre *Volver al futuro*, en estos 25 años que la película dirigida por Robert Zemeckis está cumpliendo por estos días, más allá de repasar los datos que aparecen en todas partes, es sobre esa idea de haber sido el relato épico adolescente de los 80's y 90's.

Michael J. Fox, siempre será Marty McFly y nada más. Un adolescente norteamericano amante de Chuck Berry, patinador sagrado, y héroe de escasos centímetros, capaz de hacer todo por su chica, por su familia y por la gente que quiere.

La épica, claro, es doméstica. Más allá del condensador de flujos, del DeLorean, de los viajes espacio-temporales, las grietas y universos alternativos que estos provocan, la historia de la sociedad norteamericana, lo que McFLy realmente combate es todo aquello que puede afectar a los suyos. A diferencia de los grandes clásicos de la ciencia ficción, acá la catástrofe es puertas adentro.

McFly nos enseña a ser héroes en el día a día. Con esa actitud media ondera para la época, pero que extrañamente lo transformaba en un perdedor que gana. Un petiso que siempre consigue lo que quiere.

Quijote y Sancho de fines de siglo 20. Tal vez con roles invertidos: el científico loco y el chico que debe hacerse héroe, en esta odisea que siempre termina en el mismo día, a pesar de haber pasado siglos de viajes en el tiempo.

Volver al futuro, la trilogía —porque las tres son inconcebibles la una sin la otra— es nuestro condensador de flujos, la máquina capaz de transportarnos a esa época en que todos éramos niños. Nos enseñó a tener sueños y que todos podíamos ser Marty McFly, un héroe sin grandes virtudes más allá que la de creerse el cuento. Ese futuro, tal como lo intuíamos cuando niños, es hoy. *Volver al futuro* es parte del pasado.

EL FUTURO

Nos vemos en el futuro, lo dijo el Doc Emmett Brown

EL FIN DE UNA PEQUEÑA ERA

Es probable que haya llegado muy tarde a esta novela. Y no lo digo motivado por esas aspiraciones raras que tienen ciertos amigos, impulsados por dinámicas del mercado editorial, de tener que leer todo apenas salga, lo antes posible, ojalá antes que cualquier otro lector. No. Digo que llegué tarde, más bien, porque *Jack Frusciante se fue del grupo* del italiano Enrico Brizzi, es de esas novelas que me habría volado los sesos a los 15 años.

Teñida de épica adolescente, en donde confluyen las bandas punk, el anarquismo más ingenuo, los poetas malditos, el cine clásico, la muerte de Cobain, la escuela, y todo un rosario de cultura rock, el libro de Brizzi nos cuenta sobre Álex y su relación con Aidi. Dos adolescentes que inminentemente dejarán de serlo al terminar el colegio y tomar horizontes distintos, lo que no sólo significará ser otros frente al mundo sino que hacerlo por separado.

Clara es la analogía del título con el guitarrista de los Red Hot Chili Peppers (John Frusciante, que no es Jack como en el libro), que a sus 19 años y en plena cima del éxito y reconocimiento decide dejar de lado la banda para vivir una vida supuestamente normal, pero no olvidemos que en el plano real, Frusciante terminó en realidad adicto a la heroína y perdió todos sus dientes, y sacó dos de los discos más extraños y hermosos de este mundo, para luego volver a los Chili Peppers para vivir su periodo más exitoso, y volver abandonarlos hace algún tiempo.

En fin, sobresale la idea del relato adolescente porque precisamente *Jack Frusciante se fue del grupo* se narra desde ese mundo tan particular que es la adolescencia, en guerra constante contra el mundo adulto, las obligaciones, la moral católica, en donde los problemas son otros, las preocupaciones son otras. Hecho que por lo demás, se evidencia en ciertas opciones lingüísticas y gramaticales que el autor toma como grito estilístico: la ausencia de comas y puntos, así como la de mayúsculas o la inclusión de ellas donde no corresponde, frases inconclusas, cambios de «c» y «qu» por «k», etc.

Presenciamos los últimos días de niñez de Álex, o el viejo Álex como lo patenta el narrador, viviendo esas jornadas «tardoadolescentes» en donde la música, los amigos y la chica a conquistar es lo más importante del mundo. El abandono de la inocencia, en donde hay dos alternativas: el camino de Álex, el Holden Caulfield de la generación MTV, o el de Martino, personaje entrañable y amigo de Álex, que termina quitándose la vida por no calzar con el modelo de la adultez.

Francamente, una novela conmovedora, que salda esa deuda de la gran novela de los 90s. Novela grunge. O cómo quiera llamársele.

VAMPIROS EN SANTIAGO

Sinfonía eterna es la primera novela de vampiros chilena, una mezcla de existencialismo teen, arte romántico, y la cara más oscura de Santiago.

Sentada frente a un café en Drugstore en Providencia, Rebeca Fuentes (nacida en 1983) o Rebeca F. San Román, como dice la portada de *Sinfonía Eterna* (Alfaguara, 2009), da pequeños sorbos a una taza de té.

Perdida entre las vibraciones de unos grandes audífonos, y sumida en las hojas de un libro, su imagen calza perfecto con alguna escena de la novela que lanzó el sábado recién pasado en la FILSA: look de tintes góticos, lleno de adornos, aros, cadenas, pinzas plateadas, los hombros expuestos y el pelo tomado.

Sinfonía eterna es la historia de Amaya, una estudiante universitaria que ha perdido a su familia y cae en una profunda depresión. Amante del arte y asidua a las discos brit y alternativas, conoce un día en un museo a Nicholas, un supuesto curador de arte excéntrico que, en realidad, es un vampiro. Se enamoran y, bueno, así va la cosa.

«Este personaje está basado en cómo era yo hace diez años atrás», explica Rebeca. «Ha vivido experiencias que la han marcado, se siente completamente desencantada y lo único que quiere es morirse. Un personaje que está desconectado de la realidad, pero al mismo tiempo lo único que le produce placer es la belleza».

¿Cómo parte la escritura de esta novela?

—Empecé a escribirla el 2006. Siempre he tenido una historia pa' atrás que es extraña. Hay ene cosas de mi infancia que no recuerdo, períodos que tengo borrados, imágenes muy freak y no se pueden explicar. Mi mamá me dice «oye, eso no pasó nunca» y mi hermano, que tiene mi misma edad y vivió las cosas conmigo, me dice «no, si yo me acuerdo de eso». Fui muchas veces a terapia, pero no me funcionaba nunca. Así es que traté de darle sentido a mi historia y lidiar con mis propios espectros a través de la escritura.

¿Y cómo la ves ahora que ya está terminada?

—Yo creo que es una novela súper oscura. Siempre me ha gustado mucho el tema del romanticismo como movimiento, y como revolución cultural, social y política. Siento que es la gran revolución que hubo en el mundo y que todavía sigue súper presente. Pero al mismo tiempo soy hija de mi época y eso se nota. Por ejemplo, me gusta mucho Bret Easton Ellis, que es absolutamente contemporáneo, pero al mismo tiempo me gusta Byron. Soy como una mezcla extraña entre ambas cosas.

Tanto Bret Easton Ellis como Lord Byron han tenido coqueteos el tema de los vampiros...

—Bueno, Byron mucho más que un coqueteo. Bret Easton Ellis, sí, tiene coqueteos. ¡Mira, no me había dado cuenta!

Y en Sinfonía eterna hay un personaje que es un vampiro. ¿Cómo lo fuiste construyendo?

—Nunca pensé que fuera un vampiro, de hecho podría no serlo. Pero eso me permitió referirme a temas que me importan: la metáfora del ángel caído, por ejemplo. Hay un cuadro que es importante en mi libro y que es uno que fue pintado en 1807 y él es parte de ese cuadro. Entonces me dio la posibilidad de jugar en términos históricos, porque es un personaje súper interesante de escribir y muy seductor.

MODAS Y COLMILLOS

Muchos años atrás, cuando era apenas una niña, Rebeca se enfrentó a la lectura que cambiaría su vida. *Las crónicas vampíricas* de la norteamericana Anne Rice, una saga de diez libros que marcó el primer intento de transformar a los vampiros en fenómeno pop adolescente, tres décadas antes de que Stephanie Meyer arremetiera con sus vampiros en sacarina.

El primer libro de la saga *Entrevista con el vampiro* fue llevado al cine en 1994 de la mano del director Neil Jordan y contó con Tom Cruise, Brad Pitt, Antonio Banderas, y una muy niña Kirsten Dunst entre sus protagonistas, dejando a miles de adolescentes con el cuello estirado esperando ser devoradas por alguno de ellos. Una de ellas fue Rebeca.

Al terminar el colegio, ella quiso estudiar psiquiatría, como su madre, o neurocirugía: «siempre me ha parecido súper heavy el tema de la mente humana, pero al mismo tiempo no me llevo bien con los seres humanos, ¿Qué puedo decir? No somos criaturas muy agradables. Y como tenía que pasar por medicina muchos años, de solo pensar en tocar a alguien me daba ataque, así que desistí».

Finalmente optó por periodismo «más por el azar que otra cosa». Mientras faltaba a clases, disfrutaba de la vida en Santiago, de la música glam y dark, los libros de vampiros y el arte romántico, período en el que comienza a escribir su novela, que inicialmente tenía ochocientas páginas (tras su edición, se redujo a la mitad).

¿Qué recuerdas de tu paso por tu paso por la universidad?

—Estaba un poco perdida. Pero periodismo me entregó muchos conocimientos generales. Empecé a leer a Kapuscinski, a John Lee Anderson y como que me reencanté después con todas esas cosas.

¿Leíste Crepúsculo?

—Sí, leí los dos primeros libros. Tengo la costumbre de leer todo lo de vampiros que llega. Al final, lo encuentro entretenido. Es muy light y todo lo querái, los personajes son súper adolescentes, pero es entretenido.

¿Y qué piensas de este boom de los vampiros en libros, películas, series y teleseries chilenas?

—Yo siento que, más que el tema de los vampiros, se trata de las grandes historias de amor. El hombre fuerte que protege a la niña, y pueden amarse por siempre, un tema que a los jóvenes les encanta. Estamos en una época en que eso ya no aparece por ninguna parte. Los grandes amores tipo Cathy y Heathcliff ya no están. Al final, *Crepúsculo* es una cosa que ha llegado más con el público femenino; no me imagino a un niño emocionado con el libro.

Para los que quieran empezar a leer sobre vampiros ¿Qué les recomendarías? ¿Por dónde es bueno comenzar?

—Primero, por relatos que ni siquiera son libros. Casi todo el mundo literario escribió de vampiros en el siglo XIX, desde Polidori hasta Guy de Maupassant. Después de eso, lo contemporáneo: los primeros tres tomos de *Las crónicas vampíricas* de la Anne Rice. También a Poppy Brite que acá nunca ha llegado. Y, finalmente, *Lord of the Death* de Tom Holland, un especialista en Byron que hizo un doctorado en Inglaterra y plantea que en el primer viaje de Byron a Grecia habría sido transformado en vampiro. Es muy potente.

QUE NO SANGREE, QUE CHORREE

Lo primero que hay que decir sobre Claudio Bertoni es que sin duda es uno de los mejores poetas que podemos encontrar en nuestro país. Melancolía, música soul, funk y jazz, mujeres inquietantes, groserías, ironía, perversiones cotidianas y amores posibles e imposibles, sin dejar pasar una enorme cantidad de citas a la cultura pop, no pueden darnos otra cosa que libros que nos atrapan y no nos sueltan, y, lo mejor de todo: se leen rápido.

En *Piden sangre por las puras*, Bertoni consolida cierto modelo de escritura, una poesía que apenas es poesía, más cercana a los apuntes del diario de un viajero eterno, a bosquejos de una ciudad extraviada, a fotografías desenfocadas. Un modelo que, por lo demás, ha venido cultivando durante décadas, al cual solo tenemos un limitado acceso con cada publicación y que seguirá, probablemente, trabajando incansablemente.

Su más reciente libro se divide en cuatro partes. En la primera, Bertoni nos lleva al París de los 70's, en donde una pareja con mucho tiempo libre para recorrerla e incurrir en prácticas propias de la rutina amorosa, se pierden en esa gran ciudad, entre la pizza y sus íconos culturales. Las citas son a Cortázar —¿cómo no?—, Artaud y Bataille.

Un segundo episodio de *Piden sangre por las puras*, nos sitúa en la memoria del poeta, en sus temores, en sus recuerdos, traducidos en breves y no tan breves pasajes cotidianos, es quizá, uno de los momentos a los que más nos tiene acostumbrados.

Luego, se entra en el grueso de la obra, Bertoni realiza un extenso réquiem a los poetas muertos. Son muertes cercanas, dolorosas, otras simbólicas, muertes de ídolos, por ejemplo, que el autor, con no poca experiencia al respecto, se ha encargado de dar digno obituario. Aparecen, en la fila al cementerio, Bolaño, Ginsberg, Lira, Teillier, Prévert, Millán entre muchos otros nombres. Acá el libro se tiñe de nostalgia, de recuerdos, del golpe sorpresivo frente a la mala noticia de la muerte, frente a la cual sólo se combate mediante la escritura, la redacción de una oda macabra capaz de salvar el recuerdo del que se va indefectiblemente, a pesar de los fuertes intentos de una sociedad que dio la espalda a la muerte, que la niega y la evita inútilmente. Piden sangre por las puras, a pesar de los donantes, la sangre deja de correr en cualquier momento.

El texto cierra con Bach, un largo poema que a ratos parece el capítulo de un día en la vida de Bertoni, deambulando entre Santiago y su Con cón, saturado de citas literarias, al budismo zen, a marcas de ropa y cigarrillos, a nombres de calles santiaguinas. Una sinfonía en la que la ciudad es vista como la gran biblioteca de la vida contemporánea.

Como decíamos en un comienzo, Bertoni ha sabido armar una forma particular de hacer poesía, salvo que en esta ocasión se aleja del modelo de haikús a la beatniks, para entrar en textos más extensos y al mismo tiempo más tristes, continuando con los temas que le apasionan: las mujeres, la vida, la música y la literatura. Piden sangre por las puras es una continuación, pero al mismo tiempo un replanteamiento.

Eso con Bertoni, el poeta vivo más alucinante de la poesía chilena. Un libro que no sangra, chorrea.

TERRORISTAS DE LA HISTORIA

Revisando las amplias páginas de *Historia de Chile*, Luis Uribe tiene un perfil particular. No solo fue el segundo a cargo de La Esmeralda, sino también quien relató por escrito los hechos acontecidos en el Combate Naval de Iquique, entregando material clave a la hora de crear el imaginario épico del relato oficial chileno, ese que enseñan en los colegios y celebran con efemérides en el calendario. Pero hay más, porque Uribe publicó una buena cantidad de textos y libros sobre los sucesos bélicos que le tocó asumir como marino y, tras retirarse de su carrera de militar, pasó sus últimos días dedicándose a esa, su otra pasión: la escritura.

Teniendo esto en cuenta, no resulta para nada extraño que sea el propio Uribe el protagonista de *1899*, cuando los tiempos chocan, la novela gráfica escrita por Francisco Ortega y dibujada por Nelson Dániel, quienes revisitan al personaje convirtiéndolo en un inspector, a la manera de las novelas policíacas: algo así como un Sherlock Holmes local y malas pulgas pero consecuente con sus ideas y fiel servidor de Confederación Patagónica Independiente de Chile.

Y están, por supuesto, los contextos: esto transcurre en un Chile en donde la Guerra del Pacífico nunca sucedió, consiguiendo que Miguel Grau se rindiera y traicionara al Perú en sólo segundos. Un Chile que se ha adelantado 100 años en cuanto a avances tecnológicos, logrando crear aeronaves y ciborg-policías, y que además ha bombardeado a Lima haciéndola desaparecer. Todo esto gracias a la metahulla, un mineral descubierto en minas de la provincia de Arauco, con un poder infinitamente destructivo, y que ha impulsado el liderazgo armamentista y económico del país, superando enormemente a sus vecinos de la zona.

La historia se centra en una serie de atentados que ocurren a lo largo del país, atribuyéndoselos a los derrotados peruanos, pero sin contar con pruebas, asignándole la misión al inspector Uribe y su acompañante, la oficial robot Ygriega, orgullo de la tecnología chilena. Como primer peldaño en la investigación, Uribe debe, a regañadientes, encontrarse con un primo lejano, Arturo Prat, quien a pesar de ser un héroe casi mítico, con varias aventuras gloriosas en el cuerpo, es considerado un loco, dado a sus últimas declaraciones a nivel público. Prat conoce una historia secreta y ha sido él mismo quien ha solicitado a Uribe para entregarle información.

En clave retrofuturista y con tintes de steampunk, *1899* tiene todo lo que los amantes tanto de los cómics gringos, como de las novelas de conspiración desean: una historia lo bastante fluida y atractiva como para leerse de un tirón, personajes desquiciados y violentos, pero admirables de alguna forma, y un enigma que pareciera nunca resolverse.

Ortega y Dániel logran no solo cautivar mediante la distorsión de los personajes épicos chilenos, sino que además, por una narración revestida de teoría cuántica que, a través de la ficción logra desenmascarar lo más tenebroso de la Historia Oficial, instalando de forma original el gran dilema de las novelas históricas: ¿quién vigila a los historiadores?

INCOMODADOR PROFESIONAL

Cuando iba en séptimo básico tuve un profesor de castellano —así se llamaba aún el ramo— que todo el mundo odiaba. Mis compañeros le tenían miedo, acostumbraba a retornos como si nos fuera a devorar en cualquier momento. Nuestros papás hacían reuniones para que lo echaran, pero yo le guardaba mucho cariño y admiración, cosa que mi madre no soportaba.

Durante los recreos, ese profesor se escondía tras sus lentes de sol negros y aguardaba siempre solitario, con los brazos cruzados, mientras fumaba un cigarrillo, a que llegara la hora de emprender paso a la siguiente sala de clases. Acostumbraba, además, a decirnos cosas como que era sobrino de Augusto Pinochet por parte de padre y de Gladys Marín por parte de madre, o que a las novias, cuando las tuviéramos, había que agarrarlas a patadas para que se portaran bien. Yo adoraba que nadie entendiera muy bien cuándo bromeaba y cuándo no.

Algo de eso hay en Marcelo Mellado (1955). Al menos suele recordarme a ese profesor de liceo que se negaba a ser como el resto de sus colegas y que se extraviaba en su propia ironía.

-¿Por qué no pasas? Pareces el perdedor de un baile de colegio, ahí, apoyado solo contra la pared.

En la puerta, y con una tenida bastante más sport que la habitual —esta vez son pantalones y una polera negra ajustada—, es el mismo Mellado quien me invita a pasar a la librería Metales Pesados, lugar en donde está presentando su nuevo libro. Pienso responderle que estaba fumando, pero no lo hago, nos saludamos y una vez adentro le explico lo que quiero hacer con la entrevista.

Mellado es un tipo amable, a veces apasionado por el tema que discute, pero siempre habla con esa voz de los antiguos locutores radiales y con una dicción perfecta. Además, habla como escribe, con esas palabras tan provenientes de la sociología política, de la academia, y de la calle: las famosas chuchadas. Todo aderezado con el más punzante humor negro.

El libro que está presentando es *Armas arrojadas* (Metales Pesados, 2010), un grandes éxitos en el que se acumulan sus más ilustres cuentos. En ellos nos encontramos con historias sobre profesores frustrados, músicos de cantina, activistas ecológicos, mecánicos, funcionarios públicos y escritores mediocres, siempre personajes de vidas mínimas o «de baja intensidad» como el mismo autor los llama. Pícaros contemporáneos que terminan siendo una interesante búsqueda de una identidad chilena, lejos de los estereotipos y los moldes institucionales que se pondrán tan en boga en este año del bicentenario de nuestro país.

Marcelo, Armas arrojadizas, coincide con el bicentenario. ¿Qué podemos esperar, según tu parecer, de ambos?

—No espero nada del bicentenario, porque es un relato que le pertenece y administran otros. Lo que sí podría entretenerme son las ficciones de identidad que soporta. Y sobre *Armas arrojadizas*, es un dispositivo editorial que me era necesario para mejorar mi calidad de vida.

Al recordar tus cuentos nos damos cuenta de que tus personajes siempre están marcados por cierta mediocridad...

—No sé si hablar de personajes mediocres, ese mote está fuera del texto. Yo diría que están insertos en un cuadro de disfuncionalidad estructural, que sería producto de un deseo obstruido por la voluntad de impostura”.

LA PROVINCIA

A veces, la vida de Marcelo Mellado se parece demasiado a sus ficciones. Su llegada a San Antonio, así como su paso por Chiloé en los 80's, respondía a esa renuncia a vivir en los centros de poder: hablamos de la capital. Pero a raíz de la publicación de su novela *La provincia* (2001) —basada en el puerto de San Antonio—, se despertaría el odio de los escritores, poetas y gente ligada a la cultura y política de la zona, quienes no se tomaron nada de bien que se expusieran su precariedad y patetismo de forma tan paródica. Tanto que hicieron de Mellado un blanco, incluso, de amenazas de muerte.

Seis años más tarde, el escritor enfrentaría otro panorama: la aparición de *Ciudadanos de baja intensidad*, traería consigo el reconocimiento crítico y de la prensa, vislumbrando en él uno de los mejores exponentes de nuestra literatura. Como si fuera poco, se había cambiado de puerto: de San Antonio a Valparaíso, lugar en el que fue bien recibido hasta que sus incendiarias columnas en el periódico *The Clinic* —particularmente una en que el escritor acusaba a un grupo de poetas de Valparaíso de haberle robado su notebook en una tertulia poética— provocaron la ira de aquellos «poetas porteños» y, como si se tratara de una película de ninjas, fueron a vengar su honor herido. Asistieron a una charla que el escritor realizaría en el Consejo de la Cultura, llamaron a la prensa, hicieron pancartas, y frente a las cámaras de televisión local, le lanzaron huevos y, con la adrenalina descontrolada, le pegaron un par de patadas, todo en nombre de los «poetas de Valparaíso». Cosas de la precariedad de la provincia.

La última vez que lanzaste un libro, estabas recién llegando a Valparaíso, han pasado dos años y estás de vuelta en esa trinchera que has identificado en San Antonio. ¿Qué pasó con Valparaíso?

—Yo me imaginé que Valparaíso podía ser un lugar desde el cual trabajar, pero no, Valpo es imposible. Las mafias que lo conforman construyen una trama en la que no cabe un no-comprometido con alguna de ellas, ya sea académica, política, poeticona (o criminal a secas), etc. Valparaíso es horroroso, es una impostura que debiera ser desarticulada. A uno le tocó más de cerca el Valpo culturoso, que es tan criminal como los otros Valpos.

Además están los llamados «poetas porteños», con quienes entraste en conflicto en algún momento. ¿Qué pasa con Valpo y sus poetas?

—Es parte de la impostura que comentaba. El poeta porteño es un registro específico de la criminalidad cultural. No solo es un modo de sobrevivencia para mucho pendejo que debe justificar estudios simulados o como una forma de pasar piola. El otro modo es el criminal a secas, como «la prieta choricera», que trabajaba para la muni y cuya pega era no hacer nada, aprovechándose del turismo cultural, o como el «animaverquido»: un poeta lanza que nos recitó, en uno de esos tugurios porteños —yo andaba con el Mario Verdugo—, unas incoherencias líricas fascinantes, de la que pudimos rescatar la siguiente imagen posible: «animaverquido por la pasión», adjetivo que no pudimos hallar por ningún lado, pero que quedó como un registro de esa voluntad de impostura, quizás como el nuevo «inamible» de la literatura chilena.

A su regreso a San Antonio, Marcelo Mellado retoma las tareas con su taller literario Buceo táctico, quienes sostienen una editorial (Economías de guerra), incursionan en el área comercial, fabrican mermelada y realizan actividades en las que incluso se puede ver a otro hijo ilustre del puerto, Chinoy, entre lecturas de poesía y ponencias. Pero aún hay más. Por insólito que parezca el escritor llega a la presidencia de la Sociedad de Escritores (SECH) local, y llegó a declarar en un periódico regional: «asumí este cargo para destruir al Estado».

Todo lo que hace Mellado tiene un fin colectivo, acostumbra a agrupar personas, a formar escena, a ejercer padrinazgo.

¿Y cómo fue que llegaste a la presidencia de la SECH?

—Tiene su lado ridículo y paródico, es parte del juego. No te imaginas cómo lo hemos pasado. Nos hemos reído muchísimo haciendo una pega para la que nunca estuvimos preparados psicológicamente, pero si no hacíamos la pega iban a aparecer los impostores a hacerse cargo, ocupando falsos lugares. Le hemos impedido a los poetas de partido (esos que usan la cultura para ser concejales), a los profes que luego de jubilar se hacen escritores y a las señoras aburridas, que nos copen el negocio. Además, nunca en mi vida he tenido un cargo gremial, nos interesaba el

contenido cívico y gremial de este asunto. Me carga el seudo purismo de poetucho pendejo que se cree impoluto. Más aún, vamos a realizar con la SECH y otros grupos un Encuentro de Pueblos Abandonados, que tiene como objetivo la reescritura territorial de Chile, o algo como eso.

¿Pero no crees que hay una contradicción entre tu discurso tan radical frente a la «comodidad» funcionaria y el ocupar hoy ese cargo?

—Hay muchas, cientos de contradicciones, claro que sí. ¿Tú crees que es cómodo? Igual es divertido. Además, tengo una sensación como de legitimidad increíble. ¿Cómo lo hicimos? Nos juntamos varios escritores amigos, además del apoyo de otros en el litoral (incluido Jorge Guzmán que es candidato a premio nacional) y nos organizamos. Lo fundamental es presentar un bloque contra una autoridad que no te respeta y que te desprecia: son tácticas de lucha. La otra, la del pendejo jipón o anarcofascista, es muy facilona y reactiva, y maximalista. Es huidobriana, la de los pequeños dioses, hijos de mamá cuica. Nuestra perspectiva reconoce la regla clásica de la guerra revolucionaria en que hay que utilizar todas las formas de lucha para exterminar al enemigo.

EL ENEMIGO

Mellado es un incomodador profesional. No sólo se agarra de las mechas — retóricamente— con el mundillo literario y «culturoso» (Mellado dixit), sino que su máxima preocupación entra en el terreno de la política y las gestiones de índole cultural y territorial. No es raro, entonces, que en las actividades realizadas en Espacio cultural, centro de operaciones de su taller, uno pueda verlo discutir afiebradamente con algún concejal, alcalde o funcionario municipal que haya asistido al evento. Pero además están sus columnas que a ratos llaman a la resistencia y otros a la revolución de una.

Tanto en tus columnas como en tus ficciones siempre forjaste un proyecto anticoncertacionista, ¿qué hay ahora que la Coalición por el cambio es el nuevo gobierno?

—Se trata de dos órdenes políticos que son igualmente distintos o distintamente iguales. Por lo general son compañeros de pega y tienen espíritu corporativo. Son el enemigo.

¿Pero no crees que se venga una crisis aún mayor en cuanto a ese ambiente que definiste como «culturoso», así como de los funcionarios de la cultura?

—No me atrevo a aventurar nada, hay que ver cómo funciona esa ficción. Uno se imagina que usarán el mismo sentido común cultural que la Concerta, aunque también podemos suponer que la falta de redes y códigos los hará verse ridículos y patéticos.

¿Y qué podemos esperar de los próximos cuatro años de este país, y de Marcelo Mellado?

—La lucha continúa. Y quizás, si estos que vienen tienen menos voluntad de control que los anteriores, podamos trabajar mejor la noción de país B o paralelo. Es una suposición.

No me termina de quedar claro si Mellado bromea, o no. Es su humor negro. Tal como pasaba con mi profesor en la básica. Pero recuerdo que ese mismo maestro, ya más anciano y cuando yo ya había salido de la escuela, me comentó que las personas de humor negro eran las mejores, dado a que siempre terminaban diciendo la verdad.

En medio del cóctel de la presentación del libro, se ven los asistentes saludando al escritor que adoptó a San Antonio como su ciudad y centro de operaciones. Le felicitan, le palmotean la espalda, brindan copa en mano. No puedo dejar de mencionarle su similitud con mi profesor, pero prefiero disfrazarlo de pregunta.

Marcelo, además, tú eres profe de castellano. ¿Qué opinas de los profesores chilenos?

—Yo, por un lado, los admiro. Esa capacidad de resistencia con una clientela feroz y criminal (o casi, que es lo mismo). Y por otro, la conciencia de inutilidad, la angustia, la tristeza... nos falta efectiva capacidad y voluntad de diferencia e innovación. Crear, directamente, sistemas educativos paralelos, radicalmente otros, que no se parezcan entre sí, que respondan a los territorios de donde surgen.

LA SOCIEDAD DE LOS PROFES MUERTOS

A una semana de que salgan los resultados de la PSU, comenzó una campaña para hacer que quienes sacan buenos puntajes estudien pedagogía. De eso se trata esta columna. De un tipo que con 23 años salió de pedagogía, y se puso a hacerle clases de lenguaje a tipos de 19 en un colegio fiscal de Valpo. Un tipo que descubrió que si la sala de clases era un caos, la sala de profesores era un campo de guerra. Uno que quiso ayudar hasta que decidió huir.

HEY, TEACHER!

Nunca vi *La sociedad de los poetas muertos*. Recuerdo que lo más cercano que estuve fue aquella ocasión en la básica, en un colegio de Viña, cuando Teacher Mario llevó el vhs para que la viéramos todos en la sala en un televisor de 14". Algo pasó. Estuve conversando la mitad de la hora con mi compañero y amigo Álvaro Ballero —larga historia— cuando el profe se puso furioso y apagó el televisor de un manotazo. Nadie estaba pescando la tele. Nos acusó de insensibles y nos prometió nunca más llevarnos películas para deleitarnos, aunque años después caché que las películas los profes, en realidad, las usamos para sacar la vuelta o recuperarnos de la caña.

Descubrí más tarde, cuando estudiaba pedagogía en castellano, que algunos compañeros de la U vieron esa película como el motor que los impulsó a estudiar la carrera. La idea de que un profesor es un cura evangelizador en tierra de salvajes, un sensei todo terreno capaz de enseñar al más nefasto y esquivo de sus discípulos. No sé, detesto a Robin Williams, porque si de perdedores se trata, me quedo con Bill Murray.

Hablando de perdedores. No tengo claro por qué estudié pedagogía. Lo decidí en cuarto medio. Me gustaba leer y me iba bien en castellano. Además, tengo tíos profesores. Creí que sería lo único que podría hacer bien, se me daba fácil y me sentía cómodo. Muchos de mis compañeros creo que también llegaron de rebote, sin saber mucho qué hacer, tomaron lo mejor que pudieron tras dar la prueba y sacar, en promedio, 550 puntos. Eso sí, los peores puntajes se convirtieron en sacerdotes de la educación y se aprendieron de memoria palabras como «vocación», «educación emocional», «evaluación docente», «currículum» y «planificación». Un coa propio de los profes frustrados.

La carrera pasó rápido y en cinco años ya vestía mi terno y corbata y llevaba mi maletín colgando de mi brazo, y pasé a ser el viejo de lenguaje de un liceo de Valparaíso, de esos que a pesar de rebautizarlos con nombres de ancianos muertos que nadie conoce, todos los siguen llamando por su letra inicial y los números que la siguen. Liceo D-3,1416 o algo por el estilo.

Yo mismo había estudiado dos años en ese liceo cuando niño, cuando mis papás no pudieron seguir pagándome el colegio en Viña, así que llegué con la ilusión de poder hacerle clases a chicos que de cierta forma me recordarían a mí, además de ser colega de mis antiguos profesores, ahora en estado momificado.

El primer día, ya salió todo mal. Los siguientes no cambiarían mucho.

TO SIR WITH LOVE

Hacerles clases a niños siempre será extraño. Porque uno mismo está lleno de errores y a veces siente que no tiene ninguna moral para presentarse como un ejemplo, un maestro seco e intachable. En realidad, no creo que la pedagogía se trate de eso, pero es lo que te hacen creer. Llegué a ese liceo a enseñar con todas las ganas del mundo y, obvio, pasaron muchas cosas que me hicieron chocar con la triste realidad. Paso a enumerar:

- 1) En la primera semana mis alumnos tiraron una bomba de humo mientras escribía en la pizarra.
- 2) Tuve una pelea entre seis alumnos dentro de la sala que duró unos quince minutos. Todos me duplicaban en tamaño. A pesar de haber practicado full contact desde niño, soy bajito y solo miré hasta que la mocha paró.
- 3) Un alumno me sacó la madre.
- 4) Se robaron la placa madre de un PC mientras ocupaba la sala de computadores.
- 5) Cuando se jugaba un clásico o algún partido de la selección, los chicos se tomaban la sala y no me dejaban entrar para hacer la clase.

Pese a todo lo que cuento, nunca recibí daño alguno. Porque al final, si bien dudo que durante dos años que estuve tratando de ser profe alguno de mis alumnos haya aprendido realmente algo de lenguaje, todos me terminaron queriendo y viceversa. Así lo confirman todas las invitaciones por Facebook que recibo de mis ex alumnos cada semana.

Porque sépanlo, el gran problema de la educación para serles franco, no son los alumnos, sino la convivencia que tienen los profes. Paso a enumerar:

- 1) El subdirector hacía bullying con nosotros. Nos amenazaba, nos retaba, nos tiraba tallas pesadas, nos humillaba, etc.

- 2) La sala de profesores a veces parecía un verdadero campo de batalla.
- 3) Un profesor fue acusado por una colega de acoso sexual contra las niñas. Esto provocó que llegaran las cámaras de Canal 13 y nos hicieran un seguimiento que terminó con una imagen mía en el noticiero, fumando escondido en las dependencias del establecimiento.
- 4) Teníamos una colega loca que se dedicaba a pelear con todos. Una vez se enojó porque la saludé con un beso en la mejilla, y otra, se puso a llorar en consejo de profesores porque no se sentía querida.
- 5) Resultado de todo esto es que tuvimos que someternos por orden del director a terapia de sociabilidad laboral. Creo que fue lo peor. Tener que hacer esos ejercicios emotivos en que tienes que abrazar a quien sea que tengas al lado. Horror.

ÚNANSE AL BAILE

El costo de mi carrera bordea los 6 millones de pesos en total. Mi salario como profesor, jornada completa, 34 horas a la semana, 12 cursos, era de 360 mil pesos mensuales. Todos nos moríamos de miedo frente a la Evaluación docente. Por año, los paros y las marchas, sumaban unos 30 días aproximadamente. Casi todos se tuvieron que recuperar los días sábados. Los fines de semana las pruebas para corregir sobre mi escritorio llegaban a las 100. Medicamentos como el viadil, ravotril, diazepam se convierten en verdaderas adicciones para los docentes. En estas condiciones, es imposible que alguien quiera hacer bien su trabajo.

Al final, por mucho que los odies en un principio cuando se portan mal, te terminas encariñando con cada niño. Todos tienen sus dramas, a veces terribles: caer en cana por robar afuera del súper, embarazarse a los 13 con el pololo fugitivo, vivir con tíos en lugar de tus padres, etc.. Y con el tiempo, uno comienza a sentir que por más esfuerzo que ponga, al final no puedes cambiarles la vida. Y la sensación de fracaso se hace evidente.

Al menos sabía que como profesor, uno no puede ser un problema más para ellos, cosa que pocos de mis colegas entendían.

Cuando los chicos se portaban mal, la mayoría optaba en primer lugar por la expulsión. Si no se podía, la suspensión. Si no, el castigo e incluso ponerse de acuerdo con otros colegas para rellenarlos de notas rojas y dejarlos pegados. Las peleas con los otros profesores crecieron cada día. Al final, me dolió reconocerlo, pero no aguanté más y decidí partir. Abandoné Hiroshima. Me vine a Santiago, a seguir estudiando y a trabajar de cualquier cosa pero lejos de los colegios y liceos.

Extraño a mis alumnos. A veces converso con ellos por chat y es siempre un gusto darse cuenta de que recuerdan muchas de mis clases, las cosas que decía, las

palabras que repetía una y otra vez, las veces que los hice reír, y las veces que me enojé y les llamé la atención hasta cansarme. Pero por sobre todo me enorgullece leerles que intentan seguir adelante, trabajar, incluso preparar la PSU en un preuniversitario medio flaute. Porque como profe, uno es muchas veces un padre, un psicólogo, un consejero, un amigo. En mi caso, además de todas esas cosas, también soy un fugitivo.

PROHIBIDO (VER) FUMAR

1. Hace algunas semanas me encontraba viendo unos capítulos de *Periodismo para todos*, un verdadero show anti kirchnerista, conducido por el periodista trasandino Jorge Lanata, en donde aborda las facetas más oscuras del gobierno que actualmente rige a los hermanos argentinos. En el programa, Lanata es dios, un profesional todoterreno y multifuncional. Y lo inicia con unos monólogos que más que hacer reír son verdaderas diatribas contra el Estado. En uno de esos episodios, Lanata reacciona verbal y simbólicamente contra una supuesta sanción que recibiría Canal 13, la emisora que lo transmite, por permitir que el periodista fumara frente a cámara —acto que ha realizado desde sus inicios en la tv—. Así, Lanata, mirando virtualmente al espectador tras un micrófono con pedestal, enciende un cigarrillo y lanza lo siguiente: «fumo en la tele porque yo fumo en la vida, y trato de ser el mismo en la tele que en la vida. ¿Ustedes creen que si yo dejo de fumar al aire dejaría de hacerlo en los cortes? Entonces ¿qué me están pidiendo? Les digo, al gobierno nacional, provincial y municipal que voy a dejar de fumar el día en que ustedes dejen de robar». Y, como si fuera poco, cierra con: «lo que a ustedes les molesta no es el humo, es la libertad. Les molesta que no todo el mundo se arrodille ante su estupidez». De lujo.

2. Hoy me disponía a bañar, para luego ir al trabajo, cuando me puse a ver el noticiero pre-matinal de algún canal que ni recuerdo, cuando vi de frentón la nota. El delirante proyecto de Ley de Tabaco, que pretende prohibirnos y «sancionar duramente» el acto fumar cuando queramos hacerlo, tiene unas aristas más, una de ellas harto ridícula, por cierto: prohibirá también la exposición de cigarrillos, humo y gente fumando en producciones audiovisuales locales. Es, sin duda, una medida represiva, muy en el tono de la Ley en general, en donde se castiga y multa, en lugar de «curar», «prevenir» y todas esas frases con que el Ministerio de Salud se llena la boca. Pero además, es cuestionable el control y violación de libertad de expresión a la que serán sometidos nuestros artistas audiovisuales. Por supuesto, cuando terminó la noticia, vino primero la rabia y luego las ganas de apagarla, encendiendo un cigarrillo aún en medio de la oscuridad pre-mañanera.

3. Ya suena a lugar común, pero estamos frente a un gobierno que pretende reprimir cada instancia de libertad de nuestras vidas. El derecho a consumir tabaco no dista mucho del derecho a manifestarse públicamente, por eso es que el gobierno reacciona con el único lenguaje que conoce frente a ambas instancias: la represión. Fue en la Alemania Nazi en donde se promulgaban leyes anti-tabaco en la misma línea, preocupados por el cáncer de pulmón que podría impedir la prolongación en el tiempo de una raza pura y sana.

4. En lo personal, decidí hacerme fumador cuando tenía 12 años. Fumé en una plaza que quedaba cerca del liceo en el que estudiaba, mientras conversaba con unos compañeros no fumadores y, a pesar de mi edad, supe de los riesgos que corría al asumir la responsabilidad de entregarme en los brazos de una droga legal, decisión que mantengo firme hasta estos días, en los que noto que la salud que más se ha visto perjudicada ha sido la de mi bolsillo. Tempranamente, también, me sentí violentado en mis libertades personales, una tarde en que el director del liceo me sorprendió en esa plaza y me quitó el cigarrillo de un manotazo que casi me dio en la boca y me tomó de la solapa para llevarme de vuelta al recinto educacional, en donde me anotó en el libro de clases pero jamás llamó a mis padres, quienes sabían que fumaba. Tal como mi abuela, que fumaba dos cajetillas diarias y que a sus casi 80 años nunca tuvo cáncer y se encontraba tan ágil como hace cuarenta años atrás. Su salud aún es similar y dejó el cigarrillo solo cuando comenzó a encontrarlo un deporte aburrido.

5. Mi regla es clara: desconfío de todos estos tipos que están en el poder, sea lo que sea que estén diciendo. La regla de ellos, también lo es: las drogas van cambiando y mientras unas son menos rentables, aparecen otras que sí involucran enriquecer a unos pocos. Cambian las drogas, prohíben unas, legalizan otras y crean nuevos consumidores. Hoy las drogas te las administra un profesional médico, sin ningún criterio ético te vuelve dependiente, controlable y te daña la vida de la peor forma. Los cigarrillos son parte de otra época. El supuesto daño al pulmón está fuera, bienvenido el daño cerebral y emocional. Crean mitos sobre el cigarrillo, cuando en realidad la relación del fumador con el tabaco está cimentada en el placer: fumar estimula al cerebro, despierta la creatividad, la concentración, da tiempo para pensar, observar, sensibilizarse frente al sonido, la música, las películas, los libros, la sociabilidad. Citando a un profesor de la básica: «el cigarrillo es bueno para todo». No así sus enemigos naturales, los fármacos, que te convierten en un zombie o en un idiota, pero te salen hasta 10 veces más caro y no tienen restricciones ni prohibición de salir en producciones audiovisuales.

6. Prohibir es reprimir. Controlar cuáles escenas —y cuáles no— se pueden ocupar en las ficciones es pasarse por mejor parte la libertad de expresión y el derecho creativo. No imagino a Humphrey Bogart en Casablanca sin su cigarrillo en los labios, ni a Gloria Swanson en Sunset Boulevard, ni a las hermanas de Marge ni al payaso Krusty en Los Simpson, ni a ese enigmático personaje, curiosamente llamado Cancer Man, de los X-Files, sin el humo a su alrededor. El cigarrillo ha descrito sus personalidades y ha dicho más de sus épocas e ideologías que cualquier gobierno o manifiesto. ¿Qué vendrá después? ¿Prohibir las pistolas? ¿Las relaciones premaritales? Tomar resoluciones en base a si los productos audiovisuales influyen al espectador, parece un debate de otra época. Es no entender que el arte es un reflejo y no una guía. Pero peor, es no querer entender que las decisiones personales jamás pueden ser vulneradas ni sancionadas. A pesar de que les moleste.

FARMAFIAS DE CHILE

No tienen por qué saberlo pero hace algunos días nos embarcamos junto al director de pánico.cl, Alejandro Jofré, en la realización de un capítulo especial de lo que se suele llamar pánico TV, que son esos videos que acostumbramos a poner en el sitio, microcápsulas subidas a Youtube que en su mayoría son saludos de celebridades esporádicas del mundo del espectáculo lolo. Pero para esta oportunidad nos dispusimos, cámara en mano, a cubrir algo que respondía mucho más a la urgencia y a la moral ciudadana: la huelga de los empleados de las Farmacias Ahumadas (FASA SA) que para la fecha cumplían su día 18 del programa de actividades, dentro de esa huelga indefinida, que tenían presupuestado para manifestarse contra las sucias prácticas laborales de sus empleadores.

Todo lo relacionado con el tema era rarísimo. Básicamente porque no había información alguna. Creo que todos nos enteramos de la huelga de la misma forma: al pasar en micro, o a pie, vimos a los empleados metiendo ruido, colgando lienzos, haciendo sonar pitos y cornetas. Costaba pero, segundos después, entendías que los trabajadores estaban haciendo una protesta. Claro, luego llegabas a tu casa, encendías la televisión y no veías la noticia en ninguna parte. Tampoco en los diarios, menos en la radio. Y de cierta forma te olvidabas hasta que volvías a encontrarte con el show unos días después. ¿Era solo una sucursal? ¿Varias? ¡Todos los empleados! ¿Qué pedían? Ni idea. Todo parecía ser un segundo terremoto en cuanto al nulo rol de información de los medios de comunicación tradicionales.

Es por esta razón que al notar que —tal como todos los temas que resultan incómodos para el Poder— la noticia de la huelga no aparecería ni en la carta de ajuste, nos acercamos a las dependencias de una de las sucursales de Farmacias Ahumada ubicadas en Vitacura, para nosotros mismos cubrir el tema. Pensábamos que hacerlo así, sin aviso y casi al azar, nos entregaría una mirada mucho más fresca que la que obtendríamos al pedir una entrevista al representante del sindicato. Y así fue más o menos. Primero miramos tímidamente y nos demoramos unos minutos en empezar a captar, desde la distancia, las primeras imágenes. Al terminar mi cigarrillo, crucé la calle y hablé con un grupo de señoras en su mayoría, jóvenes las otras, que se encontraban aplaudiendo y gritando unas consignas recién inventadas. Les dije que era de la prensa y que necesitaba conversar con alguien, ninguna tardó más de un segundo en apuntar a un señor de gorro a lo Gilligan que tenía un megáfono a la entrada de la farmacia. Su nombre era Jorge y fue él quién frente a cámara nos explicó sus demandas. Estas no distaban en lo absoluto de las exigencias de cualquier trabajador de nuestro país: un contrato que permitiera al menos garantizarles el pago de una gratificación pendiente hace 9 años, sueldos base decentes, nivelación de aguinaldos y bonos, y condiciones de trabajo dignas.

Le pregunté si la farmacia seguía atendiendo público y me respondió que sí. Incluso quise hacerme el gracioso al preguntarle que si quería comprar condones

alguna vez, de manera urgente, ¿podía hacerlo? y enfatizó en que ellos atendían normalmente a los clientes, cumpliendo turnos, y que su manifestación solo se reducía a hacer un llamado a comprar en las otras cadenas de farmacias hasta que obtuvieran respuestas por sus peticiones. Respuestas que hasta la fecha no existían.

Tras terminar la entrevista, cuyo registro de audio se hizo difícil dado al ruido que los manifestantes provocaban a nuestro alrededor, le dije a mi colega que fuéramos a hacernos los lindos con las chiquillas, el grupo de mujeres con las que hablé al principio, que les sacáramos sus testimonios. Mala idea, pues había una que no resultó ser de las más simpáticas y se molestó con la presencia de la cámara, hecho que comprendimos de inmediato: a nadie le gusta tener que estar exigiendo de esa manera que se cumplan sus derechos de trabajador. Sin embargo, una de ellas, Marcela, nos dio una larga entrevista. Marcela era madre de dos hijos, familia a la que ella sola sacaba adelante. Su sueldo fijo era de 30.000 pesos mensuales y al igual que el resto de los empleados la incertidumbre del fin de mes le tenía en franca depresión.

Tras terminar las entrevistas, sacar algunas cuñas y grabar más de cerca la protesta, nos fuimos a casa. Un par de días después, Jofré me llamaría —con un tono de tristeza y culpa— al celu para decirme que algo había pasado, que por accidente se había presionado el REC de la cámara en algún momento y se había borrado todo el material que teníamos. Nos juntamos de nuevo a la semana siguiente y fuimos a hacer lo mismo pero a una Farmacia Ahumada de Providencia. Nos tomó por sorpresa el darnos cuenta que esa sucursal se había bajado de la huelga.

LA ENFERMEDAD DE LOS OJOS

Seamos un poco más claros. Los empleados de Farmacias Ahumada efectivamente reciben un sueldo fijo que bordea los 30.000 pesos mensuales, el resto va dependiendo de las comisiones —al igual que cualquier comerciante, si vende más productos, mayor será su ganancia—, extraño, si observamos que la venta de medicamentos son en gran parte por prescripción médica o por necesidades puntuales en la mayoría de los chilenos, nadie va de shopping a una farmacia. ¿O sí? Con eso, Marcela nos contó que algunas veces ella llegaba con 150.000 pesos a su casa a fin de mes, otras solo con 90.000. Dependía de las ventas y de los turnos que hubiese cumplido. Pero además, y aquí viene lo más nefasto, existe un ítem denominado gratificaciones, esto es —según estipula la ley— que si hay ganancias por sobre la inversión y los sueldos estipulados, esas deben ser repartidas entre todas las personas que trabajen en la empresa, punto que hace 9 años no se le concede a los empleados dado a que sus jefes **NO RECONOCEN HABER OBTENIDO GANANCIAS EN TODO ESTE TIEMPO**. Disculpen las mayúsculas, se me presionó el Bloq Mayús sin querer.

Cuando los 750 empleados a lo largo de todo Chile notaron este particular hecho, es que acudieron a la conformación de un sindicato y a esa cuestionable figura de la huelga legal que se inició el día 5 de octubre pasado. Para ello, tenían contemplado lo clásico: llamar la atención ciudadana, despertar empatía y solicitarles no consumir en FASA, y luego, a la televisión. Y claro, la respuesta no tardo en llegar: ni TVN, el canal de todos los chilenos, ni la verdad de Chilevisión, ni el angelito de C13 cubrirían su situación, haciendo expreso que perjudicaría la relación comercial que sostenían con las farmacias y que impedía informar al país la injusticia a la que estaban sometidos. Lo mismo con los medios escritos. Lo mismo los informativos de las radios. Así actuó el común de nuestra prensa tradicional: con el más brutal de los silencios. Así actuaron nuestros periodistas de los grandes medios, esas celebridades de Twitter, rostros de noticieros que sostienen su figura a punta de un progresismo barato, para esconder su verdadera faceta de soldaditos de plomo. Es en este punto en el que sobresale el trabajo valioso de la prensa alternativa, de medios como El Ciudadano, El Mostrador o el Clinic. Es aquí cuando se hace patente la idea de un periodismo ciudadano, consagrado como nunca en redes sociales, en blogs, en donde cada uno es un fiscalizador de las malas prácticas del poder.

El llamado al gobierno a intervenir fue otra pérdida de tiempo, más allá de uno que otro diputado y senador de la oposición y la «mediación» infructuosa del Subsecretario del Trabajo y del monseñor Alejandro Goic. Los empleados de Farmacias Ahumada estaban solos.

EL IMPERIO DE LA SALUD

Farmacias Ahumada es la red farmacéutica más grande de América Latina, un monstruo con tentáculos en Chile, Perú y México. Justamente, a este último país pertenece el grupo Casa Saba, los nuevos dueños del boliche desde mayo de este año. Ni intenciones de llevarse bien con sus nuevos empleados, eso está claro.

Sólo en este año, las ganancias —y que niegan— de FASA Chile superan los 7.000 millones de pesos, todo parece indicar que se reparte entre unos pocos.

Las últimas semanas de la huelga de los trabajadores de las farmacias debió intensificarse dado a la nula respuesta de sus empleadores, tomas de recintos, protestas en canales de TV e incluso en la acogida a los mineros en La Moneda, hechos que terminaron con 117 trabajadores detenidos por Carabineros.

El viernes pasado la huelga culminó y, según el comunicado del Sindicato N° 1: «no fueron más de 130 personas las que se descolgaron lo cual habla del éxito del movimiento y cohesión del sindicato», sin embargo, sus demandas no se

cumplieron ni remotamente, logrando solo firmar un Contrato Colectivo por 2 años.

La reciente, no es más que la última página en los antecedentes criminales de las farmacias en Chile, porque no solo hacen prácticas cochinas como la colusión, o toman nuestras decisiones éticas como cuando sacaron de venta la píldora del día después, sino que además, y que quede claro, las Farmacias Ahumada explota y maltrata a sus trabajadores. Y esto, sí tienen que saberlo.

EL FINAL DE UN MITO

Son las 21:22 horas y Faith No More ya está sobre el escenario del Estadio Bicentenario de La Florida, vestidos de gala y blanco perfecto. La jornada ha sido extensa y agotadora, porque los californianos han querido que su despedida sea en grande, invitando a sus bandas favoritas a cerrar, junto a ellos, la puerta por fuera. Como era de sospechar, su actitud es similar a la que deben tener ciertos atletas campeones del mundo a minutos de que se les entregue su medalla. Y así, partieron a la inversa de las estrellitas de rock predecibles, que tocan su mega hit de radio al cierre, para impacientar a su público y dejarlos con la sensación de que, pese a todo, fue un buen show. Faith No More no. Ellos abren con “Epic”, y comienza a ser una especie de imán poderoso para las decenas de fanáticos que burlaron los aceros y gorilas amaestrados que resguardaban la cancha vip, impregnándola de camisetas sudorosas y olor a cerveza, y quienes no dejan de aplastar todo con tal de llegar lo más próximo al escenario. El espacio se vuelve sofocante y la gente no deja de agolparse una a otra, como si la voz de Patton fuera una especie de soplido de Hamelin arrebatado. Todos saltan y escupen un inglés tan chapurreado como herido y cansado, en medio de los bronces semi wagnerianos simulados por el teclado de Roddy Bottum.

Era de esperarse en todo caso. Ya algo similar se había vivido en el mismo recinto con Rage Against the Machine. Porque esto es rock and roll y no un cóctel para que compartan las personas lindas, como esas fiestas del barrio alto, en donde todo lo feo está lejos. Acá todos escuchamos y cantamos con la misma pasión. No hay clases. No hay edades. Pasarse a la cancha vip, ya sea de la cancha general o de las galerías, es sobre todo una acción ética.

Antes, cuando todo estaba —un poco— más tranquilo, había sido el turno de Primus. Y es necesario referirse a ellos para entenderlo todo. Porque la unión de estas dos bandas sobre un mismo escenario fue un sueño que, tal como la infancia que los produjo, había quedado atrás para muchos de los presentes en este coliseo. Porque ver a Primus y Faith No More sobre el mismo escenario es como tirar con Kirsten Dunst y Scarlett Johansson la misma noche. Fue sorprendente lo de Primus. Porque ese comando liderado por el virtuoso Les Claypool en las voces nasales y el bajo, que hace sonar como si fueran cinco o seis bajos, y completado por Larry LaLonde en guitarras y Jay Lane en baterías, quienes, aunque menos protagónicos, son igual de magistrales, quedó corto. Lo hicieron todo, más que un concierto, una clínica. O una lección de cómo masacrar a las masas siendo sólo un trío. Ahí estaban un par de clásicos del *Sailing the Seas of Cheese* y del *Brown Album* e incluso alguno del ochentero y precario *Frizzle Fry* (“Pudding time”, a la apertura), pero poco, muy poco, ¿nada? de eso que podríamos llamar dispositivos de explosión

emotiva instantánea o hits. Pasó por ahí “My Name is Mud” (único tema del *Pork soda*, quizá el disco más querido por estos lados), que conservó el español al menos al inicio, siendo el único punto alto del repertorio. Pasaron los cambios de bajo de Claypool, del eléctrico al contrabajo y al bajo acústico, después. La máscara de cerdo y todo. Pero justo cuando creíamos que la banda iba a explotar (o hacernos explotar a nosotros) a punta de “Wynona’s big brown Beaver”, “Tommy the cat”, “Jerry was a race car driver” o “Shake hands with beef”, se retiran. Esperando el encore, los astronautas que adornaban el escenario, se desinflaron y el backline fue desmontado rápidamente, y nos dimos cuenta de que habíamos despertado en la mitad del sueño. Fue triste. Se entiende que Primus nunca estuvo al servicio de las expectativas de nadie, siempre fue una banda rara —rarísima— que disfrutaba más de cantarle a los borrachos del campo que a los festivales masivos de los noventas. 16, 17 ó 18 años esperamos a Primus. Vinieron. Fueron Primus, pero nos dejaron con gusto a muy poco, sin los temas que pasaban a las 2 am por MTV hace unos buenos años. ¿Repertorio antojadizo? ¿Los cortó la producción? Ni idea, pero se perdonan tal como perdonamos a nuestros padres tras un castigo cuando niños.

Volvemos a Faith No More y ya han pasado un puñado de temas, todos exclusivamente del *Angel Dust*, tan venerado por estas tierras: fue el disco que lanzaron tras su paso por el Festival de Viña del Mar el 91. Pero ahora Patton homenajea a Michael Jackson, con esos homenajes que son tan cercanos al sacrilegio, marca registrada de la banda y que incluso acá han sido imitados por grupos como Chanco en Piedra, a quienes se logra ver entre los asistentes. Y así, Patton canta “Ben”. A veces usando toda su prepotencia vocal, y otras rozando el oído con un falsete agudísimo. Y sonrío y las chicas le grita «rico» o «te amo» y uno recuerda que a las chicas les gusta Mike y que ven en toda su locura y desenfreno un sex symbol atrofiado. O un genio. Aunque eso lo vemos todos.

El Festival de Viña del Mar. Hace 19 años. Fue cuando el mito tomó forma. Que los trajeron por petición del hijo del alcalde. Que Patton se enamoró perdidamente de Myriam Hernández. Que le palmoteó las nalgas a Vodanovic. Que se fue toda la gente asustada y la Quinta Vergara quedó llena de chascos de polera negra. Que Pera Cuadra salió unos segundos en la televisión, desde el público, sacando la lengua y haciendo los cachitos con ambas manos, cuando aún no era Pera Cuadra. Que grabaron el video de “Surprise you’re dead” en la Calle Valparaíso y que sale una limosnera famosa y Alberto Fuguet, el joven periodista y escritor que usó “Falling to pieces” como epígrafe en su novela más reconocida y que sostendrá una amistad muy cercana con Mike Patton hasta el día de hoy. De ahí en adelante, todo lo relacionado con Faith No More y Chile siempre será extremo. Cuando vuelven en el 95 al *Monster of Rock* son bañados a escupos durante todo el show y ellos intactos, disfrutando del salvajismo tercermundista. Que un antiguo guitarrista (Jim Martin) tiene un tío carnicero que vive en Santiago. Que a Billy Gould le

gusta la banda chilena de jazz fusión Fulano —confirmadísimo, ¿no?—. Que a Bottum le gustó La Nana y pensó que era una película mexicana. Pero todo se vino acrecentando, desde hace algún tiempo, con las redes sociales y la viralización. En Youtube aparecieron las presentaciones del grupo en Chile y es todo tan impresionante y épico, que una nueva tropa de chicos —que está presente esta noche, pero que ni remotamente era conciente para las fechas— se vuelve loca y los adopta como una banda de culto masivo. Tal como los Stones o los Ramones para Argentina. Faith No More es parte de una historia propia y secreta para una generación a la que le dijeron que la democracia estaba a la vuelta de la esquina, pero que sólo conoció los límites a través de las cosas que Patton profesaba como religión: la ruptura absoluta de todas las convenciones y normas, como beber orinas y cagar en el escenario, hacer rock duro en pleno auge del pop de niñas, pasarse del avant garde a las giras mundiales y volver a los espacios chicos, pelearse a muerte con otras estrellas como los Red Hot Chili Peppers, querer tocar en la Teletón, como ayer, con el único fin de decirle Don Corleone a Mario Kreutzberger en sus narices. ¿Deberían existir más razones para entender por qué Faith No More es tan importante en Chile y por qué no hacer tres conciertos de su gira reunited, además de tocar por última vez en nuestro país, habría sido un pecado imperdonable?

El repertorio ha ido variando, y a *Angel Dust* se le suman temas del *King for a Day, Fool for a Lifetime*. Es un repertorio muy bien pensado, como si alguien les hubiera soplado qué discos tocar en este país frío. Además lleno de citas, FNM como una banda borgiana. Referencias a Stevie Wonder en “Midlife crisis”, y a sus numerosos pasos por Chile: el «taquilleros locos» de la Quinta Vergara, y un par de tallas a Don Francisco, recordando el episodio de la noche anterior: «yo soy Don Francisco y cuando digo cantas, tú cantas». Y hablando de citas y referencias a la Teletón, el momento emotivo e infaltable para bien o mal de cada concierto internacional: el cover de Violeta Parra, que esta vez se trata de “Qué he sacado con quererte” y no de “Gracias a la vida” —¡aleluya!—, y el tema suena oscuro, incluso más que la versión original y es como si FNM lo entendiera perfectamente, incluso más que nosotros. Estalla una ovación conmovedora.

Patton y Bottum son los maestros de ceremonia. Tiran tallas sin parar. Es un freak show. Incluso se complementan: Bottum, tras las teclas, es tierno e incluso ingenuo al interactuar con el público, Patton es de una ironía total. Mike Bordin en la batería histórica, así como Billy Gould al bajo, parecieran ser los directores, quienes mantienen el orden, la guitarra de Jon Hudson dispara cuando se le ordena. Anuncian la última canción pero todos exigimos más. Just a Man parece ser la perfecta para recordar el Monsters of Rock y Patton pide a los espectadores que le escupan, se extraña de que hayan perdido su puntería y les llama viejos. De ahí los escupitajos no frenan. Faith No More se va.

Pero vuelve y toca esa enorme y magistral “Zombie eaters”, y las chicas vuelven a caer rendidas. Con “We care a lot”, primer single de la banda y que Mike Patton ha sabido adoptar a tal punto que no pareciera que no fue él quién la grabó

originalmente sino el antiguo vocalista negro Chuck Mosley, la banda se vuelve a retirar.

Salen otra vez, ellos se ven felices y hacen bromas. Piden al público que se retire, pero todos entienden que Faith No More no tiene ninguna gana de abandonar el escenario, en el que ya llueve de todo, a los escupos se le suman jockeys, poleras, flores, banderas, nuestra alegría y agradecimiento. Suena "Easy", el tema que la banda jamás le devolvió a The Commodores. Ese viejo chiste que sirvió de excusa para sonar en las radios y hacer giras por el mundo hasta aburrirse. El Bicentenario de la Florida canta eufórico. La sigue "Digging the grave" y pareciera ser la última chance de empujarse y cabecear al ritmo de los legendarios Faith No More, tocando frente a ti. Es la última vez, después de esto sí que se acaba para siempre. Este es el fin de la espera, acá el mito se vuelve realidad.

Se van.

Salen una última vez. Estamos todos en shock. Y Patton anuncia que ésta sí que será la última canción que tocará con la banda en la vida. Y dice que es un cover. Y así es como todo se tiñe de soul porque el tema con el que cierran es la tremenda "Kiss and say goodbye" de The Manhattans. Y Patton se luce. Y nos recuerda que es el Sinatra de la música experimental. Y en su interpretación vuelve el homenaje-parodia a la música negra. Y es tanto que pareciera que quisiera hacerle el amor a cada uno de los del público, y se lanza al suelo, y después a la gente y se extravía entre ellos unos buenos minutos, mientras la banda se retira uno a uno. Se pierde el micrófono con el que canta pero luego aparece. Y aparece él también, con la camisa destrozada y el pecho rojizo, lleno de rasguños. Y juega. Y se hace el agresivo con quienes le intentan tocar. Y se sube sobre la masa y termina la canción con su voz. La voz. Vuelve a perder el micrófono y se lanza ahora sí, sobre las cabezas extasiadas, y se pierde mucho rato. Y al final, llega sin camisa al escenario de vuelta. Y ahora sí, el show ha terminado.



NOTA

En este libro han sido recopilados una serie de textos periodísticos sobre cultura pop y otros experimentos narrativos. La mayoría de ellos fueron publicados previamente en el blog personal de Daniel Hidalgo, pero sobre todo en sitios web.

“Historia privada de Playa Ancha” fue publicado el 3 de mayo de 2009 en el blog del autor.

“Disneyland en vicodín” fue publicado el 18 de noviembre de 2009 en zona.cl.

“Matar a la chica ideal” fue publicado el 16 de marzo de 2010 en paniko.cl.

“Crítica de piernas” fue publicado el 2 de abril de 2012 en paniko.cl.

“Irse para volver” fue publicado el 17 de mayo de 2009 en paniko.cl.

“Fama” fue publicado el 24 de septiembre de 2009 en paniko.cl.

“Me choca el escritor que quiere escribir como gringo” fue publicado el 25 de noviembre de 2012 en ciudadinvisible.cl.

“No más libros” fue publicado el 27 de junio de 2012 en ciudadinvisible.cl.

“Maletín Literario” fue publicado el 11 de junio de 2009 en 60watts.net.

“La faunita insoportable” fue publicado el 6 de diciembre de 2011 en paniko.cl.

“Love mail” fue publicado el 4 de diciembre de 2010 en paniko.cl.

“Pasándose películas” fue publicado el 12 de enero de 2012 en paniko.cl.

“El cómic como vida” fue publicado el 27 de diciembre de 2011 en paniko.cl.

“La desaparición de una familia” fue publicado el 20 de diciembre de 2011 en paniko.cl.

“Los Tr3s y su galería imaginaria” fue publicado el 25 de noviembre de 2011 en paniko.cl.

“Falsos árboles plásticos” fue publicado el 27 de marzo de 2012 en paniko.cl.

“Prometo nunca ser padre” fue publicado el 1 de abril de 2012 en paniko.cl.

“La revolución fue grabada” apareció en noviembre de 2011 en Rolling Stone.

“El margen exacto de un incendio” fue publicado el 9 de septiembre de 2010 en El Mostrador.

“Perdido entre los puertos” fue publicado el 16 de abril de 2012 en paniko.cl.

“Luca muere” fue publicado el 25 de abril de 2010 en el blog del autor.

“Los ruidos de la tierra suenan como peos” fue publicado el 19 de marzo de 2010 en paniko.cl.

“La chica de la Quinta dimensión” fue publicado el 9 de septiembre de 2010 en paniko.cl.

“Calamaro incompleto” fue publicado el 11 de diciembre de 2009 en paniko.cl.

“Nacionalidad hip hop” fue publicado el 4 de febrero de 2011 en paniko.cl.

“El regreso de los ninjas afrosudacas” fue publicado el 14 de noviembre de 2011 en paniko.cl.

“Manteniendo el ritmo” fue publicado el 25 de mayo de 2011 en paniko.cl.

“Cómo congelar el tiempo” fue publicado el 17 de octubre de 2012 en paniko.cl.

“Volver al pasado” fue publicado el 8 de julio de 2010 en paniko.cl.

“El fin de una pequeña era” fue publicado el 2 de octubre de 2010 en paniko.cl.

“Vampiros en Santiago” fue publicado el 8 de noviembre de 2009 en zona.cl.

“Que no sangre, que chorree” fue publicado el 30 de junio de 2009 en paniko.cl.

“Terroristas de la historia” fue publicado en septiembre de 2011 en Rolling Stone.

“Incomodador profesional” fue publicado el 4 de febrero de 2010 en zona.cl.

“La sociedad de los profes muertos” fue publicado el 15 de diciembre de 2009 en zona.cl.

“Prohibido (ver) fumar” fue publicado el 1 de agosto de 2012 en ciudadinvisible.cl.

“Farmafias de Chile” fue publicado el 9 de noviembre de 2010 en paniko.cl.

“El final de un mito” fue publicado el 7 de diciembre de 2010 en paniko.cl.

